RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit sense quota

-5%

5 compras
mínimo anual
a les 5 compres una sorpresa

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Càpsida

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la librería online

Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

Replicant

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la librería online

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

CRÓNICA

ALESSANDRO STELLA

DÍAS DE SUEÑOS Y DE PLOMO

VIVIR LA INSURRECCIÓN EN LA ITALIA DE LOS 70

Presentación
Jaime Pastor

Prólogo
Rolando d'Alessandro

VIRUS

Creative Commons

LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrán de constar la autoría de la obra y la traducción.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del o la autora.

Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creative commons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2015 del texto, Alessandro Stella
© 2015 de la presente edición, Virus editorial

Título original: Années de rêves et de plomb

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre
Diseño de cubierta: Pilar Sánchez Molina

Traducción del francés: José Ramón Montes González y Luis Fernández-Díez Cuenca
Maquetación: Virus editorial
Edición y corrección: Paula Monteiro y Adán Valenzuela

Primera edición en castellano: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-92559-65-7
Depósito legal: B-22723-2015

Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos,
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

Índice

Presentación. Jaime Pastor 7
Prólogo. Años de plomo. Rolando d'Alessandro 11

Introducción 27
11 de abril de 1979: la muerte de Angelo, Alberto y Antonietta 31
19 de junio de 1979: el suicidio de Lorenzo 43
El sueño roto 51
Su historia, nuestra memoria 61
19 de abril de 1968: los orígenes de nuestra historia 75
Los orígenes de nuestra revuelta 87
La llamada a las armas 101
Grupos sociales y grupos armados 115
El movimiento del 77: el contrapoder difuso 133
El movimiento insurreccional de 1978 145
De la experiencia colectiva a las trayectorias individuales 159

Epílogo 173

PRESENTACIÓN

JAIME PASTOR

El relato histórico que tienes entre las manos nos sitúa en un período histórico especialmente convulso vivido durante el siglo pasado por la sociedad italiana. A primera vista, puede parecer ajeno a la «memoria corta» en la que se han socializado las nuevas generaciones. Sin embargo, la contribución de Alessandro Stella cautiva no sólo por lo que cuenta sino, sobre todo, porque el autor fue testigo-actor de aquellos acontecimientos y porque su mirada crítica y autocrítica difiere de la caricatura que de aquellos «años de sueños y plomo» hicieron los vencedores de entonces, que siguen en el poder hoy en día.

Su propósito queda muy claro en la introducción:

> *Más de treinta años después intento contar cómo y por qué un grupo de amigos políticos pasamos de la ebriedad de un sueño vivido en común al dolor de las vidas desaparecidas; de una simbiosis existencial al estallido de nuestra comunidad.*

Su intención es, por tanto, ofrecer una interpretación de ese proceso abiertamente opuesta a aquélla que pretende «eliminar cualquier imagen positiva del movimiento social y político del que habíamos sido protagonistas. Pero nosotros vivimos aquellos años de manera diferente y nunca los hemos olvidado».

Entramos así en un largo recorrido en el que el autor, uno más de la cohorte que él denomina «los hermanos pequeños de los sesentayochistas», dedica un cálido homenaje a sus amigos, los «compañeros de Thiene», muertos en combate en abril de 1979, para luego recordar los orígenes de su historia común en el mítico 1968 («queríamos hacer la revolución, pero ante todo éramos rebeldes»). A partir de ahí, y paralelamente a su propia biografía más personal y familiar, Stella reconstruye el contexto en que el debate sobre «el empleo de la fuerza» se desarrolla en la conocida como «área de la autonomía obrera» con creciente y mayor intensidad —y aplicación práctica— que en otros países de Europa. Ésta sería, como él mismo subraya, una especificidad italiana: la relacionada con «el hecho de que las luchas sociales antisistema perduraron durante una larga década y que una parte significativa de los jóvenes militantes (a diferencia de en Alemania, Francia o Estados Unidos, donde el fenómeno resultó ser marginal) tomó el camino de las armas». Podríamos matizar respecto a esto último que también fue diferente de lo que vivimos en el Estado español ya que, pese a que la existencia de una dictadura podía conferir legitimidad al uso de la violencia, la mayoría de la izquierda autodenominada revolucionaria, salvo en el caso de ETA y de organizaciones de menor entidad —como el FRAP o los GRAPO—, no entró en esa dinámica.

Para comprender lo anterior, Stella rememora el ascenso del movimiento obrero —con los consejos de fábrica, el control obrero y la escala móvil de salarios como símbolos de su fuerza—, pero también la «estrategia de la tensión» que desde la tragedia de Piazza Fontana se pone en

marcha por parte del Estado a partir de la gran alianza forjada entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano. En ese marco, surgen «mil fermentos rebeldes», el contrapoder difuso y el movimiento insurreccional de 1978, pero también el trágico desenlace del secuestro de Aldo Moro por las Brigadas Rojas.

La reivindicación de lo positivo que tuvo la experiencia compartida en aquellos tiempos es evidente:

> *La fuerza del movimiento revolucionario italiano de los años setenta residía en el sentimiento de pertenencia a un colectivo, a múltiples solidaridades que, más allá del grupo de afiliados, unían a un conjunto de personas diversas.*

Eso no le impide reconocer la deriva negativa que acabó teniendo la llamada a las armas para parte importante de aquella generación. De ahí que la conclusión de ese recorrido sea muy clara y rotunda: la apuesta era política y se perdió. Seguiría luego, frente a la criminalización creciente emprendida por un poder que aplicaba el «teorema Calogero» (por el nombre del juez pionero de la cada vez más extensa «teoría del entorno… del entorno» que conocemos por estos lares y que allí llevó a suprimir centros como el Instituto de Ciencias Políticas de Padua, dirigido por Toni Negri, a su vez víctima de esa cacería), una diáspora de muchos de quienes formaban parte del área autónoma. Ese fue el caso de Stella, quien debió ir desplazándose por distintos países hasta que pudo recomponer su vida y su itinerario investigador en Francia y España, no sin tener que afrontar, afortunadamente para él con éxito, las solicitudes de extradición por parte del Estado italiano.

Finalmente, su retorno a la Italia de Berlusconi le lleva a encontrarse con un país y una sociedad radicalmente diferentes, donde observa indignado cómo la legitimación de

los herederos del fascismo va acompañada de la criminalización de la Resistencia partisana. Un triste panorama que le reafirma, con mayor razón, en la necesidad de no olvidar lo que significaron aquellos años, «con las tragedias, duelos y fechorías, pero también las alegrías, las esperanzas y tantas cosas positivas que se expresaban entonces». Entre estas últimas, «el espíritu comunitario e igualitario que nos guiaba» y que él ve tan ausente en la Italia de hoy en día.

Desde la experiencia de quienes en el Estado español luchábamos en el contexto relativamente diferente de la dictadura franquista y también sufrimos la represión, la cárcel y el exilio y, al mismo tiempo, desde la afinidad con quienes en uno u otro lugar del planeta compartíamos una subjetividad común antagonista dentro de aquella generación «sesentayochista», esta obra y su testimonio es recomendable para quienes, vivieran o no aquellos tiempos, quieran conocer y/o reconocerse en la enorme fuerza vital que se movía entonces a favor de cambiar el mundo de base.

PRÓLOGO

AÑOS DE PLOMO

ROLANDO D'ALESSANDRO

La expresión «años de plomo» se ha venido afianzando en el uso común para definir el período de agitación política que sacudió Italia desde finales de los años sesenta a inicios de los ochenta. Una imagen eficaz, colocada como una losa funeraria encima del recuerdo de uno de los episodios de conflictividad social más intensos, prolongados y diversos de la historia de Europa occidental desde la segunda gran guerra. Tan eficaz que ha acabado siendo aceptada por los mismos protagonistas del «movimiento de movimientos» que se opuso al proceso de transición capitalista del modelo fordista al posfordista. Una losa que lleva escrito como epitafio y con caracteres de fuego la palabra «derrota».

En las décadas que ya nos separan de aquellos años, las élites políticas, económicas y culturales se han dedicado con obstinación a la tarea de romper el hilo de memorias, de sentido de comunidad, de transmisión de experiencias, pensamientos, valores que las luchas de los años setenta podían haber legado a las generaciones posteriores. Y lo han hecho alternando censura y represión, silencios

y manipulaciones aderezadas, mensajes repetidos obsesivamente hasta el punto de condicionar todos los aspectos del debate político y social.

Una obstinación fácil de comprender si echamos un simple vistazo al enorme despliegue de combatividad y creatividad, al pasmoso abanico de formas de lucha, a la eficacia de las respuestas que una gran variedad de sujetos colectivos en aquellos años opuso a las múltiples agresiones del fascismo, del capital y del Estado.

Un hilo peligroso para el poder, el de la memoria, que alimentó en esos años el deseo de subversión de decenas o cientos de miles de jóvenes con la historia de padres, abuelos o hermanos mayores que habían luchado contra industriales y terratenientes, contra el fascismo, contra las cárceles y las tropas del Estado burgués.

Hoy, en época de crisis, o sea de elaboración e imposición de nuevos parámetros en el sistema de dominación, sigue siendo de importancia vital para el bloque dominante romper, ocultar, negar la existencia misma de estos hilos, mediante el olvido o lecturas manipuladas, para neutralizar a toda costa su potencial de enseñanza, de reflexión, de crítica.

Nuestra tarea, por tanto, es justamente la inversa: rescatar del olvido y de deformaciones interesadas nuestras memorias resistentes y rebeldes.

«Movimiento de movimientos» decía: tal vez una de las principales características de las luchas de esos años fue justamente la variedad. Diversidad de sujetos revolucionarios y antagonistas, de terrenos en los que se producía el enfrentamiento, de análisis y fuentes teóricas, de prácticas de lucha, de formas organizativas. Incluso de objetivos.

En lo ideológico se encontraron y a menudo enfrentaron elementos tan dispares como el marxismo en sus múltiples declinaciones —desde las marxistas leninistas a las consejistas y antiautoritarias hasta los inevitables trotskistas—, la teología de la liberación, la teoría de la

descolonización, la antipsiquiatría, el situacionismo, el anarquismo, con una presencia transversal y osmótica del feminismo.

A esta variedad correspondía necesariamente una pluralidad de sujetos organizados que abarcaban desde partidos a colectivos de toda clase. Pluralidad que solía articularse a través de espacios asamblearios y coordinadoras y, en gran parte, a través de cientos de canales comunicativos.

En efecto, el movimiento de los setenta intuyó la importancia del hecho comunicativo, no como simple contrainformación que había que oponer a las versiones oficiales de régimen y capital, o transmisión de conocimientos, propuestas o consignas políticas «revolucionarias», sino como parte esencial de un nuevo paradigma organizativo. Prefiguración del funcionamiento en red, la apuesta por la horizontalidad se plasmó entonces en una eclosión de medios: desde los dazibaos (diarios murales escritos a mano), a las pintadas y carteles que cubrían las paredes de pueblos y ciudades, las cientos de radios libres, las omnipresentes octavillas, la infinidad de revistas y publicaciones, o los tres cotidianos de alcance estatal. También el teatro, la música, las artes visuales fueron portadoras de nuevos lenguajes y nuevas ideas. Se volvió algo común convertir las representaciones y espectáculos en espacios de debate y asamblearios. La *Comune* de Dario Fo y Franca Rame, los muchos cantautores, los artistas que decoraban paredes y edificios devenían otros tantos voceros de una historia que se iba tejiendo colectivamente.

Era en esos espacios, así como en los consejos de fábrica, en los comités de barrio, en las asambleas ciudadanas o de universidades e institutos, donde se marcaban los temas, se definían prioridades, se apuntaban objetivos: se determinaban allí, en definitiva, de forma autónoma, la agenda política y sus prioridades, los análisis, las valoraciones, las soluciones colectivas a los problemas planteados por la guerra de clase.

Autonomía discursiva respecto al aparato hegemónico vehiculado por los medios de comunicación de masas, es decir las radios y televisiones, por aquel entonces de titularidad estatal, y los grandes periódicos, pero también autonomía política respecto a los dirigismos de comités centrales de partido o de grandes figuras carismáticas. Ni siquiera los intelectuales de más renombre, como Toni Negri, tuvieron nunca un papel de liderazgo dentro de los movimientos.

Debate ideológico o ideal, formas de organización, cultura, formas de lucha: imposible obrar una separación neta entre estas distintas dimensiones ya que a menudo se entrecruzaban: ¿la práctica de la ilegalidad fue facilitada por o facilitó un formato de organización descentralizado, multifocal? ¿La diversidad de terrenos de lucha y de sujetos políticos favoreció el reconocimiento recíproco de cientos de asociaciones distintas como pertenecientes a la misma área o al mismo bando, o fue el planteamiento asambleario lo que permitió la extensión del movimiento en prácticamente todos los rincones de la sociedad italiana?

Es un hecho que esta nebulosa de colectivos, grupos y núcleos plantó cara a la reestructuración capitalista en fábricas grandes —como la Fiat o la Olivetti, con decenas de miles de trabajadores que desoyendo a las organizaciones sindicales protagonizaron durante años ocupaciones, huelgas salvajes, sabotajes, contrapoder interno— o pequeñas, donde *ronde operaie*[1] luchaban contra el trabajo en negro y la sobreexplotación; así como lo hizo en barrios y universidades, en escuelas y en cárceles. Y también en el arte, la música, el teatro, el lenguaje. Sin perder nunca de vista el contexto internacional.

El objetivo era disputar al capital, en todos los ámbitos, el control y la dirección de los procesos de producción,

---

[1] «Patrullas de trabajadores.» *(N. de los E.)*

de redistribución de la riqueza, de disciplinamiento del conjunto de la sociedad. Con todos los medios: desobediencia, liberación de espacios, reapropiación de lo común, control activo del territorio. Y también con la fuerza.

Retomar el control colectivo de la vida y de la economía con formas de democracia directa que conllevaban prácticas de acción directa, interpretada en aquellos años de manera muy concreta.

«Lucha por el salario» se le llamaba entonces al pulso que sectores muy amplios del proletariado italiano mantuvieron con el sistema, por ejemplo. En los centros productivos, con el absentismo, la reducción de los ritmos, la subida de sueldos obtenida con huelgas combativas, la expulsión de los cronometristas de las secciones, las represalias contra los capataces, el sabotaje que creaba pausas en los ritmos infernales de las cadenas de montaje.

Hay dos maneras de asegurarse una renta cuando se es un proletario: pedírsela al Estado, encargado de redistribuir de manera más equitativa la riqueza, o tomársela al patrón, luchando por la repartición de la plusvalía producida o bien directamente. En lugar de comprar con dinero los bienes necesarios para vivir, se toman allí donde los hay, arrebatándoselos a los que los utilizan para acumular beneficios o especular. Un mismo resultado puede conseguirse con incrementos de sueldo, pensiones o subsidios o bien mediante la reapropiación de bienes de consumo y de uso. Esta última fue la solución que adoptaron amplios sectores de trabajadores, parados y precarios en lucha.

En el territorio, la lucha por el salario se plasmaba en la proliferación de pequeñas y grandes batallas dirigidas a inclinar hacia las clases populares la balanza del reparto de riquezas. Expropiaciones, autorreducciones u ocupaciones permitieron un trasvase considerable de recursos desde las arcas de las empresas, multinacionales, privadas o estatales, a la satisfacción de necesidades básicas (y menos básicas) de millones de personas.

Bajo la consigna del derecho a la casa se llevaron a cabo decenas de miles de ocupaciones, que querían infligir al adversario —inmobiliarias y especuladores— un daño económico tangible que fuera al mismo tiempo una reapropiación de recursos. Saltaba así, entre otras limitaciones reguladoras del conflicto, toda la parte de mediación y de reivindicación reglada que hasta entonces el PCI (Partido Comunista Italiano) había impuesto con su dirección en las movilizaciones por la vivienda (sindicato de inquilinos, huelga de alquileres como forma de presión, limitación de la lucha al sector de protección oficial). Los desalojos se convertían en ocasiones en verdaderas ocupaciones militares del territorio, con enfrentamientos durísimos.

Y con las ocupaciones llegaron las prácticas de las «compras proletarias», cuando los vecinos de barrios populares iban a vaciar supermercados, de las autorreducciones de los suministros de luz y teléfono, o en los transportes. Frente a las subidas en la electricidad, que gravaban en las economías de las clases populares, masas importantes de gente se organizaron para reducir sus facturas al precio que pagaban las grandes empresas industriales como la Fiat, que tenían tarifas energéticas mucho más baratas. Alrededor de este objetivo, los barrios se movilizaron, creando estructuras para el pago alternativo, para la defensa contra los cortes, para las reconexiones una vez que los cortes se hubieran producido, para impedir la actuación de obreros de la compañía y de la policía.

La estrategia de «reapropiación de cuotas de salario social» llegó a abarcar muchos de los aspectos de la vida económica y social de las personas: se negociaban entradas reducidas a cines y teatros, se socializaban conciertos, se comía gratis en restaurantes de lujo, se viajaba gratis, se vestía gratis.

Autoorganización y acción directa contra el proceso de concentración capitalista de riqueza y poder: en este tipo

de enfrentamiento era inevitable que surgiera la necesidad del uso de la fuerza.

No hay que olvidar que la citada transición del modelo fordista al posfordista fue acompañada en Italia de grandes dosis de violencia. Existía, por supuesto, la violencia que hoy llamamos «estructural», con la precariedad en el trabajo, la sobreexplotación, el hacinamiento en barrios insalubres, la contaminación, los miles de «homicidios blancos» a los que patronal, sindicatos y gobiernos aplicaban el eufemismo de «accidentes laborales». Y también existía la violencia abierta, desencarnada, la de las porras, los mosquetes, las bombas y los barrotes.

Tampoco era una novedad absoluta, ya que en los 25 años de democracia antifascista transcurridos desde el final de la guerra, ya se habían contabilizado unas doscientas víctimas por represión policial o patronal en protestas obreras o campesinas, pero en los años setenta los distintos poderes fácticos sistematizaron e intensificaron sus ataques configurando una auténtica estrategia del terror.

Las *stragi*.[2] Entre el atentado en Piazza Fontana, el 12 de diciembre de 1969 y la bomba en la sala de espera de la estación de Bolonia, el 2 de agosto de 1980, se produjeron matanzas indiscriminadas en trenes y plazas cuya autoría no ha sido nunca esclarecida en el ámbito judicial, mientras que en el periodístico y político no se duda en atribuirla a un sector «podrido» de los servicios secretos italianos, en complicidad con centrales internacionales de contrainsurgencia y células neofascistas.

En realidad, ésta es una lectura algo torticera, que sustituye a la más simple, o sea que se trató de una estrategia de Estado que desempeñó de forma muy eficiente su cometido: derrotar a los movimientos populares que hacían peligrar el *statu quo*.

---

2. Las «masacres». *(N. de los E.)*

La joven democracia italiana surgida de la derrota del fascismo gobernaba un aparato estatal complejo, construido asegurando los equilibrios entre los múltiples focos de poder presentes en la península: desde la Iglesia a la burguesía industrial del norte, a los latifundistas del sur, a las burocracias y sectores armados, hasta los aliados occidentales.

Al lado de las estructuras estatales había otros centros ocultos de decisión y operación política. La logia masónica P2, que reunía a cientos de militares, eclesiásticos, industriales, periodistas, policías y ministros llegó a elaborar un programa político que, al cabo de unos años, se llevaría a la práctica casi punto por punto con los gobiernos de Berlusconi.

También estaba Gladio, una estructura internacional anticomunista creada por los servicios de inteligencia norteamericanos, con cientos de células durmientes y depósitos de armas diseminados por todo el territorio italiano.

No faltaban tampoco sectores golpistas del ejército, ni grupos fascistas, algunos clandestinos, que tenían en la España de finales de Franco y de la primera transición su particular santuario.

Es de la relación entre estos distintos actores y los servicios secretos que surgió la denominada estrategia de la tensión: mediante una serie reiterada de atentados, asesinatos y provocaciones, se buscaba sumir al conjunto de la sociedad italiana en un estado de *shock* y miedo que hiciera indeseable cualquier «aventura» revolucionaria.

Era la estrategia del terror, para la que trabajaban codo a codo empresarios, matones fascistas, policías antidisturbios, jueces, militares, periodistas.

En el trasfondo estaba la imagen del Chile de Allende. Socialdemocracia incómoda abatida a sangre y fuego en 1973.

Éste y no otro era el contexto en que iban a producirse las actuaciones de sectores del movimiento y de los

grupos armados de la extrema izquierda que a posteriori se englobarían bajo la etiqueta de «violencia» o «terrorismo». A posteriori, porque entonces, para muchos, simplemente había prácticas de lucha que se modulaban y ajustaban al contexto, a los fines y a los valores que se defendían.

Había actuaciones obreras tradicionales, como los piquetes de huelga, las rondas de trabajadores con el rostro oculto por pañuelos rojos que iban a la caza de esquiroles y de guardias, el sabotaje. Las había que eran legado de la reciente lucha partisana, como la propaganda armada, el antifascismo, la autodefensa en las ocupaciones y manifestaciones.

Y, a medida que el enfrentamiento crecía en intensidad, con la aprobación de leyes de emergencia, militarización del territorio, apertura de cárceles especiales que se sumaban a las agresiones fascistas y a los atentados indiscriminados, también creció la apuesta por las armas tanto en sectores autónomos como en organizaciones que optaron por la clandestinidad.

La prensa acuñó conceptos como el de «terrorismo de baja intensidad» para definir los miles de atentados —desde incendios de inmobiliarias, a tiros en las piernas a periodistas— y completar la definición de terrorismo a secas aplicada a las acciones de las Brigadas Rojas y otras organizaciones. Cientos de «proletarios extralegales», en gran parte presos sociales politizados en las cárceles, se sumaron a esta lucha, que abarcaba también a los centros de reclusión, con un sinfín de evasiones y revueltas que devastaban penitenciarías enteras.

Para apagar este incendio de insubordinación popular el bloque dominante desplegó toda la artillería.

La patronal hizo su parte, con despidos masivos (emblemático el caso de la Fiat con la expulsión de 30.000 trabajadores). También el crimen organizado echó una mano con la difusión de la heroína en los barrios y entre los sectores sociales más combativos.

Y la estrategia de la tensión, protagonizada por fascistas y servicios secretos, se mantuvo con ataques, provocaciones, matanzas.

También se intensificó la represión policial, con la movilización incluso de destacamentos del ejército, con controles de carreteras, entradas a domicilios y sedes políticas, cierre de emisoras y revistas, ocupación de barrios enteros, disolución de manifestaciones que a veces acababan en asesinatos (Francesco Lorusso, Giorgiana Masi). Contra presos e integrantes de grupos armados hubo verdaderas ejecuciones colectivas (prisión de Alessandria, Via Fracchia, Génova). Hasta llegar, en ocasión del secuestro por parte de las Brigadas Rojas del general de la OTAN, Doozier, a la práctica sistemática de la tortura. Fueron cientos en ese período las víctimas de las fuerzas del orden, por «error» o por un uso «imprudente» de las armas.

Avalados en sus actuaciones, por supuesto, por un Parlamento en el que ya se respiraban aires de unidad nacional y por una prensa oficial totalmente entregada a las versiones oficiales, los jueces tuvieron un papel destacado en la aplicación de la legislación de emergencia y de todas las medidas de excepción, que abarcaban desde la creación de cárceles de máxima seguridad, hasta la dilatación infinita de los plazos de reclusión preventiva, la atribución de los más amplios poderes a la policía, o la inversión de la carga de prueba en los juicios políticos.

El resultado fueron 15.000 enjuiciados, 4000 condenados. Un número no precisado de exiliados. Cientos de vidas consumidas entre muros.

Los más entusiastas, en este trabajo de eliminación judicial de enemigos políticos, fueron magistrados simpatizantes o miembros del Partido Comunista Italiano, como el juez Calogero, inventor de la fórmula que años más tarde Garzón aplicaría al conflicto vasco —con el «todo es ETA»— y que consistía en atribuir una misma dirección política a prácticamente todas las organizaciones revo-

lucionarias —desde los grupos autónomos hasta las radios libres—.

Un detalle, el de la afiliación política de Calogero, que no ha de extrañar, ya que el verdadero as en la manga de la estrategia contrainsurgente de aquellos años fueron el PCI y los sindicatos. Estado dentro del Estado, estos antiguos aparatos de organización de las clases populares habían iniciado hacía tiempo su viraje hacia la integración completa en las instituciones y el campo ideológico de la democracia capitalista.

Contaban con una presencia capilar en el territorio y en el mundo del trabajo, una estructura organizativa poderosa, una presencia importantísima en el mundo de la cultura, en la academia, en el periodismo, en la magistratura.

Su ataque al «movimiento de movimientos» fue directo y sin matices: desde el intento de desalojo de la universidad ocupada de Roma (cuando los estudiantes echaron al presidente de los sindicatos, Luciano Lama, y a su nutrido servicio de orden), hasta la delación de masas organizadas en ciudades como Turín por el mismísimo alcalde comunista; y fue decisivo en la fragmentación del cuerpo social subversivo. Resultado que, en el caso de las franjas más organizadas de la autonomía obrera y de los grupos armados, se remató con la política del *pentitismo* y, sobre todo, de la disociación:[3] recuperando las nunca olvidadas técnicas de la Inquisición, el democrático Estado italiano canjeaba años de cárcel por renuncias y condenas públicas a la lucha armada y a la violencia revolucionaria.

---

[3] Las leyes de excepción aprobadas para responder a la insurrección, establecían condiciones de impunidad para los «arrepentidos» que señalaran a sus antiguos compañeros. Por otro lado, algunos procesados en los juicios políticos de los años ochenta optaron por la «disociación», rechazando la estrategia armada aunque también el arrepentimiento y la delación (véase p. 111, nota 7). (*N. de los E.)*

La expresión «años de plomo» lleva aparejados, como corolarios, dos enunciados: la derrota y —causa de la misma— el uso de la violencia.

Gracias a un trabajo minucioso de todas las fuerzas contrarrevolucionarias, lo que nunca hubiera tenido que salir del ámbito de un debate sobre oportunidad política se convirtió en sentencias con connotaciones moralistas, y se impusieron nuevas verdades como que «en democracia todo se puede conseguir sin violencia» o que «la violencia lleva a la sinrazón», verdades que tendrían su eco en numerosos pseudoanálisis que se iban a fraguar dentro de las áreas antagonistas mismas, del tipo «las pistolas acallaron las voces del movimiento», de mucho efecto propagandístico y de ningún espesor político.

Porque lo cierto es, como ocurre en todos los momentos en que el conflicto social se agudiza, que hubo por parte de sectores rebeldes episodios de violencia equivocada, a veces criminal, que sin embargo no quitan legitimidad a las luchas en que se enmarcaban, ya que el nivel de brutalidad en un enfrentamiento viene marcado por la intensidad de la opresión impuesta. Tampoco éstos pueden servir para obviar el hecho de que el uso de la fuerza era considerado, por gran parte del movimiento, una respuesta proporcional a la violencia desplegada por los fascistas y el sistema.

Pero, convenientemente alimentado por la prensa burguesa y partido comunista, el relato del rechazo de la violencia como condición necesaria para todo cambio social acabó imponiéndose, a pesar de su evidente parcialidad y ahistoricismo.

Un relato que dotó de extraordinaria eficacia a la estrategia de contrainsurgencia y de pacificación que, en los años ochenta del siglo XX, acabó con la decapitación aparentemente definitiva de la hidra autónoma y movimentista.

¿Derrota? Militar sí la hubo y conllevó en las décadas sucesivas también la castración de muchos de los elementos —de organización, de cultura política, de continuidad

de la experiencia en las luchas— potencialmente portadores de nuevos focos de revuelta. Sin embargo, ¿puede hablarse sin matices de derrota, a propósito de un movimiento de estas características? ¿Con qué varas pueden medirse los avances o los retrocesos que una lucha de estas dimensiones ha dejado?

«[...] la historia no se hace con cálculos matemáticos y ninguna fuerza histórica innovadora se realiza inmediatamente al 100%, sino que justamente es siempre racional e irracional, historicista y antihistoricista; es, en definitiva, "vida" con todas las debilidades y fuerzas de la vida, con sus contradicciones y sus antítesis.»[4]

Y vida y victorias hubo en aquellos años: en 1970 fue aprobado el estatuto de los trabajadores, en la misma década se conquistaron derechos civiles importantes (divorcio, aborto, control del precio de alquileres, liberalización del consumo de drogas blandas) y, en años posteriores, volvieron a movilizarse grandes sectores populares que paralizarían el proceso de privatización del suministro de agua, el programa nuclear o que se integrarían en la gran oleada antiglobalización culminada en Génova en 2001. Y tampoco se apagaron del todo los rescoldos de aquel incendio de revuelta que vuelven a encenderse en situaciones como la lucha de los NoTav, que recuperan prácticas asamblearias y formas de acción directa como el sabotaje, que el bloque cultural ideológico dominante daba por desterradas y que han sido asumidas en cambio públicamente por cientos y miles de personas.

Es innegable sin embargo la eficacia contrainsurgente de la introducción, con fuerza de dogma, del concepto de no violencia en el escenario de lucha social. Y no sólo por la aceptación de la condición impuesta por el enemigo de clase, de rendición —metafórica y literal— de las armas, sino porque ha permitido, desde entonces, extender progresivamente la

---

4. Antonio Gramsci (1932-1935): Cuaderno 10 (XXXIII), pp. 28a-29.

etiqueta demonizadora de «violencia», a actuaciones cada vez más variadas, hasta alcanzar prácticas tradicionales de un sinfín de organizaciones y movimientos de clase. Pienso en el sabotaje, las ocupaciones, las expropiaciones, los piquetes de huelga, el antifascismo activo y la autodefensa obrera. Hasta alcanzar los ámbitos de protesta más inocuos, como los escraches, las sentadas y la resistencia pasiva.

La dilatación de este concepto, de cuya continua actualización se encargan todos los órganos de producción de ideología dominante, permitió además la afirmación de otro, todavía más rígidamente negador de cualquier prurito revolucionario, el de legalidad. Término que la sabiduría popular históricamente había separado siempre del de legitimidad y de justicia y que hoy en día en cambio ocupa un lugar destacado en las propuestas de muchos representantes, tanto aquí como en Italia, de la nueva política e incluso de gran parte de los movimientos sociales.

Sobre estos dos conceptos se ha recompuesto el aparato ideal hegemónico capitalista dedicado a la interpretación de la lucha de clase, una operación en la que no han escatimado recursos ni esfuerzos y que ha encontrado hasta hoy pocas resistencias.

También para analizar la génesis de la afirmación del binomio no violencia-legalidad en nuestro día a día, es imprescindible volver la mirada al movimiento italiano de los setenta, uno de los poquísimos episodios de agitación social de envergadura de la historia reciente que no ha sido recuperado, vía iconización mercantilizadora, asimilación en el mercado del arte o integración regeneradora en la política oficial, por el sistema, tal como ocurriera, por ejemplo, con las *sufragettes*, el movimiento *hippie*, el de defensa de derechos humanos, el mayo francés, el guevarismo o, más recientemente, el antiglobalización.

Parece como si el sistema, incapaz de digerir la revuelta de los años setenta, hubiera optado por disimularla bajo una capa... de plomo. Por algo será.

En la página anterior, imagen tomada en 1978 en una colina de Marola (Thiene). En ella aparecen de pie: Alberto (cuarto desde la izquierda), Angelo (quinto) y Lorenzo (séptimo). Sentada, Antonietta es la quinta desde la izquierda.

INTRODUCCIÓN

Este relato histórico está dedicado a Alberto, Angelo, Antonietta y Lorenzo, quienes, mucho tiempo después de su muerte, continúan viviendo en el recuerdo y el pensamiento de numerosas personas. Un homenaje debido, en cierto modo, a una deuda contraída con ellos hace tiempo. Los cuatro fueron enterrados rápidamente el viernes y sábado de Pascua de 1979, en una ciudad en estado de sitio, sin que sus padres, amigos y compañeros pudieran reunirse en torno a ellos para una última despedida, impedida por todos los medios por las fuerzas del orden. No tuvieron honores, al contrario, ninguna placa conmemorativa fue colocada jamás en el lugar donde murieron y, tras la deshonra del término «terrorista», cayó sobre ellos el velo del silencio. La memoria oficial de los «años de plomo» se construyó y mantuvo bajo la idea del miedo a los «terroristas», la sangre y el sufrimiento de las víctimas de la violencia política. Pero quienes vivimos aquellos años sabemos que las víctimas no fueron sólo de un bando. Los compañeros de Thiene, Pedro de Padua, los compañeros muertos en la calle Fracchia de Génova y tantos otros nos lo recuerdan.

Quienes vivimos con ellos esos días, compartiendo tanto los sueños como el pan, las alegrías y las penas, el entusiasmo y las desilusiones, y todos los momentos durante los cuales nos sentíamos creando comunidad, jamás les hemos olvidado. Sus recuerdos continúan habitando ese sueño de comunidad feliz, como si nos hubiera marcado para toda la vida.

En Italia, en los años setenta, el término *compagno* estaba cargado de sentido y/o significado. La generación política de izquierdas, nacida de las luchas de los trabajadores y de los estudiantes de 1968-1969, había retomado el nombre tradicional empleado por los socialistas y comunistas italianos y le había dado un sentido aún más fuerte. Era una connotación ética, inmediata, del comunismo al presente: *compagno* era alguien con quien no solamente queríamos compartir un ideal de futuro, sino el presente cotidiano. Aquellos a quienes llamábamos *compagni*[1] eran los elegidos, con quienes nos esforzábamos en construir, día tras día, una comunidad dentro de la sociedad guiada por principios y valores diferentes de los que regían el mundo en que vivíamos. La justicia social, la igualdad fraternal, la liberación de todo tipo de opresión, la dominación de unos por otros, no las vivíamos solamente como principios fundadores, desde la Revolución francesa, de una sociedad justa y deseada, sino como imperativos morales para el presente: nuestros comportamientos cotidianos, nuestras relaciones humanas debían estar de acuerdo con nuestros principios. Así, *compagno* era verdaderamente aquel con quien se compartía el pan y otros bienes materiales o culturales en el seno de una comunidad elegida. Las casas ocupadas, centros sociales, cooperativas agrícolas o artesanales o los simples apartamentos de alquiler eran

---

1. *Compagni* («compañeros») es la forma plural de *compagno* («compañero») en italiano. *(N. de los E.)*

otras tantas posibles comunidades de *compagni*, otras comunas que queríamos generalizar. Una puesta en común de todo y de todos, que había llevado a algunos hacia experiencias extremas de colectivización de los cuerpos y los afectos más íntimos, alcanzando así los límites del colectivismo.

Es más, para nosotros, en el Véneto, *compagno*, en dialecto regional, significaba «semejante», igual a nosotros en diferentes aspectos: por supuesto en las opiniones políticas y los métodos de lucha, pero también en los gustos musicales, literarios o formas de vestir.

Para nosotros, la expresión *compagni di Thiene* revestía aún un sentido más profundo, porque se refería al grupo de compañeros que vivíamos en Thiene y en las aldeas circundantes y que, en los años setenta, formó uno de los colectivos que integraban lo que se denominaba «el área (la red, el movimiento) de la autonomía obrera». Un grupo en que estaban Angelo Dal Santo, Alberto Graziani, Maria Antonietta Berna y Lorenzo Bortoli, muertos en la primavera de 1979. Los tres primeros, en la explosión de la bomba que preparaban y Lorenzo, que se suicidó en la cárcel.

Más de treinta años después, intento explicar cómo y por qué un grupo de amigos políticos pasamos de la ebriedad de un sueño vivido en común al dolor de las vidas desaparecidas; de una simbiosis existencial al estallido de nuestra comunidad. Los políticos, policías, jueces y periodistas escribieron nuestra historia con letras de plomo, sangre, cárcel y desprecio, para intentar eliminar cualquier imagen positiva del movimiento social y político del que habíamos sido protagonistas. Pero nosotros vivimos aquellos años de una manera diferente y nunca los hemos olvidado. La voluntad de contar esta historia atestigua la vitalidad de una esperanza común que entonces estaba brotando.

11 DE ABRIL DE 1979

LA MUERTE DE ANGELO, ALBERTO Y ANTONIETTA

Eran casi las cinco de la tarde de aquel maldito 11 de abril de 1979, cuando estalló entre sus manos la bomba que estaban preparando. Así murieron Angelo y Alberto, y también Antonietta, que estaba inclinada sobre su máquina de coser en la habitación de al lado.

La bomba estalló en la planta baja de un edificio de tres pisos, el apartamento alquilado por Lorenzo y Antonietta, situado en el centro de Thiene, una pequeña ciudad de la provincia de Vicenza con cerca de veinte mil habitantes. Vecinos, *carabinieri*,[1] bomberos y magistrados que llegaron enseguida al lugar se preguntaron lo que había podido suceder, cuáles podían ser las causas técnicas de la explosión (explosivo demasiado comprimido, temporizador

---

1. El Cuerpo de Carabineros es un organismo de seguridad del Estado italiano. Los *carabinieri* son los «policías». *(N. de los E.)*

o detonador defectuoso, incluso otras causas). Policías y jueces trataron inmediatamente de saber de quiénes eran aquellos cuerpos irreconocibles, despedazados, inidentificables debido a la deflagración, a qué grupo terrorista pertenecían, quiénes eran sus cómplices. Sin ninguna otra consideración, durante la noche del 11 de abril de 1979, la policía se apresuró a salir con sus sirenas para iniciar una serie de persecuciones, registros domiciliarios, detenciones e interrogatorios de compañeros, padres, amigos y vecinos de los fallecidos en la explosión.

Y nosotros nos quedamos consternados, casi paralizados. Cómo había podido producirse esa maldita explosión nos importaba poco; lo que nos desesperaba era que Alberto, Angelo y Antonietta estaban muertos, ya no estarían nunca más con nosotros. Yo me quedé horrorizado, incrédulo, sin habla, y durante los siguientes días me encerré en silencio, como velando a los amigos muertos. Durante los primeros momentos tras la explosión, reaccioné como solía hacerlo habitualmente; me puse en acción, pensé rápido y ejecuté, poniéndome en marcha para prevenir a los compañeros y paliar, en la medida de lo posible, las consecuencias represivas; para no pensar más en Alberto, en su sonrisa, en el sentimiento y el profundo afecto que nos unía. «Entonces, Cajo, ¿qué hacemos? ¿La guerra?», me había dicho al día siguiente de la redada del 7 de abril, colocándome el apodo familiar que había descubierto, sonriendo bajo su bigote, con una mezcla de ironía y desafío. Lanzados a la aventura, habíamos aceptado efectivamente ese reto, pero nunca imaginé que el peso de la elección de las armas pudiera caer sobre mi mejor amigo. Muchas cosas nos unían a Alberto y a mí. No solamente la militancia en el mismo grupo, sino también un mismo sentido de la vida, así como la búsqueda del placer en todas sus formas: relacionales, sensuales, incluso «estupefacientes». «El único friki organizado» —como él se definía— encontraba en el «anarquista responsable», que yo era, muchas afinidades,

y así tratábamos de pasar juntos el mayor tiempo posible. ¡Cuántas noches tocando la guitarra y cantando, diciendo gilipolleces y pinchándonos el uno al otro, ironizando sobre nuestras «hazañas militares», riéndonos como locos y abrazando y acariciando a nuestras compañeras! Con Alberto me sentía siempre bien, no importaba en qué ocasión; yo le quería y él me quería también como puede quererse a un verdadero amigo. Cuando, unos meses antes de su muerte, yo había anunciado a los compañeros de Thiene que en adelante intervendría en la región de Bassano, Alberto había dicho que comprendía perfectamente las malditas razones organizativas, pero que le pesaba no verme todos los días. Lo mismo me sucedía a mí.

Me enteré de la tragedia por boca de Lorenzo, cerca de las seis de la tarde, en casa de Tito,[2] en Bassano del Grappa, donde me encontraba; apenas podía articular palabra. Había llegado de Padua, donde había participado en la asamblea celebrada en el Palacio de los Deportes. Éramos más de 3000, hacinados allí dentro, hablando, debatiendo y gritando. Pero esos gritos encubrían nuestra impotencia: nos habíamos replegado para esa reunión en un lugar cerrado, pues nos habían impedido no sólo marchar por las calles de Padua, sino también poder celebrar una asamblea en la plaza pública. Tuvimos que aceptar ser confinados en las afueras de la ciudad, a pesar de que uno de nuestros eslóganes proclamaba «Tomar la ciudad», es decir hacer más visible nuestra presencia en los espacios públicos. La prohibición sobre cualquier forma de manifestación era firme y no negociable, y los blindados de la policía antidisturbios y los carabinieri armados estaban desplegados en el centro de Padua, listos para intervenir. Como desde la

---

2. Por razones que el lector comprenderá, aparte de los compañeros muertos, he cambiado los nombres de los protagonistas de esta historia. No así de las figuras públicas, tales como jueces, políticos o personas ajenas a los hechos ilegales.

primavera de 1977, tras las grandes manifestaciones de los autónomos en Bolonia y Roma, durante las cuales decenas de miles de personas coreaban eslóganes aclamando la lucha armada (y algunas decenas de personas iban efectivamente armadas), el Estado hacía comprender a los aspirantes a insurgentes que, en el enfrentamiento armado, era inconmensurablemente más fuerte.

La prohibición de las manifestaciones, es decir no poder dar una respuesta pública a la represión, nos puso contra las cuerdas: en el desafío al Estado en el que habíamos entrado, no podíamos aceptar la desmovilización, el silencio o la cárcel sin hacer nada. Después de las detenciones del 7 de abril y de la deriva represiva que tomó el conflicto, la organización regional de la autonomía obrera decidió y dispuso una «noche de fuego» en toda la región, tal y como se había realizado en otras ocasiones. El objetivo común a todos los núcleos militantes que debían entrar en acción en la tarde y noche del 11 de abril eran las fuerzas de represión, en particular los carabinieri.

Por ello, después de haber asistido al principio de la asamblea en el Palacio de los Deportes de Padua, tomé mi Fiat 500 y fui a Bassano del Grappa para efectuar una de esas acciones previstas. Se trataba de una acción arriesgada y tenía más miedo que en otras ocasiones de que algo pudiera acabar mal tanto para mí, como para quien me acompañaba, o para quien se encontrase en nuestro camino. Pero esa acción, como otras programadas en todo Véneto para aquella noche, nunca fue ejecutada.

Cuando Lorenzo, acompañado por Sandrino, llegó a casa de Tito para informarme de que se había producido una explosión en su casa, yo no quería creer lo peor. Me parecía algo imposible, y corrí inmediatamente a Thiene para ver qué había sucedido. Desafortunadamente, el tiempo pasaba rápidamente, los carabinieri ya estaban sobre la pista y, poco después de mi partida, irrumpieron en casa de Tito y detuvieron a Lorenzo.

Llegué a Thiene en compañía de Silvestro, pasamos frente a la casa reventada de Lorenzo, donde se movían de un lado a otro bomberos, policías y curiosos, y fuimos al bar de la esquina a tomar un café para escuchar lo que se decía: los comentarios de la gente que había presente me helaron la sangre, sentí que me mareaba y salimos rápidamente del bar. Con la pena en el cuerpo, conseguí que me prestaran un coche rápido para realizar un recorrido entre Thiene, Vicenza y Padua, con el objetivo de informar a los compañeros, suspender las acciones previstas, «limpiar» las casas y albergar a los compañeros más expuestos. Hacia las cuatro de la mañana, paré a dormir en Padua, y me desperté tres horas más tarde para escuchar el informativo matutino de la radio que repetía en bucle la noticia de la explosión de Thiene.

Mi activismo nocturno no impidió que el grupo que debía colocar una bomba en el cuartel de los carabinieri de Bagnoli, al sur de Padua, ignorando los acontecimientos de Thiene, llevase a cabo esa acción (descubriendo con eso la red regional), ni que la policía y los carabinieri detuviesen a una serie de compañeros.

Incrementando el horror de la tragedia, la lógica policial había llevado a la detención de Lorenzo, Giulia —compañera de Alberto— y Bianca —esposa de Angelo—: sin el más mínimo respeto por su sufrimiento, los carabinieri les sometieron a un interrogatorio durante esa misma noche, tras hacerles pasar la horrible prueba del reconocimiento de cadáveres en la morgue. Antes, sobre medianoche, suponiendo que se trataba de mi cuerpo en vez del de Alberto —que era más o menos de mi complexión—, los carabinieri sacaron de la cama a mi padre y a mi madre, instándoles a seguirles a la morgue para la identificación del cadáver. Mis padres se negaron, pero la hermana y el hermano de Alberto debieron someterse a ese suplicio. Hay cosas difíciles de perdonar e imposibles de olvidar.

Al día siguiente, la noticia del accidente era portada en todos los periódicos, en la radio y la televisión. Los titulares hablaban de «tres autónomos muertos mientras preparaban una bomba», todos decían que las víctimas eran conocidas por su pertenencia a los grupos sociales de la ciudad. Al margen de los detalles macabros, los periódicos informaban de que en un escondite, excavado en una pared del departamento devastado por la explosión, habían encontrado una pistola, una metralleta, cartuchos de dinamita y dosieres sustraídos a la Asociación de Industriales de Schio durante una incursión armada, realizada unos meses antes. Con eso, los investigadores no tenían la menor duda de que se trataba de una base de terroristas. Es más, el descubrimiento, entre los escombros, de un plano detallado del cuartel de los carabinieri de Thiene parecía indicar —aparte del atentado cometido la misma noche contra el cuartel de Bagnoli— que el objetivo buscado era ése. En ese enfrentamiento que el Estado deseaba y que nosotros habíamos aceptado, los carabinieri de Thiene sabían que estaban en primera línea. Tras varios meses, el conflicto se había endurecido: investigaciones policiales, barreras y controles de carretera, y quejas reiteradas, por su parte; desobediencia abierta, amenazas y desafíos, por la nuestra. Nos acusaron, en concreto, del ataque que habían sufrido en junio del año anterior: una noche de madrugada, un coche, con tres personas a bordo, se había detenido ante el cuartel de la Benemérita y, mientras una de esas personas lanzaba cócteles molotov sobre los coches estacionados en el patio, otra disparaba sobre la fachada una ráfaga de metralleta. El mensaje era claro: ¡ya no les teníamos miedo y, es más, podíamos hacer que el miedo cambiase de bando!

Carabinieri y agentes de la policía, que ya conocían a algunos de nosotros desde hacía años, habían comprendido, por fin, cuál era el papel de cada cual: a partir de ese momento tenían indicios serios, incluso pruebas, de nuestra implicación en todos los atentados cometidos en la

región de Thiene y Schio y, en general, en la provincia de Vicenza en los últimos años. El apartamento de Lorenzo, en particular, había llegado a ser nuestra principal base logística. Salíamos de allí para efectuar la mayor parte de las acciones clandestinas cometidas en la región, no solamente atentados e incursiones, sino también algunos robos o atracos. La localización del apartamento, situado en la planta baja de un edificio en una calle transitada, hacía que nuestras idas y venidas fuesen suficientemente discretas. Lorenzo se adaptó perfectamente a ese papel logístico: no era un líder o un hombre de acción, le importaba poco exhibirse en público, prefería la tranquilidad y, por ello, asumir el riesgo de hacer de su hogar una base clandestina fue su valiente contribución a la lucha.

La prensa vinculó la muerte de los compañeros con las detenciones del 7 de abril, ordenadas por el fiscal de Padua, Pietro Calogero. En el Véneto, y en toda Italia, habían sido detenidas unas treinta personas, señaladas como los líderes, los teóricos de la Autonomía, entre los que figuraban Toni Negri, Oreste Scalzone, Luciano Ferrari Bravo y otros compañeros profesores e investigadores de la Universidad de Padua. Para los jueces era una prueba evidente de que los autónomos, además de la teoría, practicaban también la lucha armada. El llamado «teorema Calogero», en su locura e incoherencia jurídica,[3] se basaba sólo en una intuición: los que predicaban la lucha armada y aquellos que la practicaban, si no eran las mismas personas, formaban parte, en todo caso, de la misma organización. Así,

---

[3] El juez Pietro Calogero acusaba (y aún hoy continúa haciéndolo, en su libro *Terror Rojo*, escrito con el periodista de *L'Unità*, Michele Sartori) a Toni Negri, reconocido en todo el mundo como uno de los líderes de la Autonomía, de ser el jefe de las Brigadas Rojas: una falsedad evidente, entre otras muchas, que debería haberle llevado fuera de la Magistratura, donde, por el contrario, hizo una brillante carrera.

la estructura organizativa que habíamos construido gradualmente mediante un trabajo político, de propaganda, de análisis, de lucha de masas y clandestinidad armada para constituir una única entidad, se hallaba expuesta a la luz del foco inquisitorial. Para los jueces y policías estaba claro que atacar a los militantes más conocidos públicamente, aquellos que redactaban nuestras revistas y periódicos, significaba imponernos el silencio, desarticularnos y amputar nuestra rama legal. Lo que habíamos teorizado como garantía política para evitar posibles derivas militaristas (a saber, que las acciones armadas debían someterse antes a la prueba del activismo público) y que al mismo tiempo utilizábamos como cobertura ante una posible ilegalidad, era subrayado como negativo. La nuestra, de hecho, no era realmente una forma de organización muy original: incluso podríamos decir que esa dualidad político-militar era un modelo recurrente de los movimientos insurreccionales. Tampoco eran muy originales sus formas de represión.[4] Nosotros teorizábamos que era necesario moverse como pez en el agua, y nuestros cazadores decidieron drenar el agua a nuestro alrededor.

Durante los días siguientes a la tragedia, más allá de los hechos y sus consecuencias, los comentarios de prensa oscilaban entre «la compasión por las jóvenes víctimas de la violencia» y algunas tentativas de análisis («de lo contestatario al terrorismo: alucinante escalada en la provincia de Vicenza»), pero la mayor parte de los artículos rivalizaban entre sí para denigrar y difamar a los compañeros muertos y a los autónomos en general. «Gentes a la deriva, sin ideología», titulaba el *Giornale di Vicenza* el 13 de abril de

---

4. Tanto en el caso irlandés (IRA y Sinn Fein) como en el vasco (ETA y Herri Batasuna) en Europa, como en las guerrillas de Latinoamérica, resalta esta misma dinámica: la fuerza del movimiento puede transformarse en su debilidad cuando la criminalización del brazo político aísla y debilita al brazo armado.

1979, interrogando a empresarios y comerciantes de Thiene. *L'Unità*, órgano oficial del Partido Comunista Italiano, insinuaba sobre Lorenzo y Antonietta «que no se sabía cuáles eran sus fuentes de ingresos», y el enviado especial del *Corriere della Sera*, Walter Tobagi, describía el apartamento reventado de la siguiente manera:

> *El lugar parece escogido por un genio del mal: una vieja casa, un apartamento de dos habitaciones alquilado por cuarenta mil liras al mes, camas y colchones puestos de cualquier forma. Si un cineasta quisiera rodar una película sobre el malestar nacional de esta juventud que se autodestruye, podría venir aquí.*[5]

Poco importaba que el modesto nido de amor de Lorenzo y Antonietta hubiera sido destruido por la explosión de la bomba, ni que las informaciones obtenidas por los periodistas dieran cuenta de que, en el momento de la explosión, Lorenzo estaba trabajando en la fábrica y Antonietta haciendo confección a domicilio; la mayoría de los periodistas había optado por la descalificación.

En uno de los escasos enfoques honestos del periodismo de investigación, Maurizio Chierici, del *Corriere della Sera*, se preguntaba: «cuándo un hijo escoge el camino de las bombas»,[6] entrevistando a la madre de Alberto Graziani. El periodista subrayaba en su artículo la complejidad de las opciones y de los senderos de la vida. Contaba que a Alberto sólo le faltaba un examen para licenciarse en Medicina, que había sido siempre el primero de la clase y

---

5. *Giornale di Vicenza*, 13 de abril de 1979; *L'Unità*, 13 de abril de 1979; *Corriere della Sera*, 14 de abril de 1979. Walter Tobagi sería asesinado en Milán, el 25 de mayo de 1980, por un grupo de la Brigata XXVIII Marzo.

6. *Corriere della Sera*, 28 de abril de 1979.

alabado y estimado por sus padres, amigos y vecinos. Todos los periódicos habían informado de que Angelo Dal Santo era un obrero del metal y delegado sindical de Rima, la fábrica donde trabajaba. Preguntados por los periodistas, los sindicalistas del sector declararon que conocían a Angelo y a los demás autónomos con los que a menudo se reunían y, a veces se enfrentaban, como en los recientes conflictos en las fábricas locales. Recordaban los piquetes de huelga contra las horas extraordinarias, las *rondas* (patrullas militantes) en las fábricas que trabajaban el sábado por la mañana, las ocupaciones de sedes y despachos de empresa que llevaban los conflictos obreros hacia la radicalización; añadían que para ellos estaba claro que los atentados contra las sedes de las organizaciones patronales o contra las casas y coches de los jefes o capataces de la fábrica estaban vinculados a las luchas obreras. Pero, al igual que el Partido Comunista, las confederaciones sindicales CGIL-CISL-UIL llamaban a la clase obrera a la vigilancia «para aislar a los terroristas» y «para salvar a los jóvenes».[7]

Al día siguiente, nosotros reivindicábamos sin ninguna ambigüedad la pertenencia de Angelo, Alberto y Antonietta al grupo de autónomos. Por supuesto, no podíamos y, sobre todo, no queríamos escondernos o echarnos atrás. En un comunicado, difundido en las asambleas públicas y por las ondas de Radio Sherwood,[8] decíamos:

---

7. *Giornale di Vicenza* y *Gazzettino*, 13 de abril de 1979.

8. Radio Sherwood comenzó a emitir en 1976, en Padua. Es una de las primeras radios libres italianas y se posiciona en el ámbito de la autonomía obrera. Desde su nacimiento estuvo ligada a la contrainformación y a la asesoría sobre derechos, trabajo y escuela. Asimismo, ofreció gustosas píldoras culturales y de promoción de música no comercial. En 1979, fue objeto de «la investigación del 7 de abril». Emilio Vesce fue arrestado y acusado de insurrección armada, junto a Toni Negri y otros profesores de la Universidad de Padua. En 2011, corta su emisión por aire y se pasa a la radio web, abriendo varios estudios en Marghera, Venecia y Vicenza. *(N. de los E.)*

> *Hay muertos que pesan como plumas y hay otros que pesan como montañas. Murieron expresando la rabia, el odio y el antagonismo de clase contra este Estado, contra una sociedad basada en la explotación y la dominación. Ninguna disputa, opinión o diferencia de carácter político puede negar la pertenencia de estos compañeros al movimiento revolucionario en su conjunto. Nosotros continuaremos, pese a este doloroso duelo, la lucha por la satisfacción de las necesidades, las aspiraciones y los ideales que nos unían a la vida de estos compañeros, así como a las de miles de otros comunistas y proletarios.*

Para nosotros, entonces, esas palabras no eran mera retórica.

Los funerales de los compañeros muertos fueron rápidamente organizados por las familias: los de Antonietta y Angelo tuvieron lugar la tarde del viernes 13 de abril, el de Alberto, el sábado 14 de abril. Nos encontrábamos en el viernes y sábado de Pascua; la religión ordenaba la no celebración de misas y el silencio de las ceremonias fúnebres era interrumpido por el ronroneo constante de los helicópteros de los carabinieri que daban vueltas en el cielo y por el ruido de los radiotransmisores de la policía, que había puesto toda la región en estado de sitio. Los compañeros de todo el Véneto, que convergían hacia Thiene, debían atravesar dos o tres controles policiales, ya llegasen en coche, en tren o en autobús. Todos fueron metódica y minuciosamente interpelados, cacheados y fichados. Además de policías, carabinieri y fuerzas antidisturbios, llegaron al lugar los hombres de la sección antiterrorista de los carabinieri del general Carlo Alberto Dalla Chiesa. Era necesaria mucha valentía y determinación para atravesar los controles militares, y aún así varios centenares de personas

lograron alcanzar los cementerios de Thiene y Chiuppano para rendir homenaje y ofrecer el último adiós a los compañeros muertos. Respetando el fin de la ceremonia religiosa y de los funerales, en presencia de las familias de las víctimas, los compañeros presentes en el cementerio levantaron el puño, Nella leyó un epitafio, algunos lanzaron eslóganes, se cantó la Internacional y cada uno depositó un clavel rojo sobre los ataúdes. La mayor parte guardó silencio con la cabeza baja y los ojos enrojecidos.

Como Ernesto y Oscar, en paradero desconocido desde hacía dos años, Renato y yo no pudimos participar en los funerales, y no poder despedir por última vez a los compañeros muertos nos hacía aún más dolorosa la separación. Pero, desde la noche de la explosión, los carabinieri también nos buscaban, a Renato oficialmente y a mí de hecho. Con el fin de alimentar la campaña de criminalización que se hacía en contra nuestra, los carabinieri habían informado inmediatamente a la prensa de que

> *Angelo Dal Santo había sido detenido seis meses antes por robo con agravantes, en compañía de otros dos militantes conocidos como de ultraizquierda, Alessandro Stella y Renato Segalegna.*

Ya hacía tiempo que sentía el aliento de los «polis» cada vez más cerca de mí, y ahora no había ninguna duda, me veía forzado a la clandestinidad. En un primer momento, no quería perder mi libertad de movimiento y había continuado durante algunos días frecuentando los lugares de reunión de los compañeros, con el riesgo de ser atrapado. Tenía, efectivamente, necesidad de consuelo, de continuar sintiéndome partícipe del movimiento comunitario. Pero rápidamente me di cuenta de que, para evitar acabar preso o aún peor, no debía dejarme ver en público. Así pues, tuve que esconderme y hacerme anónimo.

19 DE JUNIO DE 1979

EL SUICIDIO DE LORENZO

Durante la noche del 19 de junio de 1979, Lorenzo, recluido en una celda de aislamiento de la prisión de Verona, confeccionó una cuerda con sus sábanas y se colgó de los barrotes de la ventana de los aseos. Antes de pasar a la acción, había escrito unas sencillas palabras a su familia:

> *Me voy a reunir con Antonietta. Os ruego que me enterréis cerca de ella. Os aseguro que es mejor que así sea. Os doy un abrazo. Decidle a Vanna (su hermana) que no hay que llorar, sino acordarse de hasta qué punto éramos felices, como lo seremos cuando estemos juntos de nuevo. Lorenzo.*

Lorenzo y Antonietta se amaban, era la pareja más unida entre nosotros. Estaban perdidamente enamorados el uno del otro, eso se veía, se sentía y no hacían nada para ocultar su recíproca pasión. Hacía ya dos años que estaban juntos y que vivían en ese pequeño apartamento que, tanto Antonietta como Lorenzo, habían decorado como un nido de amor. La función logística asumida por Lorenzo le venía como anillo al dedo para

ello: después del trabajo, en vez de aburrirse, como nosotros, en asambleas y reuniones interminables, podía quedarse tranquilamente en casa a leer, pintar o hacer el amor con Antonietta. Lorenzo no era para nada un *playboy* musculoso, sino todo lo contrario, pero Antonietta quedó fascinada por su personalidad, ya que era dulce, simpático y muy humano. «El obrero detenido por actividades subversivas era muy hogareño y familiar», así lo describía e informaba el *Gazzettino* del 13 de abril, reflejando la opinión de los vecinos y conocidos.

Lorenzo había nacido 25 años atrás en Torrebelvicino, un pueblo cercano a Schio, y se graduó en el Instituto de Arte de Nove, cerca de Bassano del Grappa. Tenía verdadera alma de artista y se acercó, progresivamente, a la pintura abstracta. También era poeta y algo pionero en este género, introduciendo, a veces, algunos versos en sus cuadros. Probablemente, era de naturaleza hiperactiva y había encontrado su equilibrio existencial entre su expresión artística, la búsqueda de «paraísos artificiales» y, finalmente, su amor por Antonietta. Lorenzo no era un gran lector de los clásicos del marxismo, ya que prefería a los surrealistas y la literatura americana *on the road*. Alma sensible, su participación en nuestro grupo estaba probablemente más dictada por consideraciones humanistas y existenciales que por opciones de línea política. Como casi siempre le ocurre a los hijos de los pobres, Lorenzo no había podido vivir de su arte y, mientras continuaba pintando en los momentos de ocio, tuvo que resignarse a trabajar como diseñador en la fábrica. Una obligación que le resultaba terriblemente pesada, porque detestaba los ritmos, las órdenes y la disciplina impuestas; pero acudió a su puesto de trabajo también aquella maldita tarde del 11 de abril, porque tenía necesidad de ese salario para él y para Antonietta.

El suicidio de Lorenzo no extrañó a nadie. ¿Cómo soportar la muerte de la persona amada, la de sus amigos más queridos, la cárcel y, finalmente, la pérfida trampa

orquestada por los jueces? Además de su casa, se le habían caído encima demasiadas cosas. Ya no podía más. Ya había intentado suicidarse dos veces antes, el 11 y el 22 de mayo, mientras estaba recluido en la prisión de San Biagio, en Vicenza, ingiriendo medicamentos tales como Ripnol, un poderoso sedante. Fue trasladado al hospital donde se le efectuó un lavado de estómago y, enseguida, fue devuelto a la cárcel, ya que los médicos penitenciarios y los fiscales consideraron que se trataba de una puesta en escena y que Lorenzo «había tomado demasiadas drogas». Las señales de alarma expresadas por los compañeros no tuvieron ningún efecto (sabíamos que Lorenzo estaba muy mal y que la depresión, que siguió a la muerte de Antonietta, era de muy difícil curación), como tampoco se atendieron los pronunciamientos públicos de las confederaciones sindicales y de algunos partidos de izquierda, que pedían garantías sanitarias para las personas detenidas tras del 11 de abril. Bianca se encontraba igualmente mal. Y varios sindicalistas y políticos de la región, que nos conocían personalmente, adoptaron finalmente una posición humanitaria y garantista de los derechos de los acusados.

El 12 de mayo, la coordinación departamental de trabajadores de Educación Nacional hizo público un comunicado, firmado por treinta personas con su nombre y apellidos, en el que decían que Bianca pertenecía a su sector o gremio, que se encontraba mal y necesitaba asistencia médica urgente. Como en el caso de Lorenzo, médicos, jueces y funcionarios de prisiones los consideraron temores infundados. Tras el segundo intento de suicidio de Lorenzo, concejales socialistas de Vicenza, los del Partido Radical y un centenar de firmantes, entre ellos sindicalistas, médicos y varios trabajadores sociales, lanzaron un nuevo llamamiento a los magistrados para la protección física de las personas encarceladas. Una solicitud análoga fue presentada el primero de junio por la Federación departamental de los sindicatos CGIL, CISL y UIL, sin ningún éxito.

Los fiscales denegaron no solamente la asistencia médica a Lorenzo, a Bianca y a otros compañeros detenidos, sino que, aprovechando la debilidad psíquica en la que se encontraba Lorenzo, pusieron en marcha una sórdida trampa contra él. Sacándolo del aislamiento en el que se encontraba, le pusieron en una celda con Carlo Pozzan, apodado *Mortimer*. Detenido el 4 de mayo en el curso de una redada de carabinieri que llevó a siete compañeros a prisión, Mortimer se prestó a actuar como espía en nombre de los magistrados. Aparte de unos pocos indicios y la intuición personal de los carabinieri y jueces, los investigadores, de hecho, no tenían ninguna prueba con la que un tribunal ordinario pudiera condenarlos. Por ello, no dudaron en explotar de manera sórdida e inhumana la necesidad de consuelo expresada por Lorenzo. Desgraciadamente, Lorenzo confió en Mortimer y le contó, en particular, algunos de los atracos cometidos y organizados desde su casa, aprovechando éste para informar inmediatamente a quienes le habían prometido la libertad a cambio de su colaboración. Cuando Lorenzo comprendió que su debilidad había sido utilizada para obtener engañosamente pruebas contra nosotros, cayó en un estado depresivo insuperable y maduró la irreversible decisión de suicidarse.

Probablemente, Mortimer no era plenamente consciente de las consecuencias de sus actos ya que, antes de ser un espía interesado en manos de los carabinieri y de los jueces, había sido un pobre hombre. Su apodo, Mortimer, era ya muy elocuente, porque se trataba en realidad de un triste personaje, apagado, silencioso y sombrío. Un joven obrero de Lanerossi, la gran industria textil de Schio, que frecuentaba desde hacía algún tiempo el Grupo Social de Thiene y participaba con nosotros en las manifestaciones. Hablando con él, comprendimos rápidamente que, además de un vago deseo de luchar contra la patronal explotadora, tenía las ideas un poco confusas, y no solamente en relación con la política. Por eso le considerábamos como un simple compañero de base y jamás se le

propuso participar en acciones ilegales. La única excepción fue la de pedirle un croquis del centro electrónico de Lanerossi, con vistas a un posible sabotaje, y de colocar discretamente en los vestuarios del personal de la fábrica las octavillas en las que reivindicábamos la responsabilidad de una serie de atentados cometidos el 18 de diciembre de 1978, entre los que figuraba la irrupción de un grupo armado en la sede de la Asociación de los Industriales de Schio y la bomba que había estallado la noche siguiente en la sede de Vicenza de la misma organización empresarial. La noche posterior a estas acciones, llevé a su casa un paquete de octavillas reivindicativas firmadas con una de las siglas que utilizábamos, la Organización Obrera para el Comunismo. Un tiempo antes, Mortimer me había asegurado que no tenía ningún problema en contribuir con esta pequeña acción de propaganda clandestina pero, al día siguiente, antes de acudir a la fábrica, se asustó y dejó las octavillas en un cajón de su habitación. La mala suerte quiso precisamente que aquel día los carabinieri efectuasen una serie de registros en casas de militantes o simpatizantes de nuestro movimiento, entre los cuales estaba Mortimer, y encontraran las octavillas clandestinas. Le detuvieron inmediatamente en su puesto de trabajo y, tras un interrogatorio en el cuartel de Schio, fue llevado enseguida a la cárcel de Vicenza, de donde salió tres días más tarde. Como un acto de solidaridad, fui a esperarlo a la salida de la cárcel, con un sentimiento de perplejidad y de temor: ¿cómo era posible que, después de haber encontrado en su casa las octavillas en las que reivindicábamos delitos punibles con años de cárcel, hubiera sido puesto en libertad sin cargos? Por desgracia, las dudas y las sospechas respecto a él se revelaron fundadas más tarde; cuando los carabinieri lo detuvieron en la redada del 4 de mayo de 1979, lo hicieron ya con el fin bien preciso de utilizarle como informador. Cuando Mortimer fue detenido en relación con la historia de las octavillas clandestinas y puesto

bajo presión por los investigadores que lo amenazaban con años de cárcel —contrariamente a lo que él me había contado («yo les dije que las había encontrado en el vestuario de la fábrica»)—, había cantado diciendo la única cosa que sabía, esto es que esas octavillas se las había entregado yo. Al ponerlo en libertad, los policías le habían hecho comprender claramente que estaba en libertad provisional y que, en cualquier momento, tendría que pagar el precio de su liberación.

La noticia de la muerte de Lorenzo provocó reacciones inmediatas. En unas horas, a través de las radios del movimiento y pasando de boca a oreja, la información se propagó como un reguero de pólvora y espontáneamente se formó una comitiva de varios centenares de personas que recorrieron el centro de la ciudad de Vicenza, gritando su ira contra el Estado asesino. Los diputados del Partido Radical presentaron una pregunta al Parlamento italiano, solicitando formalmente una investigación sobre las responsabilidades en el suicidio de Lorenzo. Incluso el Partido Comunista se sintió, finalmente, en la obligación de expresar su indignación por la falta de asistencia a una persona en peligro. Magistrados y carabinieri respondieron negando toda responsabilidad por su parte y, con cinismo, hicieron detener a otro compañero, Umberto Forzato, que había mantenido correspondencia con Lorenzo durante su estancia en prisión.

En los días siguientes a la muerte de Lorenzo, se multiplicaron las asambleas y los comunicados de condena por la acción del Estado y la petición de liberación de los compañeros encarcelados. Los consejos de fábrica de la provincia de Vicenza, pero también de las de Padua y Venecia, coordinaciones de enseñanza, personal de hospitales, colectivos feministas, centros sociales y grupos de obreros de decenas de fábricas firmaron, acompañados por el comité de familiares de los acusados, un comunicado denunciando los métodos represivos y solidarizándose con los

compañeros muertos, detenidos y perseguidos.[1] El 24 de junio, pese a un dispositivo militar impresionante, con controles en las carreteras, fuerzas antidisturbios preparadas para intervenir y helicópteros de vigilancia en el aire, cientos y cientos de personas lograron franquear los controles policiales, eludiendo la prohibición de manifestarse para acompañar en cortejo fúnebre los restos de Lorenzo hasta el cementerio de Thiene, donde fue enterrado junto a Antonietta.

El estado de sitio en torno al funeral de los compañeros muertos formaba parte del clima de tensión que llegó al paroxismo. Los partidos del gobierno, la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, viejos enemigos unidos ahora en la defensa de su posición dominante, no vacilaron en dar carta blanca a los fiscales arribistas o estalinistas, como Luigi Rende en Vicenza y Pietro Calogero en Padua, para promulgar leyes de excepción que anulaban las garantías jurídicas de los llamados «terroristas», que recompensaban a asesinos arrepentidos si delataban a sus compañeros y que permitían a los hombres del general Dalla Chiesa comportarse no como militares de un Estado democrático, sino como milicianos en una guerra civil.[2] Se vívía un clima generalizado de terror en el que muchos italianos, de uno y otro lado, se sentían involucrados. Un episodio, entre otros, fue la paliza sufrida por jóvenes compañeros que distribuían octavillas en pleno centro de Vicenza, durante los días siguientes a la muerte

---

1. Véase *Gazzettino di Vicenza*, 22 de junio de 1979: «Distorsionada por aquel trágico día la vida de decenas de personas».
2. Un episodio emblemático de esta libertad para matar, atribuido a los hombres del general Dalla Chiesa, fue la masacre de Via Fracchia, en Génova. El 28 de marzo de 1980, por el soplo del chivato Patrizio Peci, los carabinieri de este cuerpo de élite penetraron en medio de la noche en un piso, base de la Brigadas Rojas, matando en pleno sueño a los cuatro brigadistas presentes.

de Lorenzo: fueron agredidos y golpeados violentamente por un grupo de jóvenes que revelaron ser alumnos de la escuela de policía, y se salvaron por la llegada de agentes de policía uniformados.[3] Por nuestra parte, nosotros también contribuimos a alimentar este clima de tensión: a finales de mayo de 1979, una «noche de fuego» en todo el Véneto hizo resurgir los ataques contra las fuerzas represivas, los carabinieri y los jueces. Según datos del Ministerio del Interior, entre enero y octubre de 1979, 303 acciones de violencia política tuvieron lugar en el Véneto, de las que 224 fueron atentados.[4]

La campaña de solidaridad con los compañeros encarcelados y la denuncia de las condiciones de su detención y de la muerte de Lorenzo tuvieron finalmente éxito: Bianca, Giulia, Tika y Maria, encarceladas durante dos meses, fueron puestas en libertad provisional. Los investigadores temían otras tragedias, sobre todo en el caso de Bianca, la esposa de Angelo, quien supo en la prisión que estaba embarazada. Tras la tragedia, la vida volvía a rehacerse, otro Angelo iba a nacer. En el sufrimiento y la soledad de una celda carcelaria, Bianca fue la primera en experimentar la alegría y el orgullo, y el embarazo le dio la fuerza para resistir la prueba. Para todos nosotros, esta noticia nos traía la esperanza, nos decía que la vida continuaba.

---

3. *Giornale di Vicenza*, 26 de junio de 1979.
4. *Giornale di Vicenza*, 12 de abril de 1979.

EL SUEÑO ROTO

Me enteré de la noticia de la muerte de Lorenzo mirando el telediario de la noche. Sentí que se me helaba la sangre, aunque ya me lo esperaba. Por lo que conocía de Lorenzo, por la tragedia que había sufrido y la trampa perversa construida por los investigadores —la utilización de Mortimer como confidente—, no me sorprendió. Quedé aterrado, porque la muerte parecía perseguirnos. Triste y abatido por los amigos muertos, el mal giro tomado por la historia, por nuestra historia, me deprimió. Del grupo de compañeros de Thiene, cuatro habían muerto; Bianca, Giulia, Tika, Maria, Mario, Silvestro, Tano, Pomo, Carlo, Riki y Pino habían sido detenidos; otros cuatro estábamos en busca y captura (Ernesto, Oscar, Renato y yo) y los que habían quedado libres estaban bajo estrecha vigilancia policial. Este grupo que se había constituido a lo largo de los últimos años, que se había desarrollado a un ritmo vertiginoso, que podía contar con algunas decenas de militantes activos, que tenía ramificaciones, contactos, simpatizantes y cómplices en las fábricas, los barrios, los pueblos, con bases, medios de comunicación y una radio libre (Sherwood 3); este grupo-red que había llegado a organizar manifestaciones en Thiene y Schio

sin necesidad de realizar un juego de alianzas con otros grupos, que disputaba el liderazgo sindical en las luchas obreras, había quedado trastornado por la muerte inimaginable de los compañeros y por la represión que siguió a continuación. Ese sueño colectivo que nos parecía cercano, que podía construir relaciones sociales alternativas, destruir las jaulas autoritarias que nos mantenían encerrados en una vida reglamentada de trabajo, consumo y resignación parecía romperse como los cuerpos de nuestros amigos muertos.

Fue entonces cuando dejé de correr y empecé a reflexionar. Tras la explosión, había pasado el primer mes intentando, fuera como fuera, mantener en pie la organización y la actividad militante. Una tarea que se hacía cada vez más difícil por el incremento de la represión. Era consciente de que los carabinieri me buscaban activamente y, pese a la gran red de compañeros con los que podía contar para albergarme, la información en manos de los carabinieri hacía que los desplazamientos fuesen cada vez más arriesgados. Desplazarse algunos kilómetros había llegado a ser un juego de azar, ya que las fuerzas del orden habían multiplicado sus controles cotidianos. Si circular en coche era siempre más arriesgado, tomar cualquiera de los transportes públicos —además de prolongar el tiempo de recorrido— significaba exponerse al riesgo de ser reconocido por alguna de las cientos de personas que me conocían ya que, desde hacía diez años, había estado siempre en primera línea en las manifestaciones, huelgas, ocupaciones, luchas de toda clase. Y Vicenza no era una gran ciudad en la que se pudiera pasar inadvertido. Yo vivía plenamente la dificultad inherente a nuestro modelo de organización, que funcionaba muy bien mientras uno no fuera perseguido, o lo que es lo mismo el hecho de estar en primera línea de todos los frentes, público y clandestino, tenía sus limitaciones e inconvenientes. No éramos las Brigadas Rojas, a las que criticábamos su organización basada en un modelo de militancia clandestina. Para ellos, la militancia

consistía en realizar acciones armadas y, al mismo tiempo, en la vida cotidiana, dar una imagen de empleado modelo, saliendo todas las mañanas a las ocho en punto, con su maletín para ir a trabajar. Una esquizofrenia, un desdoblamiento de la personalidad que no me convencía. Para nosotros, era fundamental el siguiente principio: aquel que realizase acciones armadas tenía que haber sido primero un activista expuesto en las luchas comunes. Se trataba de un buen criterio de coherencia, para tratar de evitar posibles derivas militaristas. Para nosotros, las armas eran sólo un medio de lucha entre otros tantos, no el único. Además, estábamos contra la división de tareas, contra la especialización «fordista» y, tanto en las relaciones de género como en el activismo político, tratábamos de aplicar los principios de igualdad y polivalencia.

Con las detenciones y órdenes de arresto dictadas contra los activistas más conocidos, las fuerzas del orden nos habían asestado un golpe fatal. En contra de nuestra voluntad, nos obligaban a escondernos, nos empujaban a la clandestinidad. Era necesario admitir la evidencia: la continuidad de nuestro movimiento dependía de los compañeros que aún estaban libres y no eran buscados o estaban vigilados. Pero lo cierto es que el grupo de Thiene estaba muy tocado y en el punto de mira de los carabinieri. En Vicenza, la orden de detención emitida el 4 de mayo contra Nino, Nella, Diana y otros tantos había desarticulado tanto los grupos como los contactos y conexiones, en particular con los compañeros de Arzignano y Montecchio Maggiore. El único grupo que todavía podía resistir y dar guerra a las autoridades era el de Bassano del Grappa, milagrosamente poco tocado por el giro represivo. De hecho, fueron los compañeros de Bassano —los últimos llegados a la organización provincial y, por tanto, los menos buscados por la policía— los que consiguieron mantener visible posteriormente el movimiento autónomo. Durante cierto tiempo, fueron estos compañeros quienes recogieron en cierto modo la bandera

caída: ellos montaron una radio libre —que reemplazó a Sherwood 3 de Thiene, clausurada por la policía—; llevaron el centro social ocupado durante dos o tres años; organizaron luchas por el derecho a la vivienda con los grupos de expulsados y los sin techo; y, también, en parte, continuaron con las acciones ilegales. Pero estaban muy vigilados y la criminalización galopante (de hecho, se podía acabar en comisaría por una simple pintada en la pared) hacía arriesgado cualquier movimiento. Durante los meses siguientes, aparte de algunas «expropiaciones» no violentas, se realizaron acciones demostrativas contra la cárcel, el tribunal, los periódicos locales, los cuarteles de policía que parecían hacerse eco del grito lanzado en las manifestaciones, después del 11 de abril de 1979: «¡Compañeros de Thiene, no habéis muerto en vano, otros compañeros han tomado en sus manos vuestras metralletas!».

No obstante, esto no era más que una ilusión que a nosotros mismos nos costaba creer. Al año siguiente, en 1980, las detenciones y órdenes de captura diezmaron las filas de los compañeros de Padua y Rovigo y, un año después, le llegó el turno a los venecianos. Se nos había criminalizado, marginado, encarcelado, silenciado. Pero no solamente a nosotros; todo el movimiento social contestatario se encontraba reducido al silencio. El hecho más emblemático fue el despido de 61 obreros de Fiat, «sospechosos de simpatías subversivas», seguido por la manifestación de 40.000 «cuellos blancos» de la marca automovilística de Turín en defensa de la política patronal. Se presentía el final de un ciclo. La fase ascendente de este movimiento había terminado y empezaban entonces los años sombríos: para algunos, años de prisión, para otros, la vía de la clandestinidad en Italia o el exilio en el extranjero, para los que quedaban libres, la ingrata tarea de ayudar a los encarcelados, de mantener vivas estructuras legales tales como las radios y cooperativas, de organizar conciertos para recaudar dinero o fondos e intentar,

desesperadamente, alentar y conseguir nuevas simpatías o simpatizantes hacia la causa.

A finales de enero de 1981, tras dos años de vida clandestina, decidí abandonar Italia. No podía soportar más esa vida bajo nombre falso, adoptando falsos comportamientos, aparentando ser un empleado modelo, cambiando constantemente de casa, teniendo la maleta siempre preparada, con la angustia permanente de ser detenido. Pasaba el día de una cafetería a otra para matar el tiempo y no llamar la atención, y eso comenzaba a convertirse en algo insoportable. Las asambleas y reuniones públicas se habían convertido en un recuerdo, los contactos eran selectivos y los encuentros programados a distancia. Por razones de seguridad, los movimientos eran lentos, laboriosos; por ejemplo, para ir desde Milán a Bassano, con el fin de evitar la estación de Vicenza, pasaba por Trento y la Valsugana en un trenecito antediluviano que me costó un buen mediodía de viaje. El deseo de estar políticamente activo chocaba con la necesidad primaria de tener una cama donde pasar la noche, y encontrar un refugio, allá donde fuera, se había convertido, de hecho, en mi principal actividad. Esto no era cómodo, pues hacía falta encontrar a amigos de amigos, no fichados por la policía, que fuesen suficientemente cómplices o voluntariamente ignorantes de la actualidad y estuviesen dispuestos a cerrar los ojos sin hacer demasiadas preguntas. En esa búsqueda constante de alojamiento aquí y allá por toda Italia, tuve la suerte de poder contar con compañeros del Manifesto y de Lotta Continua que, aunque no compartieran la opción armada, sentían un deber de solidaridad hacia gente como yo. Siempre conseguí tener un lugar de acogida seguro donde pasar la noche, salvo una vez, en Roma, estando en compañía de Ernesto, Oscar y Renato: la casa donde íbamos a pernoctar dejó de estar disponible a último momento, y volvimos a encontrarnos a medianoche en el barrio «caliente» de Via Appia, obligados a dormir algunas horas sobre el hormigón desnudo de un edificio en construcción.

La vida en la clandestinidad era una vida desarraigada, de lobo solitario y eso tenía consecuencias irremediables en el plano afectivo. O se hacía pareja con una chica también buscada, que llevase el mismo estilo de vida y tuviese los mismos problemas y perspectivas, o entonces era prácticamente imposible. Durante los primeros meses de huida, formé pareja con Diana, una antigua novia, igualmente buscada; pero fue más para apoyarnos mutuamente que porque hubiera renacido la pasión entre nosotros. Enseguida me enamoré de Claudia, una amiga simpatizante de nuestro movimiento; el frenesí amoroso que nos unía y nos llevaba a buscar la mínima ocasión para estar juntos, no resistió las diferencias entre nuestras opciones vitales. Yo debía vivir día a día, sin saber qué ocurriría a la mañana siguiente, mientras que ella tenía una casa, un trabajo como profesora en la escuela secundaria y, simplemente, deseaba vivir en familia, tener hijos y llevar una vida normal, sin la angustia permanente de ser despertada de madrugada por un comando de la policía. Y nuestra historia de amor se diluyó con tristeza.

Aparte del verano de 1979, que pasé en Roma, y de una vida de viajero con los horarios de trenes siempre en el bolsillo, viví la mayor parte de los años de clandestinidad en la región del Véneto, para estar cerca de mis compañeros, intentando mantener viva una experiencia colectiva de la que no quería distanciarme. Un esfuerzo y un riesgo que asumí hasta la detención de Renato, a finales de octubre de 1980. Me escapé por los pelos, ya que era a mí a quien buscaban los carabinieri, y detuvieron a Renato, mi mejor amigo, compañero desde siempre. Con él había reconstruido el grupo de Thiene tras las detenciones de Pino y de Riccardo y la huida de Ernesto y Oscar; con él llevé a cabo las acciones más importantes y arriesgadas de los últimos años, con él me sentía en sintonía, en confianza y seguro.

En ese momento, vivíamos los dos en Padua, alojados en diferentes casas; yo me quedaba en un piso de

estudiantes de Valdagno, en un edificio contiguo al cuartel de los carabinieri de Prato della Valle. Sin embargo, no fueron los carabinieri los que me reconocieron, sino un vecino de la infancia con quien había jugado al balón en el patio del edificio. De adulto, se había metido en política, pasando, al principio, por el Partido Liberal (centro-derecha) para terminar posteriormente en el Partido Comunista. Cuando se cruzó conmigo en la entrada de la estación de Padua, en la mañana del 30 de octubre de 1980, pensó, probablemente, que debía cumplir con su deber de ciudadano responsable denunciando a los terroristas, como le invitaba a hacer su partido. Así que corrió a telefonear a los carabinieri, que patrullaron todo el día alrededor de la estación, haciendo venir desde Vicenza y Thiene a militares que nos conocían personalmente.[1] Yo había estado en Bolonia ese día para encontrarme con algunos compañeros, y había citado a Renato a mi vuelta, a las ocho de la tarde, en un bar frente a la estación. Desgraciadamente, él llegó con un poco de adelanto y fue al quiosco de la estación a comprar el periódico, donde fue reconocido por un carabinieri de Thiene e inmediatamente detenido. Al llegar a la estación y pasando por una salida secundaria que conocía, me dirigí al bar acordado, donde pedí un café, pero tuve enseguida una mala sensación y me alejé rápidamente sin tomar el café.

Aquella noche no pude dormir, imaginando que, justo en el edificio de al lado de donde yo me encontraba, los carabinieri estarían interrogando a Renato, tal vez golpeándole sin piedad, o incluso torturándole. Afortunadamente, no ocurrió así, pero en esos momentos no hubiera sido nada excepcional. Sobre todo, tras el secuestro y asesinato de Aldo Moro, grupos especiales de la policía y carabinieri

---

1. La policía sabía de la dificultad que entraña el reconocimiento de un desconocido por una simple fotografía.

recurrían a la práctica de la tortura como método de lucha contra los presuntos terroristas. Practicando el método del submarino, grupos de agentes de confianza del Ministerio del Interior, con probadas simpatías fascistas, que se hacían llamar «los Cinco del Ave María» o «los Vengadores de la Noche», liderados por el «Profesor De Tormentis», podían descargar libremente su odio sobre los presos enemigos, por la salvación del Estado y a su amparo.[2]

Además de miedo físico, yo tenía un sentimiento de culpabilidad porque, involuntariamente, había puesto a los carabinieri sobre mi pista, y era Renato quien había sido detenido y debía afrontar años de cárcel. Esto fue para mí un golpe fatal. Pasé los últimos meses de mi huida en Milán, donde la debacle de los compañeros de Rosso tal vez estaba siendo peor que la del Véneto. Intenté integrarme entre los compañeros que quedaban en la región de Varese, antes de que otras detenciones y otras delaciones hiciesen *tabula rasa* también entre militantes menos conocidos. Me comprometí en la batalla sobre la línea política que había aparecido en el interior de los grupos autónomos, tomando posición por los partidarios del movimiento, frente a los más favorables al partido, en una tentativa extrema de

---

2. Por entonces, las quejas de torturas (los casos más conocidos fueron los de los activistas de la columna veneciana y de la columna napolitana de las Brigadas Rojas arrestados en 1982) fueron tomadas como una estrategia para desacreditar a las fuerzas del orden, hasta el punto que algunos torturados, como Enrico Triaca tras el secuestro de Aldo Moro, fueron condenados por difamación. Una serie de historias sobre la tortura fueron publicadas en 1998, en el quinto volumen del proyecto-memoria liderado por Renato Curcio (*Progetto Memoria: Le torture affiorate*, Sensibili alle foglie, Roma, 1998). Fue recién en la primavera de 2012, cuando el ex comandante de los NOCS —la fuerza de intervención rápida del Ministerio del Interior—, Salvatore Genova, una vez jubilado y no queriendo ser el único condenado por torturas, confirmó los nombres, hechos, detalles de las torturas, que los periódicos y la televisión hicieron públicos.

relacionar la lucha armada con las dinámicas sociales. Contemplé también una opción que no tenía vuelta atrás: entrar en las Brigadas Rojas (BR), ir hasta el fondo en la espiral del enfrentamiento. Pero, a partir de ese momento, las opciones individuales, las más desesperadas, me parecían inútiles. ¿Por qué arriesgar años de cárcel o incluso la vida? Ya no creía en eso. Veía derrumbarse aquel edificio que no había dejado de crecer desde hacía diez años, cada vez más alto, hasta que estalló desde el interior. Los golpes recibidos desde el exterior, la represión cada vez más feroz, el uso de la tortura, las leyes y prisiones especiales tuvieron menor impacto que las conmociones internas. El fenómeno de los «arrepentidos», el de los «disociados», las escisiones dentro de los grupos armados propagaban por el aire una sensación de final de la historia.[3] La sospecha y la desconfianza reemplazaron a la confianza mutua, el mejor amigo podía convertirse en un enemigo de la noche a la mañana. La fuerza del movimiento revolucionario italiano de los años setenta residía en el sentimiento de pertenencia a un colectivo, a múltiples solidaridades que, más allá del grupo de afiliados, unían a un conjunto de personas diversas. Cuando esas solidaridades, ese pacto común, dejaron paso a las soluciones individuales de supervivencia —de manera digna o indigna— esto tocaba a su fin. Sin dejarse caer en el abismo, era mejor abandonar el barco antes de que se hundiera completamente. A finales del año 1980, di el salto a París, donde Nino y Nella se habían ido a vivir y, a mi regreso, decidí seguir el camino que estaban tomando los compañeros de Milán huidos de las redadas y detenciones, el camino de América Latina.

---

3. Sobre estos fenómenos y esos años de buceo en el infierno, véanse Enrico Fenzi: *Armi e bagagli. Un diario dalle Brigate Rosse*, Costa y Nola, Génova, 1998; Valerio Morucci: *Patrie galere. Cronache dall'oltrelegge*, Adriano Salani editore, Milán, 2008.

SU HISTORIA, NUESTRA MEMORIA

Fuimos juzgados y condenados varios años después, en 1986, al término de un largo recorrido judicial. La investigación preliminar del sustituto del fiscal de Vicenza, Luigi Rende, fue transferida a Padua e integrada en el denominado proceso del 7 de abril, iniciado por el fiscal Pietro Calogero y concluido por el juez Giovanni Palombarini. El primero de estos magistrados, Luigi Rende, fue destituido de la Magistratura en 1984, tras descubrirse que su mujer había adquirido una tienda de pieles, en pleno centro de la ciudad, con dinero procedente de la mafia siciliana. El segundo, Pietro Calogero, se convirtió en un nuevo Vyshinski,[1]

---

1. Andréi Vyshinski (1883-1954) fue un jurista soviético que participó en los Procesos de Moscú a finales de la década de 1930, a raíz de los cuales cientos de miles de miembros del Partido Comunista Soviético, socialistas, anarquistas y opositores fueron perseguidos por la policía; se hicieron juicios públicos, en los que Vyshinski tenía fama de ser particulamente cruel con los acusados y se envió a cientos de miles de personas a campos de concentración y otros tantos fueron ejecutados. *(N. de los E.)*

juez-militante encarnizado e implacable, celador de las causas de su Partido, el PCI. Él construyó el llamado «teorema Calogero», que nada tenía de científico sino que, a través de amalgamas y silogismos, agrupaba a todos los que se situaban a la izquierda de su partido, desde la autonomía obrera a las Brigadas Rojas, dentro del gran saco de un «partido armado», dirigido por hábiles y pérfidos «malos maestros».[2] El tercero era un juez de la magistratura demócrata, un «garantista» como se decía en aquella época, que también quedó atrapado en el engranaje de la represión. Un frente amplio, por lo tanto, que se había unido dejando de lado las diferencias para declararnos la guerra con todas sus armas. Desde las de los carabinieri, convertidos en milicianos antiguerrilla, a las de los jueces, que gozaban de libertad para ir más allá de los fundamentos del derecho (necesidad de evidencias probatorias, presunción de inocencia, testimonios contradictorios, individualización de las responsabilidades penales, etc.), todos ellos amparados por la promulgación de leyes denominadas «de emergencia». Por muy eficaz que fuera, la ley que puso en libertad a los delatores, llamados «arrepentidos» en aquella Italia católica, incluido convictos de varios homicidios, colocó a la justicia italiana en el rango de un país a la vez bananero y totalitario.[3]

---

2. En 2010, Pietro Calogero, por fin jubilado, publicó sus memorias en un libro firmado con Michele Sartori, periodista de *L'Unità* (órgano del PCI) y Carlo Fiuman, profesor de la Universidad de Padua. En él, prosigue imperturbable en sus desvaríos sobre conspiraciones y secretos, a pesar de que los testimonios y las sentencias de los tribunales hayan afirmado lo contrario; véase P. Calogero, C. Fiuman y M. Sartori: *Terrore Rosso. Dall'autonomia al partito armato*, Laterza, Bari, 2010.

3. Después de haber sido diseñada para combatir a las guerrillas de izquierda, la llamada «ley de los arrepentidos» fue utilizada con éxito contra la mafia y las principales organizaciones criminales, y acabó por volverse en contra de sus creadores, los políticos, a través

Este juicio, llamado del 7 de abril, era parte de una larga serie de detenciones, juicios y condenas en toda Italia, contra los militantes y simpatizantes de los grupos armados, cuya consecuencia fueron decenas de miles de personas detenidas, unas quince mil enviadas a los tribunales, de las que más de cuatro mil fueron condenadas a años y años de prisión y, algunas, a cadena perpetua. Sentencias pronunciadas por «tribunales especiales», al término de procesos desarrollados en salas búnker, especialmente construidas para ello, dotadas de jaulas acristaladas y blindadas.

En un clima y un decorado similar, la sentencia estaba prácticamente escrita de antemano. Siete años de procesos judiciales que no fueron más que pura formalidad jurídica y retórica política para justificar procedimientos más próximos a los procesos estalinistas o a los consejos de guerra que a los procesos penales ordinarios. Se trataba de auténticas purgas para dejarnos fuera, para expulsarnos del cuerpo social, para poner en cuarentena e impedir la transmisión y la contaminación de la «enfermedad» revolucionaria. El carácter «especial» de nuestro proceso, a semejanza de tantos otros en aquellos años, se reflejaba en la escenografía de la sala de justicia. La sala del tribunal había sido construida junto a la cárcel Due Palazzi de Padua, de modo que los encarcelados pasaban directamente de la celda carcelaria a la jaula acristalada del tribunal. El Estado italiano se comportaba como si estuviera en guerra, utilizando todos los medios para extinguir las llamas de una incipiente guerra civil. Varios años después, Francesco Cossiga, ministro del Interior en esa época y posteriormente presidente de la República, lo

---

de la denominada operación «manos limpias». Dar plenos poderes a la policía y a los fiscales favoreció en Italia la aparición de un partido justicialista dentro del cuarto Estado y en la sociedad italiana.

admitió abiertamente y se pronunció, con sinceridad, por una amnistía, reconociendo que se había tratado de un conflicto político-militar. Como en otros casos de petición de amnistía, no tuvo éxito, por la oposición de todos ellos, desde los burócratas *apparatchik* («miembros del aparato») del transformista PCI, a los viejos barones democristianos, los berlusconianos, los miembros de la Liga Norte y de los posfascistas que continuaron utilizando el discurso del miedo sobre el enemigo interno, «terrorista», para mantenerse en el poder, descalificando a todo movimiento social que tomase el camino de la crítica radical.

EL 30 de enero de 1986, la Sala de Justicia de Padua pronunció la sentencia contra 140 inculpados, acusados de pertenencia a los Collettivi Politici Veneti o a alguna de sus siglas clandestinas (Proletari Comunisti Organizzati, Organizzazione Operaia per il Comunismo, Fronte Comunista Combattente), cuyas penas iban de uno a diez años de cárcel, según la gravedad de los cargos. Nosotros no éramos las Brigadas Rojas, ni Prima Linea; nunca habíamos matado a nadie, sólo ocasionado algunos heridos (el último, Antonino Mundo, médico en la prisión de Vicenza cuando Lorenzo Bortoli había realizado su primera tentativa de suicidio) y los muertos habían sido de nuestro lado. Por otra parte, ninguno de los militantes activos había delatado a nadie y los llamados «arrepentidos», sobre los que se basaba la acusación, no eran más que figuras marginales que no sabían casi nada.

Aceptando las peticiones del fiscal Calogero, la Corte estimó que una veintena de acusados habían tenido mayores responsabilidades y los condenó a penas de entre cinco y diez años de prisión. Para mí, fueron seis años; en nombre del pueblo italiano fui declarado culpable, en concurrencia con otros cuantos, del delito previsto en el artículo 306, apartado 1, del Código Penal, «por haber creado, organizado y dirigido en Vicenza y Thiene una asociación subversiva constituida en banda armada». Sin pruebas, sin hechos

que lo apoyasen, las acusaciones de Mortimer se habían desvanecido —incluso había denunciado a Alisa del Re[4] por un robo, algo que se reveló totalmente infundado— y en cuanto a las de una antigua amiga de Umberto, eran de tercera mano y totalmente fantasiosas. El testimonio de esta mujer parecía tan frágil e inconsistente a los ojos de los jueces, que no fue interrogada en audiencia pública y el Tribunal se basó en sus declaraciones ante los carabinieri. Pura apariencia de justicia; con pruebas o sin pruebas, quienes hubiesen sido identificados por la policía como subversivos debían ser condenados a toda costa.

Entre los militantes de Vicenza, la pena más grave, nueve años, fue impuesta a Umberto Forzato, una prueba más de que este proceso fue un juicio político, instruido, llevado a cabo y concluido sobre criterios extrajudiciales. El derecho común, las pruebas, los testimonios habían sido totalmente deformados para lograr una condena. Igual ocurrió con tantos otros condenados, en particular profesores e investigadores de la Universidad de Padua —Negri, Ferrari Bravo, Del Re, Serafini, etc.—, culpables tal vez de delitos de opinión aunque, difícilmente, se les podían imputar acciones armadas, puesto que participaban en el movimiento mediante escritos y conferencias. Umberto era totalmente inocente, o casi inocente. Él solamente nos había acompañado en las primeras, raras y simbólicas acciones ilegales, como la irrupción en el otoño de 1976, en Vicenza, en la sede de una organización católica integrista. Pero, tras el ataque contra la CISNAL,[5] nuestros caminos se separaron. En aquella ocasión, un grupo de unas treinta personas enmascaradas lanzamos cócteles molotov contra la puerta

---

4. Alisa del Re, investigadora de la Universidad de Padua, formó parte del grupo de intelectuales militantes detenidos el 7 de abril de 1979 y fue ajena a cualquier acción violenta.

5. Sindicato de extrema derecha.

de entrada del sindicato parafascista, en pleno centro de Vicenza, justo antes de una manifestación convocada por los sindicatos, y a la que nos unimos una vez quitadas las máscaras. Salvamos la situación pero asumiendo riesgos inútiles, porque Forzato decidió ponerse su máscara y correr hacia el objetivo desde una distancia de trescientos metros y, como la calle era endiabladamente empinada, llegamos arriba completamente sofocados. En lo que a mí concierne, pude verificar que ese apellido, Forzato, parecía trazar un destino. En el verano de 1974, me costó pasar un mes de prisión en Marruecos. Yo acababa de terminar el bachillerato y Umberto, en lugar de aprovechar un mes tranquilo de vacaciones, tuvo la brillante idea de traficar con hachís para financiar el movimiento. La astuta idea de este listillo, secundado por el otro zorro que nos acompañaba, Tano, era esconder un kilo de hachís en un ánfora lacrada para turistas. Pero, una vez comprado el hachís a un campesino marroquí, caímos en un control policial unos kilómetros después. Ingenuos y un poco fumados, no comprendíamos que la policía marroquí nos había parado para justificar ante los ojos de los gobiernos europeos que trataban de dar caza a los traficantes. Pasamos así el mes de agosto en la prisión de Fez, hacinados con otros treinta reclusos en una celda asfixiante de veinte metros cuadrados, en compañía de piojos y cucarachas. Si no hubiera sido por mi padre que, en su gran generosidad y misericordia, intercedió por nosotros ante el ministro italiano de Asuntos Exteriores de la época, el vicentino Mariano Rumor, que había ido con él a la escuela, esa experiencia hubiera sido aún más penosa.

Pese a este y otros episodios, yo sentía un profundo afecto hacia mi amigo Umberto Forzato, porque tenía un verdadero espíritu humanista. En el fondo, había algo bueno en él, con su barbita puntiaguda entre Lenin y el diablo. Era unos años mayor que yo, licenciado en Sociología por la Universidad de Trento, y más anarquista que marxista-leninista, lo que lo diferenciaba de los «ex» de *Potere*

Operaio[6] y del PCI, bastante aburridos y a menudo presuntuosos. Con él empecé a frecuentar el movimiento *underground*, los festivales de *Re Nudo*[7] y los grupos de jóvenes *hippies* que se reunían en la Plaza de los Señores y en los parques públicos de Vicenza. Con él comencé a apasionarme por el Ché Guevara, a discutir sobre la guerrilla e imaginar cómo ponerla en práctica. Después, cuando los hechos comenzaron a reemplazar a los sueños, nuestros caminos se alejaron porque otros criterios empezaron a tenerse en cuenta o sustituyeron a los anteriores. Umberto era una persona con un gran corazón, sinceramente animado por un sentimiento humanitario (con él participé en las primeras manifestaciones antimilitaristas, por el reconocimiento de los objetores de conciencia, contra las prisiones militares y los derechos de los presos) pero, a veces, podía cometer imprudencias que nos costaban caras. Él pagó un precio muy alto, totalmente desproporcionado en comparación con sus responsabilidades reales. En 1975, ya había pasado unos meses en la cárcel, debido a un registro de la policía en su domicilio en el que encontraron un fichero de políticos, patrones y miembros de las fuerzas del orden. Fue nuevamente detenido el 21 de junio de 1979, dos días después del suicidio de Lorenzo, a raíz de las acusaciones de una antigua ex amante movida por el deseo de venganza, pero que nada tenía que ver con nuestro movimiento. Esa mujer, en realidad una pobre desgraciada, se dirigió voluntariamente a la policía para declarar que Umberto le había contado que conocía, por otras personas, la

---

6. Órgano de prensa del grupo homónimo extraparlamentario, activo entre 1967 y 1973. Se inspiraba en las tesis del «operaísmo» de Pisa. Sostenía la teoría de la vanguardia dentro de la masa, lo cual implicaba una crítica de la forma-partido vertical. Toni Negri y Franco Piperno, entre otros, son sus máximos exponentes. *(N. de los E.)*

7. *Re Nudo* era una publicación similar a la revista satírica francesa *Hara-Kiri*.

existencia de reuniones secretas y atentados, en particular, la bomba colocada en el cuartel de la Jefatura de policía de Vicenza, en noviembre 1977. ¡Sólo un tribunal en tiempos de guerra podía dar crédito a tal testimonio! Poco importa que una posible fanfarronada de Umberto —que nada tenía que ver y nada sabía de eso— fuese desmentida por los resultados de la investigación: los policías no habían podido digerir el atentado contra la Jefatura, y nos lo querían hacer pagar a través de Umberto.

Aunque en el momento de su detención fue fotografiado esposado y con el puño en alto en señal de desafío, Umberto era alguien frágil y, en particular, no soportaba estar en prisión. Era cinturón negro de karate; desde muy pequeño practicaba artes marciales, pero tenía una gran debilidad psicológica y sufría fuertes depresiones. En la cárcel, practicó la huelga de hambre y se cortó las venas, sin despertar demasiada piedad entre sus médicos, guardias y jueces,[8] que no sólo le denegaron la libertad provisional por razones de salud, sino que le enviaron por algún tiempo a la prisión psiquiátrica de Reggio Emilia, donde se ataba a los detenidos «locos» con camisas de fuerza. Así fue cómo lo trataron, y otros sufrieron condiciones de detención aún más duras —sobre todo los militantes de las BR—, recluidos en aislamiento y trasladados constantemente de una prisión especial a otra por toda la península.

La cárcel y la caza a los «terroristas» y a sus simpatizantes formaban parte de un complejo sistema represivo, en el que la función mediática era un eslabón esencial: una buena parte de la prensa, las radios y la televisión se prestaron a la tarea de descalificar al movimiento y criminalizar a sus militantes. Se habló de los compañeros de Thiene como de una «banda de estudiantes ociosos, drogadictos e

---

8. *Giornale di Vicenza*, 18 de noviembre de 1979, 1 de marzo de 1980 y 16 de enero de 1980.

hijos de la pequeña burguesía acomodada». Sin embargo, un simple examen sociológico del perfil de los acusados pertenecientes al grupo revelaba que, salvo Alberto Graziani, doctorado en medicina, Ernesto y yo, estudiantes y militantes a plena dedicación, todos los demás eran obreros.[9]

El *Giornale di Vicenza* del 17 de abril de 1979 titulaba: «Piovene: una familia pequeño-burguesa en la que vivió Renato Segalegna, buscado por todas partes en Italia». Leyendo estas líneas, hay que figurarse la sorpresa de su padre, comunista desde siempre, antiguo partisano, trabajador de la fábrica de papel Cartiere de Lugo desde hacía tiempo. Curiosamente, en su artículo, el periodista añadía algo más; informaba de que Renato había trabajado primero en una tipografía de Thiene y después en la planta algodonera Cotonificio, en Rossi de Vicenza, como tantos otros jóvenes obreros que debían trabajar para vivir.

Éste había sido también el caso de Angelo, el mayor de cinco hermanos y hermanas, hijo de un obrero de la fábrica de quesos Caseificio de Chiuppano. Aunque de muy mala gana, una vez acabada la enseñanza secundaria, Angelo entró a trabajar en la fábrica Rima de Lugo, como obrero mecánico. Se incorporó allí simplemente para ganarse la vida, y fue donde decidió comprometerse, primero en las luchas sindicales y después políticas. No es mera retórica «obrerista» subrayar que Angelo maduró una conciencia social y eligió opciones de vida desde su experiencia de trabajador subordinado. No fue al trabajo duro a lo que se negó: Angelo, como los vénetos en general, no era un vago, tenía desde pequeño la costumbre de echar una mano en casa y luego trabajar para ganarse el sustento.

---

9. *Progetto memoria: La mappa perduta*, vol. 1, Sensibili alle foglie, Roma, 1994, pp. 115-122; *Progetto Memoria: Sguardi ritrovati*, vol. 2, Sensibili alle foglie, Roma, 1995, pp. 156-180.

No, lo que no soportaba era recibir órdenes y someterse a ritmos dictados por otros. Su rechazo visceral a la autoridad era un sentimiento compartido por el grupo de compañeros de Thiene, donde estaba claro para todo el mundo que nadie debía mandar sobre nadie, que nadie debía estar sometido a ningún otro. Como a Lorenzo y a otros, a Angelo no le gustaban las reuniones y debates interminables, las tareas ingratas de la militancia cotidiana, y cuando no estaba trabajando prefería los momentos del *dolce far niente* o la fiesta. Durante una de las primeras conversaciones que mantuve con él, se mostró muy crítico con la militancia política, diciendo que su deseo era no poner más los pies en la fábrica y, si era necesario, ir a mangar el dinero donde se guardara. Ésta era una idea bastante común entre los jóvenes proletarios de la época y que algunos pusieron en práctica, pasando enseguida de la delincuencia común al compromiso político.[10] Pero, salvo alguna «chapuza» hecha con Lorenzo, Angelo no tomó ese camino, y un día comprendimos que estaba cambiando de actitud: de pensar siempre en divertirse y huir de la disciplina del trabajo, pasó a comprometerse en la acción sindical y política. Comenzó por reunir a su alrededor a un grupo de obreros de su centro, que lanzaron una lucha relacionada con el comedor y las condiciones de trabajo. Fue elegido para el consejo de fábrica de Rima e, inmediatamente, delegado de zona de los metalúrgicos de la FIM, afiliada a la confederación CISL.[11] Cuando murió, Angelo era conocido por

---

10. De la «banda Cavallero» a los NAP (Nuclei Armati Proletari) hasta casos famosos como el de Cesare Battisti, siguiendo una larga tradición italiana e internacional (Stalin, Pancho Villa), la guerrilla de extrema izquierda de los años setenta fue alimentada, entre otras personas, por un componente de «bandidos politizados».

11. La Federazione Italiana Metalmeccanici (FIM) es parte de la Confederación CISL, originalmente democristiana pero acogiendo en su seno a militantes izquierdistas.

decenas de obreros sindicalistas de la región de Thiene y Schio, hasta el punto de que, después de su muerte y de la detención de Lorenzo y de los otros compañeros, los metalúrgicos de la FIM-CISL ayudaron de manera sustancial al comité de padres de los detenidos a constituir una comisión de abogados defensores y pagar los costes. Bruno Oboe y otros sindicalistas vicentinos de la FIM-CISL estaban en desacuerdo con la FIOM-CGIL, vinculada al PCI y a su línea directriz de criminalización de los militantes de la guerrilla, y aún separándose claramente de la lucha armada, consideraban que Angelo y los autónomos de la región formaban parte del movimiento obrero. Nosotros nos habíamos enfrentado a menudo durante las huelgas, manifestaciones, piquetes y ocupaciones de fábricas, pero lo que nos separaba eran las formas de lucha, no sus objetivos, y ellos reconocían honestamente que éramos próximos.

Para corroborar los antecedentes delictivos de Angelo, los periódicos retomaron la información proporcionada por los carabinieri: él ya había sido detenido por robo con agravantes en octubre de 1978, en el Val di Posina, en compañía de Renato Segalegna y Alessandro Stella, habiendo pasado una semana en prisión provisional. Por supuesto, no se trataba de un delito grave, pero servía para subrayar la naturaleza criminal, no política, de los acusados, y también para resaltar sus vínculos personales. Sin duda, lo del Val di Posina había sido un error, provocado por un exceso de adrenalina, debido al ritmo frenético que llevábamos. Una noche, en Mestre, robé un Mini Minor casi nuevo y, al día siguiente por la tarde, como había un hueco entre una reunión y una acción, propuse a Angelo y a Renato que me acompañaran a quemar mi viejo Mini y cambiar las placas de matrícula y los números de chasis del coche robado, para que así quedara «limpio». Se trataba de una operación estética que ya habíamos realizado otras veces, una técnica que yo había aprendido de los amigos de los suburbios de Roma, y que permitió a algunos compañeros, sin un céntimo, viajar

en buenos coches aunque hubieran comprado chatarra. Pero hacer las cosas demasiado rápido es siempre un error, y no dimos importancia a que dos cazadores paseaban por el monte mientras nosotros incendiábamos el viejo coche. Estábamos en un valle de montaña y no imaginamos que aquellos dos cazadores se apresurarían a llamar a los carabinieri. Descendiendo por la única carretera que llevaba hacia el llano, nos cruzamos con un *jeep* de los carabinieri que nos dieron el alto. Contando con que nuestro coche era más rápido, fingí no haberlos visto y aceleré. Pero unos kilómetros más allá, al llegar a la plaza de un pueblo, había un Alfa Romeo «alfetta» de los carabinieri y un militar plantado en medio de la carretera que, tan pronto como nos vio llegar, disparó una ráfaga de metralleta por encima de nuestro coche. Con los ojos desencajados y el corazón a punto de estallar, paré inmediatamente, pidiéndoles que tuviesen calma, que sólo se trataba de un coche robado. A continuación, nos ordenaron seguirles al cuartel y volví a utilizar «el espadín»[12] para poner el coche en marcha y seguirles dócilmente.

Ese robo banal sirvió a los carabinieri para corroborar sus sospechas y para tratarnos como delincuentes comunes. No era el primer vehículo que robaba, y no guardaba la cuenta, pues cada vez que teníamos que realizar una acción política ilegal o un «trabajo de autofinanciación» era preciso encontrar un coche, una furgoneta o una moto. Mis competencias técnicas no iban muy lejos, se limitaban a algunos modelos relativamente fáciles de abrir y de arrancar (Mini Minor, Cinquecento, 850, Simca 1000 y furgonetas Fiat). Nos las arreglábamos, pero muy rara vez conseguíamos «arrebatar» un coche veloz, como

---

12. Llamábamos *spadino* a una herramienta para abrir y poner en marcha los coches de esa época. Se trataba de un calibre milimetrado que utilizaban los mecánicos, o sea, de un simple abrelatas Simmenthal, limado para este fin.

un Alfa Romeo por ejemplo, abordando un vehículo estacionado provisionalmente delante de un estanco o un quiosco de periódicos y con las llaves puestas. La mayoría de las veces nos conformábamos con lo que encontrábamos y, en ocasiones, llegábamos a encontrarnos en situaciones ridículas que, al mismo tiempo, eran peligrosas. Una vez, por ejemplo, debimos cambiar un neumático reventado antes de entrar en acción; otro día, tuvimos que empujar una maldita furgoneta que no quería arrancar. Robar coches llegó a convertirse en una rutina, una actividad entre otras, pero nunca me consideré un delincuente por robar coches, pues no lo hacía con fines lucrativos, sino simplemente porque eran necesarios para operar y no ser identificados. Es más, en alguna ocasión, empujado por escrúpulos morales, llegué a dejar un billete en el coche utilizado y abandonado, disculpándome por las molestias ocasionadas.

¿Delincuentes, criminales, terroristas o militantes revolucionarios que utilizaban las armas como una de las posibles formas de lucha política? Es sabida la subjetividad de juicio en esta materia y que las definiciones son armas en sí mismas. Para alcanzar una apreciación si no objetiva, al menos sin juicios previos, tanto el juez como el historiador deben buscar la mayor cantidad de información, testimonios, confirmaciones, análisis contextuales, etc., que den cuenta de los acontecimientos y de la personalidad de sus protagonistas.

«El 19 de abril de 1968 [...] los obreros de la industria textil Marzotto habían derribado y tirado al suelo la monumental estatua de bronce del conde Gaetano Marzotto, padre fundador de la empresa familiar, que estaba entronizada en la plaza de la ciudad.»

19 DE ABRIL DE 1968

LOS ORÍGENES DE NUESTRA HISTORIA

Todo había comenzado una década antes —en 1967, 1968, 1969—, cuando éramos apenas unos adolescentes. Veíamos a nuestros hermanos mayores manifestarse contra las guerras en Vietnam y en Palestina, a los obreros saliendo a la calle en favor de los derechos de los trabajadores, a los estudiantes de sociología de Trento salir de la universidad con el objetivo de invertir el orden social establecido, y a los locos liberados por el doctor Basaglia y la corriente de psiquiatría democrática circular por la ciudad. Leíamos a Marcuse, Sartre, Reich, Nietzche, Ivan Illich y a Don Lorenzo Milani, y releíamos a Marx y a Engels. Escuchábamos a Bob Dylan, Joan Baez, los Beatles, los Rolling Stones o Jethro Tull, y cantábamos canciones de Fabrizio de André y Francesco Guccini. Y teníamos un deseo irrefrenable de cambiar el mundo, es decir, la sociedad en la que vivíamos. Queríamos hacer la revolución, pero ante todo éramos rebeldes; era casi una sensación física, instintiva. Nada estaba muy claro y, a veces, incluso bastante confuso: una mezcla de

antiautoritarismo y antimilitarismo, contra la disciplina tanto en la fábrica como en la escuela, por la justicia y la igualdad, para cambiar tanto las relaciones sociales como las interpersonales. El movimiento «hijos de las flores» —calificativo con el que se conocía a los *hippies* de los años sesenta— de jóvenes y estudiantes rebelándose en todo Occidente contra cualquier forma de autoritarismo, contra las discriminaciones sociales, raciales, sexuales, etc., se vinculó en Italia con el pensamiento crítico de una izquierda comunista que, desde Gramsci, se había liberado de la subordinación al pensamiento único de Stalin, y que, ampliando el debate, había abierto espacios a su izquierda. Entre otros acontecimientos, el sensacional abandono del PCI por parte de Rossana Rossanda[1] y los otros fundadores de *Il Manifesto*[2] significaba que, tras los horrores del estalinismo y del maoísmo, otro comunismo era posible. Durante una larga década, millones de italianos creímos que era posible construir una nueva sociedad comunista en Italia.

Visto desde la actualidad, tras los años de Craxi, Dalema y Berlusconi, parece una historia del siglo pasado, de un pasado lejano, muy lejano, cuando había una sola cadena de

---

1. Rossana Rossanda (1924), integrante de la Resistencia partisana durante la Segunda Guerra Mundial y dirigente del PCI desde el final de la misma. Tras su expulsión del partido (1970) y la experiencia en *Il Manifesto* (periódico del que sigue siendo directora honoraria), abandonó la política activa para dedicarse principalmente al periodismo y a la literatura, atendiendo al debate político y a la reflexión sobre el movimiento obrero y el feminismo italiano. En 2008, entró a formar parte del consejo editorial de *Sin Permiso. (N. de los E.)*

2. Diario comunista italiano fundado en 1969. Fuertemente atravesado por el luxemburguismo, no está adherido a ningún partido político. De postura contraria al socialismo de la Unión Soviética, supuso una verdadera «corriente interna» en el PCI. Actualmente, está constituido como cooperativa de periodistas y contribuye al pensamiento político de la izquierda italiana. Las personas que lo integran (todas sin excepción, incluidos los perfiles técnicos) perciben el mismo salario. *(N. de los E.)*

televisión y las imágenes eran en blanco y negro, la época de Totó, Pasolini y Alberto Sordi.

En la provincia de Vicenza, en los orígenes de tantos destinos comunes, hay una fecha concreta: el 19 de abril de 1968. Aquel día, en Valdagno, los obreros de la industria textil Marzotto habían derribado y tirado al suelo la monumental estatua de bronce del conde Gaetano Marzotto, padre fundador de la empresa familiar, que estaba entronizada en la plaza de la ciudad. Durante años y años, generaciones de obreros de Valdagno habían sufrido un sistema paternalista propio de otros tiempos: la familia de los condes Marzotto era la propietaria no sólo de las fábricas, sino también de los inmuebles donde vivían los obreros y sus familias; la mano bienhechora del patrón velaba por el campo de fútbol, la piscina o el cine donde los obreros fieles podían pasar su tiempo libre o, más bien, como se solía decir, «después del trabajo». Pero un día los obreros no soportaron más esa dependencia, casi servil, las humillaciones, los bajos salarios y los ritmos de una tarea cada vez más estresante, y se rebelaron contra el padre-patrón. Tras un año de huelgas y negociaciones inútiles, ante la negativa patronal a toda concesión, los obreros perdieron la paciencia. Del 15 al 19 de abril, Valdagno fue el escenario de marchas y manifestaciones cotidianas, de enfrentamientos con los carabinieri y los *celerini*,[3] de destrozos de fachadas de bancos y coches de lujo, que culminaron con la demolición de la estatua del patrón.

¿Qué querían los obreros de Marzotto? El conflicto había arrancado durante los primeros meses de 1967 contra las sobrecargas de trabajo, cada vez más pesadas. A esa primera reivindicación vinieron a sumarse otras: «Contra los despidos», «Contra el trabajo a destajo», «Por unas condiciones de trabajo más humanas», «Por un salario más digno», «44

---

3. *Celerini* es el plural de *celerino*, que viene de *célere* («rápido»); se denomina así a las fuerzas de mantenimiento del orden público.

horas trabajadas, 49 pagadas durante todo el año», «El sábado festivo». Los trabajadores reivindicaban el control obrero sobre el ritmo de trabajo mediante la creación de un delegado sindical, además del derecho de asociación y representación. Habían dicho basta a ese comité de empresa que formaba parte del sistema de control patronal, que sólo se ocupaba de viajes al mar y de las colonias de verano para los hijos de los trabajadores fieles; se exigía un comité verdaderamente representativo de las reivindicaciones obreras, capaz de ejercer un contrapoder en el interior de la empresa y de negociar con el patrón. La idea era crear un consejo de fábrica, elegido democráticamente por la base, que fuese más allá de las secciones sindicales con sus divisiones, peleas internas, intereses, sectarismos, etc. No era una idea nueva para la larga historia del movimiento obrero, pero renació en el valle del Agno.

En sus memorias, Neno Coldagelli, que era en aquella época secretario de la Cámara de Trabajo de Vicenza, recuerda:

> *La familia Marzotto se sorprendió, no quería aceptar el claro signo de su derrota y pretendía que en el prólogo del acuerdo sindical, alcanzado en mayo de 1968, se incluyera una mentira inaceptable; en la que se pretendía que los sindicatos aceptasen la teoría de una intervención externa y que la demolición de la estatua era obra de grupos ajenos a la planta industrial. La* CGIL *no firmó, porque este prólogo le quitaba el protagonismo a los obreros que se manifestaron claramente en el marco de una realidad social tan compleja como la de Valdagno, le quitaba su significado más profundo y verdadero.*[4]

---

4. Neno Coldagelli, secretario de la Camera del Lavoro de Vicenza de 1969 a 1971, en el *Quaderni del Centenario*, n.º 2/2002, p. 11.

El mismo dirigente de la CGIL, en el congreso provincial del PCI de diciembre de 1968 (presidido por Armando Cossutta, miembro vitalicio del comité central) realizó una intervención en la que mantenía que era una blasfemia afirmar que: «El compromiso con los Consejos de fábrica debía ser igual o superior al de construir o reforzar el PCI en el seno de las empresas».[5] ¡Ah, cómo se aceleró la historia durante aquel año! Algunos años después, cuando se impuso el control de las confederaciones sindicales sobre los consejos de fábrica, el PCI ordenó a todos sus militantes políticos y sindicales delatar a los «terroristas, ajenos a las fábricas y al movimiento obrero» (a pesar de ser obreros y frecuentemente delegados sindicales o electos en los consejos de fábrica), condenando al silencio o acusando de complicidad con el terrorismo a todas las voces discrepantes con la línea oficial.

En 1968, las reivindicaciones de los trabajadores de Marzotto fueron más allá de los objetivos de la empresa o del sector industrial, más allá incluso de la clase obrera. Los consejos de fábrica significaban democracia directa, la «tabla salarial única para obreros y mandos medios» —una de las principales reivindicaciones— atacaba de frente a las jerarquías sociales, criticaba los fundamentos del sistema económico y social y cuestionaba los paradigmas presentados por el poder como naturales o, en todo caso, como normales e inamovibles. Así que, además del textil y otros sectores industriales, muchas personas compartieron las críticas y reivindicaciones de los trabajadores de Marzotto. En particular, los estudiantes de los institutos técnicos y profesionales de Valdagno, que se unieron al movimiento de la lucha obrera y que frecuentaban las escuelas instituidas por la dinastía Marzotto, concebidas y dirigidas para la

5. *Ibíd.*, p. 14.

formación de trabajadores especializados y técnicos para la industria textil. «Contra el autoritarismo de los directores y el despotismo de Marzotto», los estudiantes llamaron en sus octavillas a la unidad de acción entre obreros y estudiantes y a la solidaridad de la población con el siguiente eslogan: «¡Valdagno despierta!». Y, finalmente, la mayonesa cuajó. A principios de 1969, trabajadores de Marzotto respaldados por los estudiantes ocuparon durante un mes (del 24 de enero al 23 de febrero) los edificios industriales, preámbulo de la embestida del movimiento obrero en lo que sería denominado «otoño caliente», que traería conquistas fundamentales como la reducción de los horarios de trabajo y ritmos infernales, y fuertes aumentos salariales, culminando con la promulgación de la «Ley 300», de mayo de 1970, esto es, el Estatuto de los Derechos de los Trabajadores.

La que parecía ser hasta entonces una pequeña ciudad tranquila y laboriosa, sumisa al patrón, a la Iglesia y a la Democracia Cristiana, se reveló cuna de la revuelta social. No era, sin embargo, un nacimiento de padres desconocidos. Durante el último siglo, en los valles del Alto-Vicentino, se había asentado una tradición de revuelta social y política, comenzando por los primeros socialistas y anarquistas de finales del siglo XIX, siguiendo por los comunistas y antifascistas del período mussoliniano, a los partisanos de la Segunda Guerra Mundial y pasando por los brigadistas internacionales en la época de la Guerra Civil en España.[6] Periodistas y politólogos que en los años setenta expresaban su sorpresa al ver nacer en la provincia de Vicenza

---

6. Véanse Emilio Franzina: *La classe, gli uomini e i partiti. Storia del movimento operaio e socialista in una provincia bianca: il Vicentino (1873-1948)*, Odeon libri, Vicenza, 1982; *Il Veneto Ribelle. Proteste sociali, localismo popolare e sindacalizzazione*, Gaspari editore, Udine, 2002; Gianni A. Cisotto: «La Resistenza nel Vicentino. Tra storia e storiografia», en *Tempi, uomini ed eventi di storia veneta. Studi in onore di Federico Seneca*, Minelliana, Rovigo, 2003, pp. 537-556.

—considerada la Vandea italiana, gobernada desde la posguerra por la Democracia Cristiana—[7] primero luchas obreras ejemplares, más tarde acciones violentas y después los atentados, omitieron (por ignorancia o calculadamente) la larga tradición de revueltas arraigada en estas tierras. Igual que en la España de la Guerra Civil, dos almas estaban presentes en la provincia de Vicenza: una católica, conformista y bien pensante, que conciliaba los intereses de la burguesía y los del pueblo acostumbrado a servir y a quitarse el sombrero al paso del señor, y otra alma crítica, independiente, socialista, anarquista, comunista, expresión de otro pueblo que, incluso inclinado sobre el surco, levantaba la cabeza y miraba hacia adelante.

Iniciada en Valdagno, la revuelta obrera se extendió durante los años siguientes por toda la provincia, implicando a fábricas y sectores industriales de lo más diversos, desde el textil a la siderurgia y al curtido. Tras el «otoño caliente» y las primeras conquistas, la revuelta no se detuvo y continuó queriendo más y más. Así, en Arzignano, en 1970, los obreros de las fábricas electromecánicas Pellizzari fueron protagonistas de una larga huelga que dio lugar, durante varios días, a violentos enfrentamientos con las fuerzas del orden. En esas plantas, existía también una larga tradición y una memoria de conflictos, en ocasiones muy dolorosos: como cuando en 1944, Arzignano —como toda la provincia de Vicenza— estaba bajo la ocupación alemana sostenida por los fascistas de la República de Saló y los trabajadores de Pellizzari tuvieron el valor de organizar una huelga que fue abortada con sangre, con la ejecución sumaria de algunos de los trabajadores insurrectos.

Junto a los obreros de Marzotto, los trabajadores de la otra gran industria textil de la región, Lanerossi,

---

7. Vandea es un departamento del oeste francés que en 1793, al grito de «¡Viva la religión!», se levantó en armas contra el gobierno central revolucionario.

mantuvieron también luchas muy significativas a partir de 1968, en particular contra la reestructuración de la organización del trabajo con una mecanización a ultranza y los consiguientes despidos. El punto culminante se alcanzó en 1972, durante las luchas por la renovación del convenio colectivo, cuando los obreros de Lanerossi, en Schio y Piovene-Rocchette, ocuparon las fábricas bloqueando la producción de la que era entonces la mayor industria textil de Italia.

En este punto, es útil recordar que a finales de los años sesenta la industria textil de la provincia de Vicenza contaba con cerca de veinte mil empleados. A pesar de esas cifras, de la fama de las marcas Marzotto y Lanerossi y de las dimensiones impresionantes de los edificios industriales que ocupaban decenas de hectáreas, el textil no era el sector que empleaba a un mayor número de trabajadores: en aquella misma época, la industria metalúrgica tenía 30.000 empleados en la región, a los cuales había que añadir los trabajadores de las industrias del cuero, del calzado, la cerámica, la madera, los metales preciosos y otros, que hacían de la provincia de Vicenza el tercer polo industrial de Italia, después de Milán y Turín. Hoy en día, este fenómeno es aún más impresionante, pero ya en las década de 1960 y 1970 el territorio vicentino, visto desde arriba, era una sucesión de edificios industriales intercalados entre aldeas y pequeñas ciudades antiguas, mezclados con zonas de granjas aisladas, parcelas de sorgo y viñedos.

Si las grandes fábricas, en las que trabajaban miles de obreros, eran el centro de atención por obvias razones simbólicas, los trabajadores de la pequeña y mediana industria tampoco estaban excluidos de esta conflictividad. Eran los años de pleno empleo, el desempleo era casi desconocido, y la amenaza de perder el puesto de trabajo no era aún una razón suficiente para frenar las luchas. En particular, entre los obreros metalúrgicos empleados en las fábricas esparcidas por toda la zona entre Schio, Zanè, Thiene y

Breganze, se encontraban probablemente los que fueron los militantes obreros más activos durante los años setenta. Tras el «otoño caliente», muchos habían adquirido el carné de la Federazione Lavoratori Metalmeccanici (FLM), que agrupaba a las tres federaciones del sector (FIOM, FIM y UILM),[8] que adoptó una posición sindical de lucha, no sólo en el ámbito de la empresa, sino también respecto a otras problemáticas sociales.

Schio Operaia, el periódico del consejo unitario de zona, publicado en 1971 y 1972, fue el portavoz de esta corriente del movimiento obrero. Aunque centraba su atención en los análisis y las reivindicaciones relacionadas con las fábricas metalúrgicas, también se interesaba por los problemas de la vivienda y de la especulación inmobiliaria, los precios de los productos de primera necesidad y el coste de la vida, los gastos escolares y el contenido de los programas de enseñanza, la prensa y la información, los problemas de salud en las fábricas y el medioambiente, y llamaba a la movilización contra la represión policial en Italia y contra la guerra imperialista en Vietnam.

Después de las conquistas de democracia obrera —derecho de asamblea, delegados de taller, consejos de fábrica y de zona— recogidas en el Estatuto de los trabajadores de mayo de 1970, la FLM regional (así como las federaciones del metal de otros ámbitos industriales italianos tales como Turín, Milán, Cassino o Taranto) se posicionó con reformas sociales radicales, entre las que cabe destacar, aunque de forma no exhaustiva, las siguientes: tabla salarial única para todos los trabajadores, a fin de reducir las diferencias normativas

---

8. Federación de Trabajadores del Metal (FLM) es el nombre con el que se conoce la unificación de FIOM, FIM y UILM, triplete de federaciones sindicales del sector metalúrgico, y sus respectivas confederaciones son CGIL, CISL y UIL. A principios de los setenta, se llevó a cabo una asimétrica «unión sindical» encaminada a la sempiterna unidad de acción. *(N. de los E.)*

de trabajo y de retribución entre obreros, empleados administrativos y mandos; aumento salarial igual para todos; control obrero sobre los ritmos de trabajo, contra la alienación, el estrés y los incidentes; garantía salarial contra los despidos; requerimiento prefectural o municipal sobre viviendas vacías; salarios ligados a la inflación *(scala mobile)*. El movimiento obrero, con los metalúrgicos a la cabeza, se hizo portavoz de reformas sociales generales, de naturaleza explosiva para el sistema capitalista, financiero, rentista y jerárquico. Planteaba la necesidad de incluir en las estructuras normativas, aparte de retóricas, los principios de igualdad y seguridad vital o derechos fundamentales (como trabajo, vivienda, salario, seguridad social, jubilación, etc.). Este sindicato —el *effellemme*, como se le llamaba—, que obtenía su fuerza de los consejos de fábrica y de los consejos de zona, estructuras democráticas de base, llegó a ser un referente político.

La acción sindical unitaria, que puso fin a las divisiones de los años 1950-1960 —con la CGIL, lucha sindical, separada de la CISL y de la UIL, sindicatos de compromiso a veces en connivencia con la patronal, «amarillos» se dijo— había sido deseada por la base obrera. Ignorando sus filiaciones sindicales, los obreros se habían organizado haciendo del consejo de fábrica, elegido por todos los trabajadores, estuviesen o no adscritos a un sindicato, el organismo representativo del conjunto del personal. En el nacimiento del movimiento de los consejos de fábrica, tuvo un papel importante la intervención de viejos militantes comunistas o anarquistas, que conocían las experiencias de los consejos del «bienio rojo» (1919-1920) en Italia, Alemania, Hungría y en la «zona roja» durante la Guerra Civil española, y utilizaban el término «consejo» pensando en el soviet. Pero el impulso principal de la organización autónoma de los trabajadores provenía de la nueva generación de obreros que había entrado en la fábrica no a los catorce años, como la generación anterior, sino a los dieciocho, tras haber cursado la escuela secundaria o una

escuela profesional. Obreros jóvenes que se sumaron a la lucha influidos por la memoria de los antiguos militantes comunistas y al mismo tiempo por la cultura del 68, conscientes de la necesidad de organizarse pero de forma horizontal, sin jerarquías, y autónomamente.

En algunos casos, como Petrolchimico, en Marghera, o Alfa Romeo, en Milán, la base obrera hizo de la Asamblea Autónoma el órgano de decisión de todos los trabajadores, empujando todavía más allá la acción participativa. Esta autoorganización obrera, que experimentó otras formas como el comité unitario de base (CUB),[9] en Pirelli y en otras empresas de la región de Milán (cuna de las Brigadas Rojas), llegó a ser el referente teórico para toda la izquierda obrera y revolucionaria. El proyecto de la autonomía obrera provenía de allí, un proyecto federativo de todas las formas de autogestión. La asamblea, el comité, el colectivo, la coordinación, etc. eran formas que pretendían romper con los fundamentos de la dominación, la cadena de mando, la delegación e implantar organizaciones de democracia directa, de asunción de responsabilidades desde abajo, de toma de decisiones transparentes y compartidas. El debate estaba en la base de la decisión, exactamente lo contrario de la opacidad y el dirigismo de los consejos de administración de las empresas como forma de democracia representativa, política o sindical. Esta nueva manera de entender y de hacer política atrajo a muchos jóvenes obreros, estudiantes y proletarios. El término «política», visto durante

---

9. La Confederación Unitaria de Base (CUB) se caracteriza por la práctica de los conflictos y el rechazo de la concertación. Su origen hay que buscarlo a mediados de los setenta, durante los cierres de los consejos de fábrica. Ha participado en la creación de la red europea de sindicatos alternativos de base, conformada por USI y SISA (Italia), Solidaires (Francia), CGT y Confederación Intersindical (España), IAC (Cataluña), SUR Canton de Vaud (Suiza), la FAU de Berlín (Alemania) y TIE (Alemania). *(N. de los E.)*

años como sinónimo de corrupción, arribismo o tedio, asumía en ahora una connotación positiva: un medio para realizar un proyecto, una idea, un sueño.

LOS ORÍGENES DE NUESTRA REVUELTA

Tengo la sensación, como tantos otros de mi generación, de que el torbellino de la revuelta me absorbió muy pronto. El primer recuerdo que conservo de un acto de desobediencia pública fue durante el izamiento de la bandera al que había sido invitado por la escuela; debía de tener unos diez años. Cuando se nos pidió a todos los estudiantes que nos pusiéramos en pie para rendir homenaje a la bandera tricolor y cantar el himno italiano, me negué y me quedé sentado en el suelo, en silencio. No sé exactamente lo que pasaba por mi cabeza —sin duda la letra del himno, «yelmo de Escipión» o esta «Italia creada por Dios esclava de Roma» no me agradaron en absoluto—, pero en el fondo yo quería expresar un rechazo a lo militar, la disciplina, a la autoridad y a todos sus ritos. En el último año de colegio, participé en mi primera huelga, uniéndome a los alumnos de más edad de la escuela de formación de maestros, contigua a mi centro. En el primer año de la escuela secundaria, a los catorce años, con miedo y casi balbuceante, tomé la palabra en la asamblea de estudiantes del instituto Pigafetta de Vicenza. Me atreví a criticar el

autoritarismo de algunos profesores que, en mi opinión, estaban utilizando a los jóvenes de manera injusta, desde mi punto de vista, tal vez para compensar frustraciones personales o, quizá, como forma de expresar problemas afectivos o emocionales. «Ellos ejercen el terror y de la Revolución francesa sólo aprendieron eso»: ésas fueron exactamente las palabras que empleé la primera vez que hablé ante una asamblea. Por entonces, yo no imaginaba que muy pronto el término terrorismo sería utilizado contra mí.

La familia de la que provengo no tenía una particular predisposición a nutrir un rebelde en su seno. Era el cuarto y último hijo de una maestra de escuela y de un profesor de filosofía de instituto. Sociológicamente, pertenecía a las clases medias instruidas y, políticamente, mi familia siempre había votado a la Democracia Cristiana. El modesto bienestar económico en el que nací era reciente, y mi padre no había engordado hasta pasados sus treinta años, porque antes había tenido que comer un montón de polenta y frijoles como calorías y proteínas. Mi madre, la mayor de doce hermanas, hija de un pequeño campesino de Asiago que debía alimentar a quince personas con una docena de vacas lecheras, tuvo la suerte de ser educada por las monjas y pudo obtener el diploma de la escuela de Magisterio. Por su parte, mi padre, último y único hijo varón de Toni Cajo,[1] que había trabajado toda su vida como peón caminero, terraplenero y palafrenero, y que durante años había emigrado como trabajador temporal a Austria, Alemania o Hungría, había podido estudiar gracias a los curas. Era bueno en la escuela y por ello el cura del pueblo le tomó bajo su protección y le hizo entrar en el seminario, donde estaba destinado a convertirse en párroco; pero a los veinte años, inscrito en la Universidad Católica de Roma, renunció al sacerdocio, abandonó el

---

1. Apodo de mi familia paterna, por el cual fui conocido y llamado en la aldea.

seminario y comenzó a trabajar en una sección de la CGIL para pagarse los estudios. Así fue como mi padre, «el Nico Cajo», llegó a ser «el profesor Stella»; consiguió brillantemente su licenciatura en filosofía y, tras aprobar la oposición, entró en el funcionariado público, obtuvo una plaza en el instituto clásico y su ansiado título de profesor. Para mis padres, todo esto había sido un verdadero salto social; pudieron casarse y fundar una familia, gozando de una relativa comodidad: un apartamento con opción a compra en un inmueble en la periferia de Vicenza, un coche de ocasión y vacaciones en la playa de Jesolo en el mes de septiembre, cuando era más barato. Mis padres eran conscientes de ello y se consideraban de alguna manera privilegiados en relación con sus hermanas, que habían tenido que empezar a trabajar al acabar su infancia.

Crecí en una familia, una gran familia italiana, en la que aunque el hambre formaba parte del recuerdo, quedaba conciencia de la fatiga y el sudor que costaba poner el pan sobre la mesa. Un pan que había que compartir. Mis padres votaban a la Democracia Cristiana y consideraban a los comunistas terribles ateos, pero cuántas veces les oí indignarse contra tantas injusticias en el mundo, contra los daños causados a los débiles, contra el destino de los pobres. Adquirieron su espíritu humanista y fraternal en las enseñanzas de los evangelios cristianos y, para mi padre, el marxismo era una aberración laica del cristianismo; pero, en el fondo, la sensibilidad que tenían con los pobres, con el sufrimiento, con los más necesitados, era casi natural, arraigada en sus vivencias. El afecto y la solidaridad de mi familia, de mi padre en particular, tuvieron una importancia fundamental en mi vida, especialmente durante los años difíciles, ya que nunca me dejaron de lado. Por cierto, ellos no estaban en absoluto de acuerdo con mis decisiones radicales, pero tampoco con la criminalización de su vástago. Entrevistado por una televisión regional, tras la emisión de una orden de detención contra

mí, mi padre llegó a decir que aunque estaba contra los métodos violentos adoptados por su hijo comprendía las motivaciones. Pese a las angustias y el sufrimiento que le causé, nunca me negó su afecto y confianza y, cada vez que volvía a casa, al salir de la cárcel o de una comisaría, antes de preguntarme qué había pasado me abrazaba largamente.

En la formación de una persona, si bien la familia tiene mucho peso, ciertamente no lo es todo. Entre las primeras lecturas que me influyeron, como a muchos otros italianos de mi generación, está el libro *Carta a una maestra* de Lorenzo Milani, cura de Barbiana, un pueblo perdido de los Apeninos toscanos. Su crítica a una escuela clasista, terrible con los débiles, basada en la disciplina autoritaria en vez de en la confianza y el estímulo, me había seducido, también porque guardaba similitud con mi propia experiencia. En mi formación, también influyeron sin duda esas corrientes cristianas reformistas, que en los años sesenta promovieron la teología de la liberación y el movimiento ecuménico de Taizé. Durante mi adolescencia, fui dos veces a Taizé, en Borgoña, la primera vez con mis padres y la segunda con un amigo, haciendo autoestop. Esa experiencia me pareció fantástica: encontrarse con miles de jóvenes de todo el mundo, acampar bajo las estrellas en la apacible campiña francesa, hablar, cantar, jugar, conocerse, amarse, en un ambiente de comunidad sereno me produjo la sensación de que un movimiento utópico universal estaba naciendo. Para algunos de los que allí estaban era de naturaleza religiosa, para otros simplemente humanista; en todo caso, un movimiento de fraternidad que superaba todas las fronteras, idiomas, religiones, clases o razas. Sé que no fui el único activista revolucionario que pasó por Taizé, porque en esos años Taizé, San Francisco o Woodstock constituían básicamente oportunidades para el encuentro y el desarrollo de una nueva sensibilidad humana subversiva, que en las décadas siguientes traería consigo cambios revolucionarios

en los comportamientos individuales y en las relaciones sociales, de género y sexuales, en particular.

En aquel momento, la revolución cultural que se estaba gestando, heredera de tres siglos de pensamiento libertario, parecía extenderse, especialmente en Italia, por la clase obrera. Era una época en que la clase obrera simbolizaba a los oprimidos, los explotados, destinados al paraíso por el sufrimiento pasado en este mundo. Un momento simbólico durante el cual intelectuales comunistas y sacerdotes católicos fueron a trabajar a la fábrica para estar al lado de los obreros, para vivir como obreros. En mi pequeño rincón conocí a don Gastone y don Bruno, dos sacerdotes que habían tomado esta decisión a pesar de la oposición de la jerarquía eclesiástica, y con quienes me gustaba hablar. En el imaginario de la época, la clase obrera representaba la parte de la sociedad que portaba los valores de la igualdad, la justicia y la fraternidad.

El día que subí a la tribuna para hablar frente a la asamblea de mi escuela, comenzó mi militancia revolucionaria y, desde entonces, de los quince a los veinticinco años, ése fue todo mi universo. Inmediatamente, se me acercaron algunos mayores del último curso que tenían experiencia y cultura política. En su compañía, comencé a frecuentar asiduamente reuniones y asambleas de estudiantes pero también de obreros y sindicalistas. Siguiendo las pautas de comportamiento vigentes, llevé mi parka y una pipa en el bolsillo, y no sólo leía a los clásicos del marxismo, sino también a los nuevos intelectuales comunistas italianos para los cuales el viento soplaba a favor, entre ellos, Mario Tronti, Raniero Panzieri y la revista *Quaderni Rossi*, Toni Negri, Massimo Cacciari y la revista *Contropiano,* y evidentemente todos los periódicos del movimiento que aparecían: *Potere Operaio*, *Lotta Continua*, *Il Manifesto* y revistas y folletos de toda clase. La búsqueda intelectual para conocer la novedad, la innovación del pensamiento crítico de tradición comunista, que se había desarrollado

en los años sesenta, hizo renacer la esperanza de un horizonte comunista distinto del gulag de la Unión Soviética.

Como muchos otros de mi generación, yo no me nutría solamente de arduas —y a veces terriblemente indigestas— lecturas, la música tenía una enorme influencia en nuestra formación sensible, una novedad en comparación con las generaciones anteriores. Algunos se prendaron del rock diabólico de los Rolling Stones, otros del sonido más suave y romántico de los Beatles; a mí me atrajo más el melodioso rock de Jethro Tull, de los Doors, de Lou Reed o de los Jefferson Airplane y Starship. Era fan de Bob Dylan y me encantaba escuchar las canciones de Fabrizio de André, de los Nomadi y de Francesco Guccini, que hablaban, en buen italiano, de muchas cosas que yo sentía de la misma manera: un anarquista ferroviario que lanza su locomotora contra un tren de «señoritos», una seductora que lleva el amor al pueblo, un pescador que comparte pan y vino con un asesino perdido y temeroso, sin preguntarle nada: esas palabras me llenaban de humanidad. ¿Cómo hubiéramos podido permanecer insensibles a la música y las palabras que decían que «los tiempos están cambiando»? La música alimentaba y acompañaba al movimiento, mezclada con canciones tradicionales de la clase obrera (Della Mea, Pietrangeli, Bertelli), la nueva línea del rock libertario (Finardi, Camerini, Dalla, De Gregori..) y el rock angloamericano. Fuimos, de hecho, la primera generación que nació con la omnipresencia de la música, diaria, grabada y reproducible. Había música y había textos, que hablaban de «música rebelde» y que te invitaban al combate.

Mi primer compromiso político fue en las luchas estudiantiles: yo estaba presente y activo en cualquier asamblea, huelga y manifestación por la gratuidad de la escuela, de los libros de texto, del transporte escolar. Pero, con el tiempo, aprendí lo limitado de estas cuestiones y de las luchas estudiantiles. Frecuentaba el instituto clásico (con latín y griego antiguo) de una ciudad de provincia, donde

estudiaban los retoños de la buena burguesía local. Allí comprendí que en efecto existía la lucha de clases, ya que, a pesar del activismo y de los buenos argumentos sólo una pequeña minoría participaba en las huelgas y manifestaciones. Aparte de algunos marginales como yo, la mayoría de estudiantes se acomodaban perfectamente a su destino social privilegiado por nacimiento. Me expulsaron dos semanas por llamar fascista al director y recibí una brutal paliza de un grupo de fascistas que me estaban esperando a la salida del instituto, sin que los «valientes» estudiantes moviesen un sólo dedo. Me convencí de que ése no era mi sitio y, durante los últimos años de instituto, con un puñado de compañeros amigos, participé en las huelgas con los alumnos del instituto profesional.

Allí conocí a Vanni, Antonello, Willy, Carletto y otros jóvenes proletarios que constituirían la base del Grupo Social de la ciudad de Vicenza. No eran intelectuales y, además de la prensa alternativa lúdica y anarquista, leían cómics; no eran oradores, sino más bien de pocas palabras, pero tenían un auténtico instinto colectivo, un sentido de solidaridad de grupo que se manifestaba de diversas formas; aborrecían la misma palabra «militancia» y se mostraban reacios a asistir a las reuniones de debate, pero siempre estaban presentes en las huelgas, manifestaciones y otras iniciativas prácticas. De ellos aprendí una cosa fundamental: estaban destinados, por nacimiento y orientación académica, a trabajar en la fábrica, pero lo que ellos deseaban en lo más profundo de su corazón era huir de ese destino. Huir por todos los medios posibles, incluido volar en sueños, usando hierbas y otras sustancias que entonces circulaban ampliamente.

Durante los años de instituto, los estudios no eran mi principal preocupación y, cuando leía, en la escuela o en casa, era a los clásicos del marxismo y economía política. Mis pensamientos y mis preocupaciones estaban en otros lugares. Pasé la mayor parte de mi tiempo

en reuniones, asambleas, huelgas y manifestaciones de todo tipo. Desde las luchas estudiantiles por una escuela y transporte escolar gratuitos, a las de los trabajadores del metal o del textil para conseguir mejores salarios y condiciones de trabajo, hasta las grandes causas internacionales tales como la guerra de Vietnam, el Chile golpista o la España franquista. Sin olvidar las innumerables manifestaciones antifascistas, aquellas por «la objeción de conciencia» y en solidaridad con los insumisos al servicio militar, y los desfiles rituales y obligatorios del 1.º de mayo, 25 de abril (Liberación de 1945) y otras fechas conmemorativas.

Durante la primera mitad de la década de 1970, mis actividades principales, a las que dediqué mucho tiempo, fueron probablemente las de escribir, escribir a máquina, usar el ciclostil y repartir folletos. Prácticas que, en el siglo XXI, con el desarrollo de las nuevas tecnologías (informática, correo electrónico, SMS e Internet) parecen algo obsoletas; pero, incluso hoy, los movimientos sociales recurren a las octavillas y panfletos, porque el mensaje parece más cercano, más humanizado y la comunicación más directa entre quienes lo distribuyen y lo reciben. En cualquier caso, en aquel momento, el panfleto era el medio que teníamos a nuestra disposición para difundir un mensaje, formular una crítica, denunciar una mala acción o apelar a una alianza. A pesar de su sencillez, en aquella época, hacer un panfleto costaba mucho. Si bien una pequeña Olivetti era fácil de conseguir, para utilizar el mimeógrafo —preciada máquina conocida también como «ciclostil»—, había que pedir autorización humildemente a una sección sindical o a un grupo político dotado de sede oficial. A menudo, era un trabajo ingrato que no atraía a muchos voluntarios, porque a veces había que pasar toda la noche multicopiando los malditos panfletos, girando la manivela (el ciclostil eléctrico era un lujo que pocas organizaciones se podían permitir) y manchándose las manos y la ropa de tinta porque la máquina solía averiarse regularmente y había que retirar las hojas

atascadas. Además también necesitábamos dinero para pagar el papel y la tinta, y el penoso ritual de las colectas al final de la reunión sólo daba para conseguir un poco de dinero, dada la precariedad en que nos movíamos. Creo que el primer robo que llevé a cabo fue el de un ciclostil eléctrico, algo que me proporcionó un gran alivio.

¡Cuántos miles de panfletos escribimos y distribuimos en aquellos años! Delante de las fábricas y escuelas, en buzones o en el transcurso de cualquier manifestación. ¡El frío que tuvimos que soportar en invierno a las cinco de la mañana frente a las puertas de las fábricas Lanerossi y Marzotto, con el viento glaciar que descendía de los valles de montaña! Ateridos, distribuíamos los panfletos con los dedos congelados mientras los trabajadores bajaban de los autobuses y entraban rápidamente a la fábrica, en silencio o murmurando algo. Algunos se detenían un instante para hablar con nosotros, intrigados por el celo y el coraje que mostrábamos al estar ahí a esa hora intempestiva; otros nos decían, a su manera o en su dialecto, que éramos unos soñadores: «¿Qué habéis traído esta mañana, chicos, billetes de diez mil liras?».

Visto en retrospectiva, lo que parece más sorprendente es que, a veces, en invierno y a las cinco de la mañana hubiera una multitud frente a la entrada de las grandes fábricas. Había emulación, incluso competencia entre los diferentes grupos que distribuían panfletos, entre la gente de Manifesto y Lotta Continua, el consejo de zona y las coordinaciones obreras, antiguos bordiguistas y Potere Operaio, entre los sindicalistas de la FLM, de la FILTEA-CGIL o las federaciones sindicales más activas, como la FIM-CISL. Las disputas o argumentos teóricos que ponían de relieve las diferencias entre unos y otros eran constantes y no tenían fin, incluso si todos se sentían partícipes del mismo movimiento de lucha.

En 1971, entré en el grupo Potere Operaio, tras un rápido paso por la FGCI, la federación de juventudes del PCI. Después de algunos meses pasados en reuniones y

discusiones en las que lo prioritario era la designación de representantes y otras pamplinas burocráticas, rompí mi carné y me fui cuando me ofrecieron representar a los estudiantes del instituto de Vicenza en el congreso provincial de la FGCI. No hacía política para eso, poco me importaba representar y todavía menos dirigir a otros; lo que quería más bien era destruir ese sistema de dirección, obediencia y disciplina de partido.

Así aterricé de manera natural entre los militantes salidos de PCI que se debatían entre Manifesto y Potere Operaio. Con ellos hablaba de revolución, y no sólo de luchas sindicales y de reivindicaciones obreras. Simpaticé, en particular, con los líderes autoproclamados de Potere Operaio de Vicenza, la pareja formada por Mario Piccinini y Maurizio Merlo, calcos idénticos de Marx y Engels. De hecho, ellos cuidaban su parecido hasta la caricatura: Mario con la barba hirsuta, la gruesa panza y un puro entre los labios (un infame y pestilente *toscano* que hacía huir a los que no fueran verdaderamente adictos a la causa) y Maurizio con bigote, perilla y gafas de intelectual del siglo XIX. Ambos eran brillantes oradores, grandes lectores y grandes eruditos; podían citar pasajes enteros de los *Grundrisse* de Marx y explicar complicadas ecuaciones económicas que dejaban con la boca abierta a sus interlocutores, a mí desde luego, e imagino que también a los demás. No entendía casi nada de lo que decían y llegué a pensar que ni ellos mismos comprendían lo que afirmaban como evidente e indiscutible. Llegaron a implicarse en verdaderos duelos sobre el conocimiento marxista, con citas textuales y bibliográficas, compitiendo con otros grupos marxistas-leninistas.

Pero, al margen del afecto y simpatía que yo sentía por la pareja formada por Piccinini y Merlo, comprendía mejor a otros compañeros, en particular a Nino. Él también era un intelectual, pero mientras los otros hacían todo lo posible para que su razonamiento fuera incomprensible, y así supuestamente demostrar su superioridad intelectual,

Nino se esforzaba en hacerse entender. Había sido un «dirigente» del PCI, responsable del sector textil; había frecuentado al mítico líder de la CGIL, Romano Carotti; había participado en el 68 de Valdagno; y había comprendido la necesidad de hacerse entender por los obreros. La primera vez que le vi —y, desafortunadamente no fue la última en esas circunstancias— estaba ante un tribunal, acusado, junto a otros obreros y sindicalistas de haber perturbado el orden público y, en particular, de haber tratado de «rana» a la secretaria de dirección de una empresa.

Casi todos los compañeros en Potere Operaio de Vicenza eran mayores que yo, casi todos estudiantes de la Universidad de Padua o Venecia; otros ya profesores o empleados, mientras que yo todavía estaba en la escuela, estudiando secundaria. «El secundario» (*il medio*), así me llamaba Marietto Piccinini, con una mezcla de afecto paternal y superioridad, porque entre ellos yo era «el de secundaria», promovido a responsable de los estudiantes de secundaria de Potere Operaio de Vicenza —tres imberbes y uno afeitado—. Con ese cometido, a principios de junio de 1973, fui al congreso de Rosolina, cerca de Rovigo, donde no comprendí gran cosa de las diferentes posiciones entre unos y otros, pero en cambio quedé fascinado por la efervescencia que allí se respiraba. Sólo con el paso del tiempo comprendí que Potere Operaio implosionaba o estallaba, que una parte de los compañeros del Véneto y de Roma iban a ingresar en las Brigadas Rojas, que ya no habría más grupo centralizado sino una variedad de grupos locales más o menos autónomos o coordinados entre sí. En medio de esta confusión, quedé ligado a los compañeros de Potere Operaio de Vicenza, que decidieron formar un grupo llamado «Clase y Partido». Las siglas y las referencias no me gustaban, pero me mantuve con ellos porque, en la ciudad donde vivía, ésa era la red de los revolucionarios.

Desde 1973 hasta 1975, estuve haciendo lo que era considerado como trabajo político a tiempo completo. Eso

significaba tener reuniones de diverso tipo todos los días, participar en grupos de estudios y leer cantidad de textos de economía política —de Marx a Keynes y a Sraffa—, y por supuesto participar en todas las luchas y manifestaciones que se presentaban. Clase y Partido tenía una pequeña tarea intelectual muy completa. Una parte considerable de nuestro trabajo consistía en estudiar, de forma minuciosa, la organización de la producción de Lanerossi, para tratar de comprender los proyectos patronales de reestructuración de la empresa con el fin de poderlos contrarrestar. También pasamos meses y meses entrevistando a obreros para recopilar información, que después los compañeros arquitectos dibujaban y los economistas analizaban. A las puertas de las fábricas con más obreros, se distribuyó la propuesta en grandes hojas formato DIN-A3, que incluían taller por taller, una descripción detallada de las actividades industriales, la maquinaria y las tareas de los trabajadores y técnicos empleados, provocando reacciones encontradas. La mayor parte de los obreros no entendieron gran cosa, pero dijeron que los directivos de la empresa se habían quedado realmente impresionados con nuestro trabajo.

Esa red de compañeros me resultaba agradable y, más allá del activismo político, vivimos juntos muchos y buenos momentos. Pero encontré este tipo de activismo demasiado intelectual, demasiado alejado de los problemas y el lenguaje de los trabajadores a los que queríamos dirigirnos. De hecho, hablábamos y hablábamos, pero ¿y ahora qué? Aparte de algunas pintadas en las paredes ensalzando la revolución y la lucha armada o algunos preparativos inútiles de autodefensa, había una distancia abismal entre la teoría y la práctica. Circulaba un lema, que se gritaba en las manifestaciones y que finalmente se había integrado: «Basta, basta de palabras, armas, armas, armas para los trabajadores». No fui el único que sentí y experimenté cierta frustración y una impaciencia cada vez más estresante, y poco a poco los debates internos se volvieron incendiarios hasta

desembocar en la rotura del viejo grupo vicentino heredero de Potere Operaio. Así, en 1975, mientras Piccio, Merlo y algunos otros continuaban con su creación leninista y elitista de Clase y Partido, Nino, Nella, Umberto, Alfio y yo nos separamos de ellos para construir el Colectivo Político de Vicenza, formando con los compañeros de Padua, Venecia y Rovigo los Colectivos Políticos del Véneto para el Poder Obrero. Al separarnos, en realidad nos desarrollamos, pues conseguimos reunir rápidamente a nuestro alrededor a un grupo de jóvenes de tendencia anarquista de Vicenza, a otros de Montecchio Maggiore, de Arzignano, y sobre todo de la región de Schio y Thiene. Como en otras situaciones que desembocaron en nuevas siglas,[2] también en la provincia de Vicenza la autonomía obrera surgió del encuentro de antiguos militantes de Potere Operaio y de Lotta Continua, en particular el grupo de compañeros de Thiene. Y en el Vicentino, como en otras partes de Italia, se produjo un fenómeno de emancipación de los «hermanos mayores». Los que en la primera mitad de la década de 1970 habíamos sido los «hermanos pequeños» de los sesentayochistas, los «líderes estudiantiles», los jóvenes, nos liberamos de la sombra protectora de nuestros «hermanos mayores». Y asumiendo el liderazo de un grupo se crea un nuevo grupo.

---

2. Una observación que se aplica a todos los grupos armados, incluyendo a las Brigadas Rojas. Si las primeras Brigadas Rojas estaban compuestas por prófugos del PCI (Prospero Gallinari, Alberto Franceschini, Fabrizio Pelli y el grupo de Reggio Emilia) e hijos del 68 (Renato Curcio, Mara Cagol); la segunda generación de Brigadas Rojas, Prima Linea, las Formazioni Comuniste Combattenti y otras siglas de la red de la autonomía obrera fueron formadas básicamente por ex militantes de Potere Operaio y Lotta Continua. Véanse Soccorso Rosso: *Brigate Rosse*, Feltrinelli, Milán, 1976 y Sergio Segio: *Miccia corta. Una storia di Prima Linea*, Derive Approdi, Roma, 2005.

LA LLAMADA A LAS ARMAS

Como a tantos otros, la revuelta obrera en Marzotto y la imagen de la estatua demolida del patrón me habían marcado: probablemente no fue casualidad que la primera vez que fui a una manifestación con cócteles molotov, temiendo una carga de la policía, fuera en Valdagno, el 19 de abril de 1973. Aquel día se había organizado una manifestación con motivo del quinto aniversario de aquella revuelta obrera. Yo había ido con Alfio y otros compañeros de Potere Operaio de Vicenza. Habíamos impreso y repartido un gran folleto sobre las luchas de los trabajadores del textil, reproduciendo a media página la foto de la estatua del conde Marzotto en el suelo y marchamos en apretadas filas al grito de «¡Nos gusta tanto Marzotto boca abajo! ¡Nos gusta tanto Marzotto boca abajo!».

En la primera mitad de la década de 1970, arrastrados por la marea de luchas obreras cada vez más radicales y antisistema, «el empleo de la fuerza» —como se decía— estaba pasando del debate teórico y estratégico a una práctica generalizada. Reinaba un clima que impregnaba a todos los grupos a la izquierda del PCI, tanto a los comités de fábrica como a los colectivos de estudiantes y grupos de barrio o pueblo. Después de muchos años,

de lustros, durante los cuales trabajadores sindicalistas, militantes de la izquierda socialista, anarquista o comunista habían sido víctimas de la represión fascista primero y después democristiana, muchos llegaron a la conclusión de que ya era suficiente, que era necesario dejar de ser siempre las víctimas y comenzar a defenderse, empuñando las armas si era necesario. Desde el final de la guerra hasta los años setenta hubo al menos doscientos obreros y campesinos muertos durante las manifestaciones. La cruel letanía de las «masacres de Estado» que habían causado la muerte a otras 150 personas, la impunidad otorgada a los matones de los servicios secretos paralelos, las logias masónicas golpistas y, más en general, las fuerzas del orden, bajo el mando nombrado por el régimen fascista, se mantuvieron y confirmaron en el período posterior a la guerra, después de 1945.[1] Existía un resentimiento que nunca se desvaneció por la amnistía concedida a los fascistas por De Gasperi y Togliatti en 1946, y una frustración por la insurrección de 1948, entorpecida por la dirección del PCI, y a la que siguió, entre 1948 y 1950, la represión del ministro Scelba: 62 militantes y dirigentes sindicales fueron asesinados, más de tres resultaron heridos durante las protestas y más de noventa mil manifestantes fueron detenidos.[2] Aunque silenciadas y traicionadas por Togliatti y el PCI, la memoria de la represión de Scelba y Tambroni y el recuerdo de las esperanzas nacidas de la Liberación se trasmitieron de una generación a otra entre los militantes comunistas.

En la provincia de Vicenza, en el Alto-Vicentino en particular, la memoria revolucionaria conservaba nombres, hechos y fechas, transmitidas de generación en generación.

---

1. Véase Cesare Bermani: *Il nemico interno. Guerra civile e lotte di classe in Italia (1943-1976)*, Odradek, Roma, 1997, p. 308 y ss.
2. Fabien Archambault: «On a tiré sur Togliatti! La difficile interprétation de l'attentat du 14 juillet 1948», *Cahiers de l'Institut d'histoire de la Révolution française*, 1/2012.

En los círculos obreros, en las sedes del Partido y en las casas de los trabajores comunistas, se recordaban las figuras destacadas de antifascistas, de partisanos que habían luchado y combatido en Schio, y por entonces también en España, Francia y América Latina, garibaldis del siglo XX. Se recordaba a Pietro Tresso, amigo de Gramsci y de Bordiga, uno de los fundadores del Partido Comunista de Italia, en 1921, en Livorno, y después de la IV Internacional trotskista en 1938, asesinado en 1943 por un grupo de partisanos estalinistas en las montañas del Macizo Central francés. Otros relataban las grandes hazañas de Germano Barón, *el Turco*, o de Ferruccio Manea, *Tar*, héroes míticos de la Resistencia en las montañas de Schio. Algunos conocían y narraban la fabulosa historia de Igino Piva, alias *Romero*, toda una vida de revolucionario internacionalista.[3] Nacido en 1902 en una familia de clase obrera en una barriada de Schio, fue militante socialista en su adolescencia y después comunista. En 1923, a los 21 años, tuvo que emigrar a América Latina para escapar de los fascistas. En Río de Janeiro, como después en Argentina y Uruguay, nunca dejó de participar en las luchas políticas y sindicales de los estibadores portuarios, en particular, lo que le valió detenciones y nuevos exilios, hasta su expulsión de Argentina a Italia, en 1933. En 1936, en compañía de su hermano Eugenio, Igino Piva partió hacia España para unirse a las Brigadas Internacionales; participó en las batallas de Guadalajara y de Madrid donde fue herido, y abandonó Cataluña hacia Francia con los últimos republicanos, en la terrible retirada de invierno de 1939. Internado en Argelès-sur-Mer durante un año, en 1940 fue entregado por la policía francesa a las autoridades italianas, que lo enviaron a la isla penitenciaria de Ventotene. Liberado tras el

---

3. Emilio Franzina y Ezio Maria Simini: *«Romero». Igino Piva, memorie di un internazionalista*, Odeon Libri, Schio, 2001.

derrocamiento de Mussolini, en 1943, regresó a Schio donde organizó un grupo de la Resistencia, combatiendo hasta el final de la guerra en las montañas de Schio, y en otras zonas del Véneto y Lombardía, al frente de la Brigada Garibaldi. Como tantos otros partisanos comunistas de Schio y de otros lugares (en particular de Emilia-Romagna), consideró que aunque la guerra contra el ocupante alemán había terminado tras la Liberación, en abril de 1945, la guerra contra los fascistas italianos aún no había acabado. Se le acusó de haber organizado la ejecución de 54 miembros del partido fascista, previamente detenidos y encarcelados en la prisión de Schio, un juicio sumarísimo llevado a cabo por un grupo de partisanos en la noche del 6 al 7 de julio de 1945.

Abandonados por Togliatti y el Partido Comunista, que quería adoptar una postura contrarrevolucionaria de orden estatal, tratados por *L'Unità* de «provocadores trotskistas», los partisanos en armas que no fueron detenidos, debieron tomar el camino del exilio. Igino Piva se dirigió primero a Istria, uniéndose a los partisanos de Tito, y a continuación a Praga y Checoslovaquia, en 1948, donde vivió hasta 1974. Entre 1961 y 1963, estuvo en Cuba donde, siendo ya sexagenario, quiso ayudar a la nueva patria de la revolución. Finalmente amnistiado, después de una vida defendiendo la revolución en los cuatro costados del planeta y ganándose la vida como obrero calefactor, pudo regresar a Schio, en 1974, donde vivió los últimos años de su vida, hasta su muerte en 1981.

Yo oí hablar de estos héroes a los compañeros de más edad, que habían militado en el PCI y que consideraban un honor haber conocido a alguna de estas viejas figuras de la Resistencia. Hablaban en tono de confidencia, como cuando se comparten fotos y secretos de familia, sin ocultar un sentimiento de orgullo y admiración hacia esos viejos revolucionarios. Sin comprender bien aquella época, las diferencias ideológicas y las razones estratégicas que

habían determinado el destino de aquellos hombres, me quedé asombrado e incrédulo cuando supe que «los de Praga» no habían podido regresar a Italia hasta comienzos de los años setenta, más de veinte años después de los episodios de la guerra civil que siguieron a la Liberación. Todo aquello me pareció injusto e incomprensible.

Probablemente, lo que sucedió en Italia durante la primera mitad de la década de 1970 fue que las injusticias, nunca reconocidas, y los rencores y las frustraciones del movimiento obrero y comunista, arrastrados desde la Liberación, se encontraron con la corriente revolucionaria libertaria de 1967-1968. Algunos, tras haber gritado en vano el dolor experimentado, y otros, después de haber soñado con el paraíso en la tierra, obreros comunistas e «hijos de las flores» hallaron un destino común en la revolución social. Como tantos otros, el mismo Mario Moretti, líder de las Brigadas Rojas a quien se etiquetó de marxista-leninista ortodoxo, había vivido en una comuna en Milán con su mujer y su hijo antes de pasar a la clandestinidad.

Hay que haberlo vivido, porque es difícil de explicar. Si el análisis de los factores que llevan al uso de la violencia es complicado, cualquiera que frecuentara los movimientos obreros y estudiantiles de principio de los años setenta, sabe que allí se respiraba un aire insurreccional, que para millones de italianos la revolución estaba al orden del día y que «no era una cena de gala, sino un acto de violencia». Poco a poco nos fuimos convenciendo, pensando en la revolución francesa, rusa, china y, finalmente, en la cubana. Se oía como un tamtan, cada vez más fuerte y extendido de llamada a las armas.

En aquellos años, el llamamiento a la guerrilla se nutrió de sucesos acaecidos en Italia que tuvieron un enorme impacto. En primer lugar la masacre del Banco de Agricultura de la plaza Fontana de Milán, el 12 de diciembre de 1969, suceso emblemático de la que sería denominada «estrategia de la tensión». Para instalar el miedo en la población y

justificar el recurso a un «poder fuerte», los servicios secretos «paralelos» dirigidos por ciertos políticos en el poder, vinculados con Estados Unidos y la CIA, utilizaron a grupos de fascistas y paramilitares (Gladio) para sembrar el terror anunciando el caos y la toma del poder por los comunistas o, peor aún, por los anarquistas. El movimiento obrero italiano, por entonces muy fuerte, reaccionó con huelgas y manifestaciones masivas en las que se gritaba que la masacre de la plaza Fontana era una «masacre de Estado», que los anarquistas detenidos eran inocentes y que Pinelli había sido «suicidado» por el comisario Calabresi. ¡Cuántos millones de personas gritaron en la calle «Calabresi asesino, tú lo pagarás», antes de que un grupo armado le matara. Las tres personas que participaron en este homicidio, el 17 de mayo de 1972, estaban convencidas de ejecutar una sentencia expresada por millones de personas. Es una evidencia histórica: el comisario de policía Luigi Calabresi fue acusado por miles de italianos de haber defenestrado al ferroviario anarquista Giuseppe Pinelli, injustamente detenido y acusado de haber colocado la bomba de la plaza Fontana. Dario Fo y Franca Rame recrearon estos hechos dramáticos a través de un espectáculo teatral muy de moda. Las paredes de toda Italia se llenaron de pintadas contra Calabresi; el diario *Lotta Continua* había martilleado en sus artículos durante dos años que el comisario de policía era un asesino, y en las manifestaciones se pedía abiertamente su ejecución. Fue entonces cuando un grupo de personas decidió llevar a cabo lo que tanta gente reclamaba. ¿Quién es el culpable?

Los jueces y la jurisprudencia no quisieron asumir en absoluto que se tratase de una responsabilidad colectiva, manteniéndose en el principio del derecho de responsabilidad individual, pero desde el punto de vista histórico, las cosas son obviamente muy diferentes.

Además de los temores, confusos e intuitivos, acerca de la CIA, los servicios secretos «paralelos», las logias masónicas golpistas y las tentativas de golpe de Estado, el

imaginario colectivo de aquellos años se nutría de viejos y nuevos mitos y héroes. Se consideraba a los partisanos italianos que habían combatido al fascismo como los padres fundadores de un pensamiento guerrillero. En la provincia de Vicenza, en particular, algunos grupos de resistentes no depusieron las armas; las habían utilizado contra los fascistas al final de la guerra y las sacaron de nuevo, en julio de 1948, tras el atentado contra Togliatti. No fue una casualidad que tanto nosotros como los demás grupos armados de los años setenta recibiéramos las primeras armas de manos de antiguos partisanos. Más bien podríamos decir que nos pasaron el testigo.

Además de los partisanos, también los trabajadores muertos en el curso de las huelgas y las manifestaciones reprimidas por el Estado en los años 1950-1960 —desde Battipaglia a Avola y a Reggio Emilia— y las canciones que se cantaban en su memoria, así como la muerte accidental de Giangiacomo Feltrinelli, editor guevarista muerto en marzo de 1972 al estallar la bomba que estaba colocando en un poste de alta tensión en la periferia de Milán, llenaban nuestro álbum de mitos fundadores.

En 1973, un acontecimiento fundamental, como fue el golpe de Estado militar en Chile, vino a dar todavía más sentido a la necesidad de coger las armas. Si se cerraba la vía democrática al socialismo, preconizada tanto por los reformistas italianos del PCI como por Salvador Allende, los fascistas y los imperialistas respondían con los tanques y el golpe de Estado militar. Entonces, estaba claro que para los revolucionarios el único camino posible era utilizar su mismo lenguaje, el de las armas.

«¡Entonces, qué más quieres, camarada, para entender que ha llegado la hora del fusil!», cantaban miles de personas en las manifestaciones. La legitimidad moral del recurso a la violencia se vio impulsada, además de por los escritos clásicos —desde Lenin y Bakunin a Bertolt

Brecht—, por la música y el cine. La película *Giù la testa*[4] de Sergio Leone o la canción *La locomotiva* de Francesco Guccini formaban parte de una poderosa corriente de justificación de la violencia en nombre de un ideal socialmente justo. Poco a poco, empujados por la «estrategia de la tensión», nos autoconvencimos de que el fin justificaba los medios. Solamente a posteriori comprendimos la trampa de esta fórmula, constatando que el empleo de las armas nos distanciaba poco a poco del objetivo de liberación y nos aproximaba, imperceptible e inexorablemente, a la mentalidad de aquellos a quienes queríamos combatir.

Las reflexiones sobre la justificación de la violencia —de la «fuerza», decíamos nosotros para positivarlo— no se sustentaban únicamente en acontecimientos nacionales o internacionales. La tensión y la escalada en el enfrentamiento social era palpable hasta en el más pequeño rincón de Italia. Como por ejemplo en Torrebelvicino, pueblo cercano a Schio, donde el 12 de marzo de 1970 un esbirro contratado por los propietarios de la empresa Chioccarello efectuó varios disparos contra los obreros de un piquete de huelga que se encontraban frente a la fábrica, hiriendo a siete de ellos.

Además de la autodefensa en las manifestaciones y los enfrentamientos con los fascistas, las primeras acciones ilegales en el Vicentino fueron llamadas a las armas, realizadas durante la noche con plantillas fijadas en las paredes de Schio y de Valdagno, ensalzando la lucha armada y a las Brigadas Rojas. Porque, más allá de la cultura libertaria, de la corriente comunista revolucionaria o del mensaje guerrillero guevarista, en Italia, al principio de los años setenta, había nacido un modelo nacional con el que podíamos identificarnos: las Brigadas Rojas. Tenían diez años más que nosotros y habían conocido el 68 en

---

4. Conocida en España como *¡Agáchate, maldito!* (1971).

primera fila. Mientras nosotros veíamos pasar las marchas de los obreros, ellos formaban parte de las mismas. Sus primeras acciones ejemplares, como poner en la picota al director de personal de Siemens o de Magneti Marelli, habían fascinado a muchos jóvenes aspirantes a revolucionarios. El vínculo era evidente entre las luchas obreras y las acciones de «propaganda armada» llevadas a cabo por las Brigadas Rojas durante la primera mitad de la década de 1970; parecía un paso lógico para lograr los mismos objetivos por otros medios. Entre los «pañuelos rojos» de Fiat, que ocuparon la fábrica de Mirafiori en Turín en 1973, y los grupos combatientes que atacaban la jerarquía de la empresa, tanto las complicidades ideológicas como las fácticas eran claras.

De este modo, durante la primera mitad de los setenta, las Brigadas Rojas, los GAP (Grupos de Acción Partisana) o 22 de Octubre, de Génova, se organizaron como grupos armados clandestinos, mientras que los grupos de la izquierda extraparlamentaria formaron su propio «servicio de orden» o embriones de «brazo armado». Durante los decisivos años 1974-1976, una miríada de grupúsculos, comités o colectivos, desarrollados básicamente en las redes de Lotta Continua y Potere Operaio, tomaron decididamente una orientación político-militar, dando origen a Prima Linea y a los grupos de autonomía obrera.[5]

Hay un intento de reescritura de la historia, efectuada por miembros destacados de los grupos

---

5. Mario Moretti, Carla Mosca y Rossana Rossanda: *Brigate Rosse. Una storia italiana*, Baldini & Castoldi, Milán, 2004; Sergio Segio: *Miccia corta. Una storia di Prima Linea*, Derive Approdi, Roma, 2005; Nanni Balestrini y Primo Moroni: *L'orda d'oro*, SugarCo edizioni, Milán, 1988; Sergio Bianchi y Lanfranco Caminiti: *Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie*, vol. 1, Derive Approdi, Roma, 2007; Isabelle Sommier: *La violence politique et son deuil. L'après-68 en France et en Italie*, PUR, Rennes, 2000.

extraparlamentarios de la época —y, desgraciadamente también, por la película *La meglio Gioventù*, de Marco Tullio Giordana—, según el cual el ciclo de la luchas sociales y de los trabajadores concluye en 1976, negando cualquier continuidad y parentesco entre éstas, el movimiento del 77 y la explosión de la guerrilla en la segunda mitad de los años setenta. Tanto las teorías como el conjunto documental —desde las crónicas de los periódicos hasta las actas de los tribunales, desde la prensa militante hasta las memorias de los protagonistas— dan testimonio de una continuidad de pensamiento y de acción.

La especificidad italiana,[6] comparada con la evolución del movimiento revolucionario en los demás países occidentales, después de 1968, reside justamente en el hecho de que las luchas sociales antisistema perduraron durante una larga década, y que una parte significativa de los jóvenes militantes —a diferencia de en Alemania, Francia o Estados Unidos, donde el fenómeno resultó ser marginal— tomó el camino de las armas. No había una buena y una mala juventud, era la misma, en fechas y en circunstancias diversas.

Un papel importante en la derrota, en la connotación negativa dada al movimiento que acabó utilizando las armas —«terrorismo», «años de plomo»—, puede atribuirse a «la traición de los intelectuales», a saber, la actitud adoptada por ciertos pensadores una vez detenidos. Éstos habían asumido el papel simbólico de jefes, de teóricos, de líderes del movimiento revolucionario, y con sus escritos habían si no influido (ciertos libros eran totalmente incomprensibles para la mayoría de los militantes) al menos ofrecido argumentos de legitimación para la revuelta y empujado a

---

6. Además de la nota precedente, véanse Prospero Gallinari: *Un contadino nella metropoli. Ricordi di un militante delle Brigate Rosse*, Bompiani, Milán, 2006; Luigi Manconi: *Terroristi italiani. Le Brigate Rosse e la guerra totale, 1970-2008*, Rizzoli, Milán, 2008.

obreros, estudiantes y proletarios a hacer la revolución por todos los medios posibles, incluso con las armas si era necesario. Más tarde, en el momento de asumir con coherencia sus propias responsabilidades, algunos dieron marcha atrás, tomando distancia respecto a los militantes de los grupos armados y proclamándose totalmente ajenos de la deriva militarista.[7] Desde el punto de vista del derecho común, podría haber sido cierto, pero como se trataba de procesos políticos, también ellos fueron condenados. En cualquier caso, la disociación con los que habían sido sus compañeros, y a veces sus amigos, supuso un golpe fatal para la imagen de los grupos armados, incluida su propia historia. Se quedaron huérfanos, sin genealogía en el movimiento obrero y revolucionario, arrojados a la «mala juventud» que el Estado podía castigar. Nosotros, por el contrario, habíamos establecido una regla ética que considerábamos la base de la moral comunista: no importaba quién hacía esto o aquello, quién era obrero o quién profesor universitario, quién escribía, quemaba, redactaba panfletos o fabricaba cócteles molotov; los papeles no tenían importancia pues formábamos parte del mismo proyecto, de la misma organización, en la que asumíamos colectivamente todas las responsabilidades.

Entre los factores determinantes de la derrota del movimiento de los años setenta, está sin duda la llamada a las armas que contiene en sí misma el germen de una deriva negativa. Una especie de ley histórica que se repite

---

7. Se refiere aquí a lo que se llamó la «estrategia de la disociación», que trataba de diferenciarse del «arrepentimiento», y que causó una profunda división. Su materialización más concreta se dio en el denominado «Manifiesto de los 51», firmado por presos y presas de la cárcel de Rebibbia, implicados en diferentes procesos, y que rubricaron conocidos intelectuales del movimiento como Toni Negri o Paolo Virno. Además del fin de la estrategia armada, el manifiesto exigía la derogación de las leyes de excepción y mejoras en las condiciones penitenciarias. *(N. de los E.)*

implacablemente a lo largo de los siglos y las revoluciones. A pesar de que —afortunadamente y a posteriori— podemos decir que quienes habían restablecido la pena de muerte para los rehenes no tomaron el poder, las dinámicas psíquicas y relacionales introducidas por el empleo de las armas rápidamente llegó a corromper a almas nobles, a convertir en despiadadas a personas antes dulces y amables, y finalmente a subvertir sus valores de partida.

Por no decir que la llamada a las armas se precipita en la acogida de personas que no están motivadas por buenas intenciones, sino atraídas por la fascinación de la violencia, del poder que dan las armas sobre los demás. No creo que sea una coincidencia que los más infames de los chivatos, Patrizio Peci, Antonio Savasta, Roberto Sandalo o Michele Viscardi («el asesino de ojos de hielo»), todos reos confesos de varios homicidios, todos indultados y recompensados por el Estado italiano, eran conocidos camorristas, violentos y apasionados por las armas. Cuando Michele Viscardi, tras su detención, dio la vuelta a Italia en compañía de los carabinieri señalándoles las bases de Prima Linea y enviando a prisión al que una vez le había salvado la vida, llevándolo herido sobre sus hombros tras un incidente armado,[8] los periódicos informaron que para pasar el tiempo en el coche conversaba amablemente de armas y de balística con los carabinieri que le custodiaban.

El empleo de las armas no es un acto trivial sino que tiene un profundo impacto sobre quien las utiliza. La sensación de poder que da el acto de apuntar a alguien con un arma se lee en los ojos de quien sufre la amenaza, en el temblor y el pánico paralizantes que se apoderan de él. El mecanismo, una vez puesto en marcha, conduce inevitablemente al endurecimiento de sentimientos, al cálculo frío e incluso al

---

8. Véase Sergio Segio: *Miccia corta. Una storia di Prima Linea*, Derive Approdi, Roma, 2005, p. 137.

cinismo. En el militante revolucionario acaba provocando cambios de referentes y de hábitos, tanto en sentido metafórico como literal: ¡Cuántas personas —yo incluido— pasaron de la parka o la gabardina tipo inspector Colombo al traje y la corbata en tiempos de clandestinidad! La transformación no era solamente de fachada, el hábito hace al monje, y sacrificábamos la crítica al buen vestir y a los comportamientos burgueses —una de las muchas razones de nuestra revuelta— en nombre de la necesidad y la eficacia. Finalmente, el empleo de las armas, que hoy se sabe que conduce a la locura de muchos soldados enrolados en todas las guerras, puede revelarse como determinante en la derrota de un movimiento guerrillero.

Lo hemos aprendido en carne propia: el uso de las armas ofrece la posibilidad de intimidar, herir o matar, pero también de ser asesinados o morir. Esto les ocurrió a los compañeros de Thiene, así como algunos años más tarde a otro compañero y amigo, Pietro Greco, apodado *Pedro*. Emigrado a finales de los años sesenta de su Calabria natal a Padua, había estudiado estadística y trabajado para ganarse la vida, pero en realidad ejercía sobre todo de militante. A partir de 1968, él estaba presente en cualquier huelga, ocupación o manifestación que se celebrara en Padua o en el Véneto: la militancia y los compañeros eran toda su vida. E, incluso cuando se hizo evidente que la experiencia había llegado a su fin, no quiso resignarse. Desde París, donde había llegado como tantos otros náufragos a lo largo de la primera mitad de los años ochenta, decidió volver a Italia para no abandonar la lucha, motivado por un sentimiento del deber de resistencia. Así, la lluviosa mañana del 9 de marzo de 1985, saliendo del apartamento de Trieste en que se alojaba, se encontró con los policías de la DIGOS,[9] que

[9] Las siglas DIGOS definen lo que en Italia se llamaba familiarmente la *squadra politica*, es decir, la policía política.

lo habían localizado y le esperaban en el portal del edificio. Pedro estaba requerido y no deseaba acabar en la cárcel e, impulsivo como era, trató de huir, soltándose de los agentes, protegiéndose con el paraguas que llevaba en la mano. Los policías le dispararon a quemarropa y herido se puso a correr por la calle gritando «¡quieren matarme!, ¡quieren matarme!». Entonces, los policías le dispararon varios tiros más hasta que cayó al suelo, entre la acera y los coches aparcados. Le pusieron las esposas por detrás, mientras se estaba muriendo boca abajo. Pedro no iba armado, no estaba amenazando a nadie; fue asesinado porque tenía la etiqueta de «terrorista» pegada a su nombre, y eso, en aquellos años, era suficiente para que las fuerzas del orden pudieran matarte impunemente.[10]

La llamada a las armas, a la que habíamos respondido de modo «romántico», finalmente se había revelado como una tragedia y una trampa. Pero mientras el movimiento iba en aumento, así como la simpatía de las masas, extensa y legítima, que rodeaba tanto la ilegalidad como los grupos armados, no vimos estas cosas o fingimos no verlas. Todos nosotros nos sentíamos compañeros, creíamos que las diferencias de enfoque teórico, político o militar no eran más que matices pasajeros, excusables y recuperables en una dinámica ascendente, sin comprender que estas actitudes eran fundamentales, discriminantes y, en última instancia, determinantes.

---

10. Al fin, después de las protestas, peticiones y preguntas en el Parlamento, el tribunal de Trieste, por sentencia del 14 de junio de 1988, reconoció que los agentes de la DIGOS habían matado a Pedro voluntariamente, que habían disparado sobre él con la intención de matar, pero «por haber actuado en estado de defensa legítima y putativa, a saber en la convicción errónea de haber corrido el riesgo de una agresión» fueron condenados a penas muy ligeras y rápidamente amnistiados.

GRUPOS SOCIALES Y GRUPOS ARMADOS

Conocí a los compañeros de Thiene en Chiuppano,[1] una tarde de primavera de 1976, en casa de Ernesto. Con él me había encontrado hacía ya algún tiempo, nos habíamos cruzado muchas veces durante las luchas de los institutos por la gratuidad del transporte escolar, en las ocupaciones salvajes de las estaciones de autobuses, en las puertas de Lanerossi distribuyendo panfletos y en las filas de las manifestaciones obreras más radicales y airadas en Schio o en Bassano. Dos caminos semejantes, pero hasta entonces paralelos, pues él formaba parte de Lotta Continua y yo de Potere Operaio. Cuando fui a su casa para reunirnos, las posiciones habían cambiado. Ernesto ya no estaba en LC, ni yo en el grupo vicentino surgido de PO. El objetivo de aquel encuentro estaba claro: tenía la esperanza de unirnos para formar los Collettivi Politici de Vicenza de la autonomía obrera.

---

1. Pequeña aldea al pie de las montañas, a algunos kilómetros de Thiene.

Con Ernesto me sentí a gusto inmediatamente. Acudí allí a una reunión política y yo estaba acostumbrado a debatir sentados alrededor de una mesa, habitualmente en una habitación fría y despejada, con dos carteles pegados en la pared. Sin embargo, allí me encontré con una habitación cálida, con sofá y cojines, una hermosa biblioteca de literatura alternativa, cómics y buena música de fondo. La reunión se prolongó hasta altas horas de la noche, debatiendo sobre fábricas, escuelas y otras muchas cosas, liando canutos y escuchando a los Doors y a Pink Floyd. Ese ambiente me cambió; de estar en las reuniones, a menudo aburridas, en el curso de las cuales había que llegar a una posición común, firme y definitiva, me di cuenta de que allí no: allí se discutía, se podía estar o no de acuerdo, se practicaba la ironía y, de vez en cuando, terminábamos riéndonos de bobadas. Cada cual expresaba su parecer, sin jerarquías ni primacías, nadie aspiraba a ser el líder, consciente de que cualquier actitud en ese sentido hubiese provocado burlas.

Estaban presentes una decena de personas y, aparte de Ernesto, todos eran obreros y proletarios de la zona, todos jóvenes. Lo cual contrastaba con los viejos obreros comunistas a quienes visitaba en pueblos remotos como Monte di Magré, en cuyo pequeño salón de formica reinaba *El Capital* junto a otros dos o tres libros marxistas; en esos encuentros, tras pedirles información sobre los problemas y las luchas en la fábrica y haber intercambiado algunas opiniones políticas abstractas, estaba claro que nuestras relaciones no podían ir más allá. Eran viejos obreros comunistas, que habían visto y hecho mucho, pero que estaban cansados y eran pesimistas, y nos miraban con cierta condescendencia.

Por el contrario, con Lorenzo, Renato, Angelo, Pino y los otros sentí compartir una sensibilidad común, rabias y revueltas, sueños y gustos musicales. Lotta Continua, desde de su creación en 1970 en Schio, por Enrico Marchesini, Attilio Masiero, Berto Zavagnin, Toni Carollo y otros, había

atraído hacia sus filas a obreros radicales que habían roto con los partidos y los sindicatos establecidos y, en ciertas fábricas importantes, como Laverda en Breganze o Italsthul en Zané, los delegados de empresa y los militantes de LC coincidían. Pero para estos jóvenes obreros que iban a la fábrica renegando y forzados, las reivindicaciones sobre los horarios de trabajo o los aumentos salariales no significaban gran cosa; ellos querían más, mucho más, e incluso LC acabó pareciéndoles demasiado blanda o indecisa.

Ernesto era hijo de un industrial que había hecho fortuna fabricando conservas de chucrut y cebollas. Como yo, quedó fascinado desde muy joven por el movimiento obrero y revolucionario; él había sido uno de los fundadores del Colectivo Político de Estudiantes de Schio y de Thiene y había militado en Lotta Continua desde el primer año de instituto. No era ni el primero ni el único hijo de la burguesía acomodada que, en aquellos años, había escogido estar con los proletarios. Hubo casos de famosos aristócratas romanos que entraron en Servire il Popolo u otros grupos revolucionarios de moral comunista muy estricta, y que donaron sus bienes a su nueva «familia» política, dilapidando las fortunas familiares. Sin llegar a ese extremo, Ernesto mostraba gran hospitalidad y generosidad, compartiendo con los amigos una nevera bien surtida.

No recuerdo si aquella noche llegamos a alguna conclusión, si alcanzamos acuerdos, pero en cualquier caso salí de allí con ánimos para continuar frecuentando a esos compañeros, porque los sentía cercanos, semejantes y cargados de energía positiva. En aquel encuentro, aquella noche, el movimiento de autonomía obrera tomó impulso en la provincia de Vicenza.

Italia estaba atravesando un momento de transición entre el ciclo de luchas nacidas en 1968-1969 y las que les siguieron. El movimiento obrero unitario nacido a finales de los sesenta había llegado lejos y había arrancado a la patronal y al Estado conquistas inimaginables algunos

años antes. Los derechos sindicales —como la asamblea, delegados o los consejos de fábrica— eran conquistas firmes e intocables; había llegado la semana corta, con 40 horas semanales, sábados y domingos festivos, y aumentos salariales significativos que hacían la vida de las familias obreras menos difícil. Pero una vez lanzado, el movimiento parecía no querer detenerse. Tras la renovación del convenio de los metalúrgicos, en 1972, la agitación en las fábricas continuó y las huelgas y las reivindicaciones se hicieron cada vez más radicales. La ocupación de la fábrica Fiat de Mirafiori, a las puertas de Turín, en marzo de 1973, fue el episodio más emblemático, pero la confrontación siguió extendiéndose, como lo mostraría la larga huelga en Lanerossi de aquel mismo año. La respuesta sindical a la crisis petrolera fue oportuna y clarividente: contra la subida de los precios, el movimiento obrero había impuesto la instauración de lo que se denominó «la escala móvil», el aumento automático, en un primer momento aplicado a los salarios en la industria y posteriormente extendido, en 1975, a todos los sectores de actividad. Fue una conquista histórica, única, que los trabajadores italianos lograron imponer, estableciendo un mecanismo que hacía incrementar automáticamente los salarios si los precios aumentaban; una estrategia evidente con el fin de impedir que la inflación recortara los aumentos salariales conquistados tras una larga lucha. Esa conquista fue probablemente la cima del poder que alcanzaría el movimiento obrero durante aquellos años. Una medida que la patronal y los bancos fueron obligados a aceptar, doblegándose ante la fuerza del movimiento obrero, pero que no digirieron jamás. En los años siguientes, «la escala móvil» se convirtió en la pesadilla de la patronal, que la consideraba responsable del declive industrial del país y de otras catástrofes (aunque en realidad sólo significaba menos beneficios en sus bolsillos…). Cuando el clima social cambió, los gobiernos de centro-izquierda se convirtieron en fervientes ejecutores de los deseos de revancha patronales y, a través de

sucesivas reformas, se llegó a la abolición definitiva de «la escala móvil» en 1992 (solamente conservada por ciertas categorías de «trabajadores», como los diputados y periodistas…).

A mediados de los años setenta, las luchas obreras y sindicales parecían haber alcanzado los límites de lo posible, al menos en el ámbito de la fábrica. La organización obrera de base, comités, asambleas o colectivos —desde Magneti Marelli de Milan al Petrolchimico de Porto Marghera, desde Alfa Romeo a Fiat— gestionaba el poder obrero adquirido en el curso de la última década de luchas.[2] Los trabajadores despedidos por motivos políticos, acusados por la empresa de fomentar desórdenes, eran introducidos al interior de la fábrica por sus compañeros a pesar de la prohibición patronal y la oposición de los guardias en la entrada, y, finalmente, el patrón era obligado a readmitir en la empresa a estos subversivos que después le quitaban el sueño. Aunque la mayoría de los obreros estaban probablemente muy satisfechos por las conquistas alcanzadas, los más politizados sentían una especie de frustración, un callejón sin salida, y querían ir más lejos, mucho más lejos. Así, en 1975-1976, ante las reestructuraciones industriales, los despidos y el inicio del desempleo masivo, la autonomía obrera propuso reformas radicales para la época. Tras la consigna «Trabajar todos, trabajar menos», las asambleas autónomas y los comités obreros reivindicaban 35 horas pagadas; con el objetivo de un «salario garantizado» se planteaba la necesidad de asegurar la supervivencia de los pobres y desempleados, y con el fin de conseguir el «salario doméstico», el reconocimiento del

---

2. Emilio Mentasti: *La «garde rouge» raconte. Histoire du Comité ouvrier de la Magneti Marelli (Milan, 1975-1978)*, Les Nuits Rouges, París, 2009; Devi Sacchetto y Gianni Sbrogió: *Quando il potere é operaio*, Manifesto libri, Roma, 2010.

trabajo de las mujeres.[3] Posiciones y reivindicaciones todas ellas juzgadas extremistas o utópicas en la época y que, sin embargo, fueron adoptadas y en parte aplicadas dos décadas más tarde por los socialdemócratas del norte de Europa.

El análisis, el discurso y la acción se fueron trasladando progresivamente desde la fábrica al resto de la sociedad, identificando en los jóvenes proletarios la base social de un posible movimiento revolucionario. En paralelo, el debate sobre los medios, sobre las formas de lucha, se desplazó desde la acción colectiva hacia una acción de pequeño grupo, organizado. Así, entre 1975 y 1976, primero en la ciudad de Vicenza y en el triángulo Thiene-Schio-Chiuppano, después en la zona de Montecchio-Maggiore y Arzignano, y finalmente en Bassano del Grappa, nacieron y se formaron agrupaciones de compañeros que se movían en dos direcciones: por un lado, realizaban una actividad de agitación social en las fábricas, las escuelas y barrios populares, asociada a una tarea de contrainformación y propaganda —a través de periódicos, radios, las tradicionales octavillas, grafitis, carteles...— y, por otro, la organización de «núcleos armados» semiclandestinos, que realizaban acciones ilegales combinadas con acciones legales. Ambas dimensiones, indisociables en nuestra opinión, debían llevarse a cabo de forma simultánea. Nosotros no éramos los únicos que lo hacíamos, existía un clima general que empujaba en esta dirección, una ola que nos arrastraba. Actuábamos más o menos como estaban haciendo miles de personas, en ese mismo momento, en todos los rincones de Italia. Nos unimos inmediatamente a los compañeros de Padua y, con ellos, a los de Milán, Turín, Bolonia, Roma y Nápoles, es decir *grosso modo* lo que sería denominado *l'area de l'Autonomia Operaia* («el movimiento de la autonomía obrera»), que se mantuvo hasta el final como un movimiento; incluso cuando algunos estuvieron

---

[3] *Rosso. Giornale dentro il movimento*, otoño de 1975 - primavera de 1976.

presionando hacia una estructura centralizada, nunca existió una organización nacional de la Autonomía, sino una red de grupos. Únicamente llegamos a formas de coordinación de iniciativas y de campañas políticas, a intercambios y a ayudas materiales, a diferentes formas de solidaridad, precisamente porque todo el mundo quería ser autónomo o independiente.

Sin embargo, no era sólo política lo que había en nuestra vida: «lo personal es político» como nos dieron a entender —por las buenas o por las malas— las compañeras feministas. ¡En efecto, mientras nos sumergíamos de cabeza en el último intento de revolución comunista en Europa, era en el ámbito de las relaciones interpersonales donde estábamos haciendo una revolución! No obstante, atrapados en los viejos patrones, nunca fuimos realmente conscientes de ello. Por entonces, teníamos más o menos veinte años y un deseo desbordante de comernos el mundo, de sumergirnos con todo nuestro cuerpo en una aventura emocionante, de aprovechar al máximo todo lo que la vida podía ofrecernos, aquí y ahora, sin esperar el paraíso celestial ni el gran día. «¿Qué es lo que queréis?», nos preguntaban; a lo que nosotros respondíamos: «¡Lo queremos todo!». El amor también se presentaba bajo el signo del deseo sin trabas. Al igual que otros, yo también vivía las historias de amor tal y como venían, sin concesiones a priori, ni idea de monogamia de por vida. Una relación podía durar o ser fugaz. Después de una bonita historia con Nina, que desgraciadamente se marchó a Roma, salí con Diana hasta la tarde en que, en casa de Silvestro, acabé en los brazos de Francesca. No obstante, junto a las principales historias de amor, otros encuentros, otras ocasiones podían precipitarme al regazo de otra chica. Yo me sentía, nos sentíamos libres, y formar una familia era la última de nuestras preocupaciones. También nos dejábamos llevar por la atracción recíproca, viviendo las pasiones al instante, como experiencias corporales, sensuales, humanas. Para mí, como para otros militantes, las

historias de amor representaban también un paréntesis, una pausa codiciada en el ritmo desenfrenado del trabajo político. Pasar momentos de intimidad con una chica que me seducía era probablemente la única cosa que me distraía de la militancia. Eran momentos escasos, preciosos y de lo más apreciados y grabados en la memoria. Como la noche que conocí a Francesca. Una magnífica noche, abrazados uno contra el otro, amándonos con locura; y, después, al amanecer, sin haber pegado ojo, cogimos la Lambretta y fuimos al borde del Astico para ver salir el sol sobre el agua de la montaña que fluía rápida, respirando juntos el aire fresco de la mañana.

En esa búsqueda del paraíso terrenal, teníamos un enemigo interno que combatir: la heroína. La generación de los «hijos de las flores», que había viajado a la India o a San Francisco, también había introducido junto a la marihuana la heroína hasta en el pueblo más perdido de la provincia de Vicenza. El cannabis, que por entonces muchos jóvenes fumaban, era realmente una droga ligera comparada con la heroína, todavía sin cortar, tal como llegaba por aquellos años a Italia. Para quien la había probado y había continuado consumiéndola —pese a los desagradables efectos colaterales de las primeras veces y el horrible «mono» de la abstinencia— la heroína ejercía un poder de atracción igual o superior al provocado por la subida de adrenalina durante los enfrentamientos con los polis o los «fachas». Atraídos por la ola creciente del movimiento y, al mismo tiempo, por las embriagadoras sirenas del opio, varios compañeros tenían un pie aquí y otro allá. Igual que las religiones, el opio también era un enemigo para los movimientos revolucionarios.

Otros compañeros, del mismo modo que los patrones y el Estado, vieron en la droga a un enemigo que combatir, persiguiendo a los camellos o distribuidores y prendiendo fuego a los bares donde se vendía. El episodio más notorio fue la caza del toxicómano durante el festival de rock político de

Parco Lambro, en Milán, en junio de 1976.[4] Organizado por varios grupos extraparlamentarios como un momento de relax, de comunión entre la música rebelde y el debate político, este festival mostró de manera flagrante los límites de análisis de muchos militantes. Además de la criminalización de los compañeros que consumían drogas duras, los organizadores tuvieron que enfrentarse a los impagos y las expropiaciones llevadas a cabo por algunos en esta ocasión (como el célebre asalto al camión de pollos asados). Como consecuencia, algunos se desplazaron hacia posiciones estalinistas, otros hacia posiciones más libertarias, incluso místicas.

Los compañeros de Padua, al igual que los de Milán, expulsaron del grupo a aquellos que se «picaban» y los hacían poniéndoles en entredicho frente a la comunidad. En el Alto-Vicentino, donde el problema también estuvo presente, no hicimos un drama de ello; no teníamos intención de expulsar a nadie y nos aseguramos de presentar la lucha revolucionaria como algo más atractivo que los efluvios de Morfeo. Para algunos, en particular Angelo y Lorenzo, el deseo de construir un paraíso comunista en la tierra fue más fuerte que la llamada de los paraísos artificiales; para otros lo fue sólo en parte, o sólo hasta cierto punto. Tras la muerte de los compañeros de Thiene y la criminalización del movimiento revolucionario, la heroína se convirtió, para muchos, en un último refugio, y en algunos casos en un refugio eterno.

Pero en los años 1975-1976 el movimiento revolucionario navegaba a toda vela. Más allá de las fábricas, institutos y universidades, mil fermentos rebeldes surgieron por todas partes. Se dio una explosión de grupos, comités o colectivos que abarcaban innumerables aspectos de la

---

4. Para una descripción de estos acontecimientos, véase Paolo Pozzi: *Insurrezione'77*, Derive Approdi, Roma, 2007.

vida social, con formas de lucha originales y radicales. En un brevísimo lapso de tiempo, por ejemplo, se difundió por toda Italia la práctica de los impagos: de alquileres y de facturas del gas y la electricidad, en primer lugar, pero también de los precios elevados de los alimentos y ropa, restaurantes, cines y conciertos. Un espectro de intervención que iba desde las necesidades básicas —casa, comida, calefacción, transportes, etc.— hasta las de los jóvenes proletarios sin un céntimo. Una de las primeras acciones del Grupo Social de Thiene fue la de proponer y practicar el impago del precio del pan: para ello, nos presentábamos delante de las panaderías con folletos que explicaban nuestra acción y la propuesta de aplicar el *calmiere* («precio máximo»); es decir, en caso de que una panadería no tuviese pan a precio moderado, debía vender los tipos de pan más caros al mismo precio que el pan barato.

Si la lucha por reducir los precios de los productos de primera necesidad atrajo hacia nosotros la simpatía de algunos hogares de condición modesta, el impago de los conciertos de música nos trajo el reconocimiento de los jóvenes *hippies* y juerguistas. A veces, lográbamos entrar pagando un precio «político», pero en otras ocasiones los organizadores del concierto no querían negociar nada, y en ese caso recurríamos a la fuerza bruta, con el resultado de que más de una vez terminaba en reyerta. Con ocasión de un concierto organizado por el PCI, en Vicenza, un funcionario del partido que me conocía tuvo el enorme placer de romperme una mesa plegable en la cabeza.

El impago en los restaurantes llegó a ser una práctica colectiva espontánea y extendida. Se llevaba a cabo en grupos más o menos numerosos (por debajo de un cierto número, se corría el riesgo de ser cazados por el jefe y los camareros...) y en algunas ocasiones después de una reunión o en fin de semana. Era una práctica de lucha política, que también permitía a los que no tenían dinero disfrutar de la buena cocina o de una buena cena. Aparte de alguna

escaramuza, no había violencia; el número y la determinación, entre la seriedad y la broma, bastaban para que los dueños de los restaurantes nos dejasen marchar sin pagar, probablemente ante el temor de un destrozo aún mayor.

En ese mismo período se multiplicaron las ocupaciones de casas y de edificios para dar un techo a gente que lo necesitaba, o bien para crear centros sociales autogestionados. Sabíamos que había pisos o edificios enteros desocupados desde hacía años y que, al mismo tiempo, había personas y familias sin techo o que vivían en condiciones indignas e insalubres. Por otra parte, nosotros vivíamos y conocíamos la necesidad que tenían los jóvenes de un lugar donde reunirse, un espacio diferente de los tradicionales lugares de socialización, el bar, la sala parroquial, la sede del partido o del sindicato, el «círculo obrero».[5] Nosotros mismos sentíamos la necesidad de un techo para estar en compañía de personas de la misma sensibilidad política, cultural o musical. Para hacer reuniones, fiestas, conciertos organizados o improvisados, para hacer octavillas y pancartas, comer juntos, pintar sobre las paredes o lienzos, para buscar consuelo en los momentos de ansiedad o con la esperanza de encontrar allí un alma gemela. De este modo, en Padua, se multiplicaron las ocupaciones de edificios y de residencias universitarias, objetivos de una larga tradición especulativa en esta ciudad universitaria, para exigir alojamientos decentes y asequibles para los estudiantes. En el caso de Vicenza el problema eran las viviendas sociales:

---

5. Los círculos obreros (*circoli operai*) eran una forma de organización sindical antigua en las regiones industriales como el Alto-Vicentino, destinados a pasar el rato «después del trabajo», *dopo lavoro,* donde los obreros podían encontrarse para beber un trago, comer un pincho, jugar a las cartas o la petanca o hacer una reunión sindical. El *circolo operaio* de Monte di Magré, cerca de Schio, fue conocido, desde la época fascista y hasta los años setenta, como una guarida de obreros comunistas.

por una parte, las viejas casas insalubres, roídas por la humedad, en la margen pobre del Bacchiglione; por otra, el nuevo barrio popular construido en los años sesenta en la periferia de la ciudad, con agua caliente y cuarto de baño, bautizado como «La aldea del Sol», que no tenía nada de nada: se trataba de una larga fila de edificios en curva con forma de serpiente, construidos a lo largo de una densa arteria de tráfico, por arquitectos que habían querido experimentar con nuevas teorías urbanísticas, pero que no habían pensado en las condiciones de vida de los habitantes de esos edificios.

Las luchas sociales, la propaganda y la contrainformación —como se decía entonces, sin esconderse detrás del eufemismo de la «comunicación»— fueron los medios utilizados por los movimientos sociales en contraposición a los medios de información convencionales. Cuando, a mediados de los años setenta, el Parlamento votó la ley de liberalización de las radios, rompiendo el monopolio de la RAI, grupos oficiales y grupos espontáneos de la izquierda extraparlamentaria se acogieron inmediatamente a esa oportunidad.

Avanguardia Operaia creó Radio Popolare en Milán; los autónomos romanos de vía Volsci fundaron Radio Onda Rossa; los de Milán, Radio Black Out. Franco Berardi, *Bifo*, y los autónomos de Bolonia, Radio Alice.[6] En Padua,

---

[6] Radio Alice empezó a emitir en 1976, en Bolonia. No obstante, los carabinieri la cerraron en 1977, decomisando los transistores y arrestando a doce de los redactores. Posteriormente, reanudó sus emisiones durante dos años más.
Su producción cubrió una gran variedad de temas: protestas laborales, análisis político, declaraciones de amor, poesía surrealista, recetas de cocina, contracultura y música, desde Jefferson Airplane hasta Beethoven.
Nombres como el de Franco *Bifo* Berardi, Maurizio Torrealta, Filippo Scozzari y Paolo Ricci eran habituales. Radio Alice no se limitó a la comunicación estricta en radiofrecuencia y practicó la edición impresa, aportando nuevos formatos de prensa. Para más

Emilio Vesce y otros antiguos de PO decidieron llamar a la nueva radio, Radio Sherwood, en homenaje al bandido romántico que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Asimismo, en Thiene, a principios del año 1978, abrimos una radio (Radio Sherwood 3), sucursal de la de Padua, igual que Sherwood 2 en Mestre.

Personalmente, me interesé enseguida por este nuevo instrumento y, en compañía de Umberto Forzato, presenté durante una temporada los informativos de mediodía en Radio Vicenza, radio local que se pretendía independiente, y que nos echó una bronca memorable cuando leímos el comunicado entero de las Brigadas Rojas que reivindicaba el asesinato del fiscal general de Génova, Francesco Coco (el 8 de junio de 1976). Ésta fue una razón adicional para crear nuestra propia radio. Pero no teníamos un céntimo y, además de locales y equipos de grabación y transmisión, era necesario también contar con repetidores. Y fue así que decidimos apropiarnos del material necesario, matando dos pájaros de un tiro. Asaltamos los estudios de radios clericales o comerciales, condenándolos al silencio durante algún tiempo, mientras que nosotros, con la ayuda de un compañero experto en electrónica, que sabía transformar y legalizar los aparatos robados, fabricábamos nuestras antenas emisoras no sólo sin gastar nada, sino todo lo contrario, ganando algo en la reventa de una parte del botín. A veces, saboteábamos las instalaciones de las radios fascistas, después de apoderarnos del repetidor colocado en lo alto de un poste. Las competencias del compañero experto en electrónica también nos fueron útiles para reparar y poner en marcha una radio de campaña, sintonizada con la frecuencia de la policía. En aquella época, no existían los teléfonos móviles y el alcance de los *walkie-talkies* que

---

información pueden consultarse *Alice è il diavolo*, L'Erba Voglio, Milán, 1976 y la película *Lavorare con lentezza* (Guido Chiesa, 2004). *(N. de los E.)*

teníamos era limitado para transmitir la información, así que tampoco esa radio nos sirvió de gran ayuda, salvo para hacernos una pequeña idea del estado de ánimo de los polis durante el desarrollo de las acciones. Como, por ejemplo, en los minutos que siguieron al atraco a un banco, cuando el compañero que escuchaba la radio oyó el diálogo entre una patrulla de carabinieri lanzados en persecución de los atracadores («¿Qué debemos hacer si nos los cruzamos?») y la central operativa («¡Tiren a matar!»). Si un día improbable llegase a haber transparencia sobre las comunicaciones internas de la policía, los hermosos principios del derecho, de la proporcionalidad de la respuesta represiva y otros criterios de justicia desvelarían sus contradicciones.

En la primavera de 1976, cuando los Colectivos Políticos del Véneto estuvieron constituidos, decidimos proponer, entre otras formas de ilegalidad colectiva tales como el impago de facturas y el sabotaje de las máquinas de *tickets* de los autobuses urbanos, el «control territorial de barrio». Se trataba de aislar un barrio de una ciudad durante un tiempo relativamente largo, media hora o una hora y, durante ese lapso del tiempo, realizar una serie de acciones en el interior de ese espacio. Esa idea se ejecutó por primera vez en el barrio de Arcella, en Padua, la tarde del 9 de junio de 1976, después en el barrio de Brusegana, en la misma ciudad, durante una tarde de niebla en el otoño del mismo año e, igualmente, en otro barrio popular de Padua, Portello-Stanga, el 19 de mayo de 1977. El principio de guerrilla urbana era bastante simple: en pleno día, con la ayuda de neumáticos incendiados y furgonetas, se bloqueaban los grandes ejes de entrada al barrio —el puente de la estación ferroviaria en Arcella o el puente sobre el río en Brusegana—, provocando en unos minutos un tapón monstruoso que retrasaba considerablemente la llegada de las fuerzas del orden y, mientras el grupo de compañeros mantenía estas posiciones estratégicas, otros grupos se ocupaban de los objetivos prefijados. De este modo, en Arcella se atacaron las viviendas de

los fascistas del barrio, la sede del MSI[7] y el bar de enfrente, donde se reunían; en Brusegana, en cambio, entre otros objetivos, habíamos organizado una apropiación de productos del supermercado del barrio, haciendo salir a los clientes sin pagar y distribuyendo los carritos llenos de comida delante de las puertas de los vecinos de los edificios de viviendas sociales. Una acción al estilo Robin Hood, que me valió en otro momento la benevolencia de los jueces españoles cuando, en 1985, pasé por la Audiencia Nacional de Madrid, que debía pronunciarse sobre la demanda de extradición emitida por la justicia italiana contra mí: el tribunal madrileño consideró, en efecto, que como no había ningún beneficio personal en tales acciones, éstas debían ser consideradas de naturaleza política y por tanto excluidas del tratado de extradición. Ciertamente, era difícil criminalizar una acción que exigía la participación de más de un centenar de personas, que debían llegar al lugar y entrar en acción al mismo tiempo con furgonetas llenas de neumáticos, cócteles molotov, armas para intimidar y defenderse, coches, motos y ciclomotores para llegar hasta los lugares e irse rápidamente: una acción que se configuraba como un verdadero despliegue de guerrilla urbana.

El éxito de las acciones llevadas a cabo en Padua nos empujó a organizar un «control de barrio» en Vicenza, en enero de 1977. Habíamos escogido un barrio popular de la periferia, Via dei Laghi, porque era relativamente sencillo aislarlo —sólo dos caminos conducían a él— y había un supermercado que pensábamos «expropiar» en beneficio de los habitantes de las viviendas sociales de los alrededores. Desgraciadamente, las cosas salieron mal: no solamente debimos renunciar a la acción, sino que esa tentativa frustrada de guerrilla urbana le costó la prisión a Paolo y Nino.

---

7. El Movimiento Social Italiano fue un partido fundado durante la posguerra, heredero del fascismo.

Por falta de experiencia, uno de los grupos encargados de los bloqueos de carretera y que debía llegar al lugar con una furgoneta robada llena de neumáticos y de cócteles molotov, no consiguió hacerse con una y decidió transportar el material en la furgoneta de Paolo. Mientras descargaban la misma, despertaron las sospechas de los transeúntes, que llamaron a la policía. Los militantes que ya estaban en la plaza, preparados para entrar en acción, de una forma u otra consiguieron escapar, pero Paolo fue inmediatamente detenido y, algunas horas más tarde, y como consecuencia de otra torpeza, también lo fue Nino: un compañero había envuelto un cóctel molotov con un papel de periódico que llevaba una etiqueta de suscripción con su nombre y sus señas. Ligerezas e impericias que se pagaron caras, ya que Nino tuvo que pasar un año en prisión y Paolo, dos.

Fue a raíz de esas detenciones, y de las de Pino y Riccardo, ocurridas un mes después en Thiene, que se desencadenó la espiral infernal de represión-reacción con las fuerzas del orden. En la dinámica que nos conducía velozmente hacia la militarización del conflicto, es difícil decir con precisión qué parte de la elección fue estratégica o táctica y cuál personal: ¿cuántos militantes optaron por la lucha armada ante la visión de sus compañeros, amigos o amores encerrados tras los barrotes, golpeados como perros o, aún peor, muertos? En cualquier caso, a partir de aquel momento, nosotros comenzamos a responder duramente. En el mes de marzo de ese mismo año, 1977, se colocó una carga explosiva en el cuartel en construcción de los carabinieri, en Malo, y después, en noviembre, una bomba en la Comisaría Central de Policía en Vicenza. Esa última acción tuvo una enorme repercusión y ocupó las primeras páginas y noticias de los telediarios y periódicos locales y nacionales. El poder de la imagen y de la información fue mucho más impactante que el propio atentado ya que el estallido dañó un ala del edificio, ocasionando sólo daños materiales. No obstante, se trataba de la Comisaría Central, un

lugar altamente simbólico del orden. Debo admitir que yo mismo, igual que algunos otros, comencé a medir la importancia de una acción en función de su repercusión mediática, y pasaba con deleite largos ratos leyendo la prensa al día siguiente. Con el tiempo y la práctica de las acciones ilegales, este hábito se convirtió casi en un rito: iba al quiosco y compraba un paquete de periódicos que abarcaba desde el *Giornale di Vicenza* al *Gazzettino*, desde el *Mattino di Padova* a *La Repubblica*, el *Corriere della Sera* y *l'Unità*. Algunas veces, ese ritual me llevó a leer los periódicos sentado entre los burgueses biempensantes en un café de la Piazza dei Signori y, mientras bebía tranquilamente mi capuchino, ponía atención para escuchar los comentarios de los clientes que de forma invariable o persistentemente hablaban del acontecimiento.

Nos metimos en un torbellino en el que unos y otros vivíamos en guerra: a cualquier movimiento de unos —la patronal, el gobierno, los jueces, los polis, los fachas—, los otros respondían —el movimiento, los medios de comunicación antagonistas, los grupos armados— como en una partida de ajedrez. Poco a poco, o más bien a gran velocidad, fuimos absorbidos por una espiral vertiginosa que ya nadie podía controlar; y los que estaban atrapados en ella se sentían cada vez más arrastrados a un camino sin retorno.

EL MOVIMIENTO DEL 77: EL CONTRAPODER DIFUSO

En la primavera de 1977, eclosionaron las cien flores que habíamos deseado. Lo que había sido un lema maoísta puesto de moda primero por Potere Operaio, en su congreso de Rosolina de 1973, y después por Lotta Continua en el suyo de Rimini en 1976, se hizo realidad sorprendiendo a todo el mundo. Tanto PO como LC, en sus respectivos congresos, habían proclamado la disolución del grupo centralizado, invitando a los militantes a integrarse en las realidades sociales y locales, para resurgir bajo una multitud de grupos. Se trataba más de un deseo o un reto que de una estrategia planificada, pero se hizo realidad. En efecto, muchos compañeros, perdiendo la referencia del partido original, realmente enraizaron, algunos en la fábrica, otros en la facultad o en su barrio, y su trabajo de militante de base —«de topo», se decía— contribuyó sin duda al nacimiento del movimiento del 77.

Desde el norte hasta el sur en Italia, incluidas las islas, se había formado una constelación de grupos sociales,

comités obreros, colectivos de estudiantes y coordinaciones de todo tipo, que hacían referencia al movimiento de Autonomía.[1] Los a partir de entonces «viejos» grupos extraparlamentarios nacidos del 68 —Movimento Studentesco, Avanguardia Operaia, Manifesto, Lotta Continua— se habían disuelto o institucionalizado y, en la calle y en las plazas, se identificaba a la generación rebelde del 77 con la Autonomía. Nuevos fanzines y revistas militantes estaban naciendo, de análisis pero también satíricas, *underground* y neosurrealistas. A partir de entonces, las radios libres del movimiento autónomo, que eran escuchadas y seguidas por muchos oyentes, se instalaron con firmeza y las librerías, imprentas, cooperativas y pequeñas infraestructuras de todo tipo sostenían y apoyaban al movimiento.

La revuelta generalizada había nacido de la contestación contra una reforma universitaria marginal, pero rápidamente provocó, entre enero y febrero de 1977, la ocupación de las principales universidades italianas, de Turín a Padua, de Bolonia a Roma y hasta Cosenza y Palermo. La lucha contra la reforma no era más que un pretexto, una oportunidad para salir a la calle a gritar juntos, con una protesta general contra la sociedad, la cultura, la economía y el Estado. Como históricamente sucede, la explosión de una revuelta es impredecible, fruto de múltiples factores imposibles de vislumbrar, que convergen en determinado momento, no se sabe bien cuándo y cómo. Pero ésta se respiraba en el ambiente, se sentía el aumento de la fiebre de la rebelión. Quienes participaron durante algunos años en el movimiento, quienes asistieron a asambleas y manifestaciones, se dieron cuenta de que las filas se habían engrosado, de que la contestación se había extendido entre la nueva generación de jóvenes, conectándolos con los

---

1. Paolo Pozzi: *Insurrezione'77*, Derive Approdi, Roma, 2007; Paolo Persichetti y Oreste Scalzone: *La Révolution et l'État*, Dagorno, París, 2000.

hermanos mayores de 1968.[2] También se podía oír la llamada a las armas, a la ilegalidad colectiva, que había penetrado con su tamtan en las fábricas, los barrios populares, las universidades y hasta en los institutos.

De febrero a marzo de 1977, las ocupaciones, las manifestaciones, los enfrentamientos cada vez más tensos con las fuerzas del orden continuaron en las principales ciudades italianas. Lo que muchos analistas no lograban clasificar, y algunos definieron como «un extraño movimiento de extraños estudiantes», era efectivamente un movimiento plural, diverso, en el que convergían múltiples y diversas tendencias: desde los marxistas-leninistas a los situacionistas, desde los juerguistas a los soldados de la revolución, desde los estudiantes a los precarios, desde los desempleados a los jóvenes obreros. En las manifestaciones, coincidían «tribus urbanas» que liaban porros y cantaban eslóganes irónicos; feministas que reivindican los derechos de las mujeres de forma festiva; jóvenes proletarios de barrio que aprovechaban para «ir de compras»; y grupos de gente enmascarada y militarizada que aclamaban la lucha armada con tres dedos apuntando hacia el cielo. En los desfiles recurrentes, casi a diario, se gritaban eslóganes guerrilleros: «Si un carabinieri abre fuego, una recortada; si es un poli, una P38» . Pero también se gritaba: «Una carcajada os enterrará». Luciano Lama, líder del poderoso sindicato comunista CGIL, había sido expulsado de la universidad de Roma —donde había ido a predicar a los «jóvenes desempleados»—, al grito de «¡cretino!, ¡idiota!», mostrando que otras armas pacíficas, y por tanto más eficaces que las pistolas, podían ser utilizadas contra los poderosos.

---

2. Sobre la década del sueño revolucionario, véase Nanni Balestrini y Primo Moroni: *L'orda d'oro. 1968-1977. La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, SugarCo edizioni, Milán, 1988 (reimpreso por Feltrinelli, 1997).

La situación llegó a una tensión extrema sobre todo en Bolonia, donde el 11 de marzo la policía mató al estudiante de LC Francesco Lorusso, y después en Roma. «Bolonia, la roja», símbolo de la administración comunista, parecía entregada a la más absoluta anarquía. La manifestación nacional del 12 de marzo en Roma marcó el nuevo punto álgido de la movilización, rozando los límites de la insurrección: cien mil personas, una impresionante marea humana, rabiosa y decidida, recorrió las calles del centro de la ciudad atacando las sedes de los fascistas, de la Democracia Cristiana y del PCI, resistiendo los asaltos de los antidisturbios de la policía, lanzando centenares de cócteles molotov, disparando contra las comisarías de policía y desvalijando una armería y *boutiques* de lujo. Nunca como aquellos días el movimiento pareció tan fuerte, desbordante y sin freno. Millares y millares de personas se manifestaron en todas las ciudades de Italia alternando el puño cerrado y los tres dedos levantados a modo de pistola, y entre ellas unas cuantas iban efectivamente armadas. Dominar la calle, enfrentarse a las fuerzas del orden, mostrarles que ya no les teníamos miedo, que no huiríamos más ante la primera carga. Metidos en esa lógica, el 14 de mayo, en Milán, los compañeros se lanzaron a un enfrentamiento abierto y algunos dispararon directamente sobre los cordones de la brigada Celere, matando al oficial Antonino Custrà.[3] Hasta entonces, eran los compañeros quienes habían caído bajo el fuego de las fuerzas del orden durante las manifestaciones, y ahora era un policía el que había muerto; se invertían los papeles. El Estado —con el ministro del Interior, Francesco Cossiga, a la cabeza— reaccionó con la mayor firmeza, desplegando los blindados y a los militares por la calle; destruyendo *manu militari* Radio Alice; votando leyes de excepción; agravando

---

3. Sergio Bianchi (ed.): *Storia di una foto. Milano, via de Amicis, 14 maggio 1977*, Derive Approdi, Roma, 2011.

las penas; creando cárceles «especiales»; empujando a jueces y policías a perseguir sin piedad a todos los «terroristas, autónomos y violentos», que eran numerosos en ese momento… Porque el movimiento del 77, que algunos vieron como una réplica de la sacudida sísmica de 1968, estaba muy extendido y gozaba de la simpatía, si no de la participación, de cientos de miles de italianos.

La proliferación de colectivos y grupos sociales, de periódicos y radios que se reconocían en el movimiento de la Autonomía tuvo su contrapunto en la multiplicación de grupos armados. Además de las Brigadas Rojas, otras dos docenas de siglas firmaban atentados sobre el territorio italiano, desde Prima Linea a las Formazioni Comuniste Combattenti (FCC), desde los NAP a los PAC y otras siglas más o menos estables, más o menos clandestinas o encubiertas tras una fachada legal. Algunos habían traspasado ya el homicidio político y otros todavía ponían límites humanistas o simbólicos a la violencia, existían estrategias y tácticas diferentes, pero de hecho todos los grupos armados formaban parte, se nutrían y, al mismo tiempo alimentaban, el movimiento y las luchas sociales.

El año 1977, en la región de Vicenza como en el resto de Italia, transcurrió con una profusión de iniciativas, agitaciones, alianzas de todo orden y en todo lugar, un año que para nosotros había comenzado mal. En enero, tuvo lugar el desastre de Via dei Laghi, con la detención de Paolo y Nino; después, el 2 de febrero, vimos en televisión a Paolo y a Daddo —compañeros romanos con los que nos habíamos reunido el día anterior en Vicenza—, heridos por la policía en Roma cuando «cubrían» una manifestación que había terminado en enfrentamientos.[4] Finalmente, el 16 de febrero, recibimos el golpe de Lugo: tras un atraco que salió mal,

---

4. AA.VV.: *Daddo e Paolo. L'inizio della grande rivolta. Roma, piazza Indipendenza, 2 febbraio 1977*, Derive Approdi, Roma, 2012.

Pino y Riccardo fueron detenidos y Ernesto y Oscar, buscados por la policía, se vieron obligados a huir. Los compañeros que habían planeado el golpe se encontraron con desgracias imprevistas. Hacia las diez de la mañana, dos atracadores en moto llegaron al banco de Lugo, un pueblo cercano a Thiene: uno de ellos descendió de la moto, entró en el banco, hizo que los empleados le diesen los cuatro millones de liras que guardaban y salió rápidamente, saltando sobre la moto donde el cómplice le esperaba con el motor en marcha. Pero, justo en ese momento, un muchacho que vivía enfrente del banco y que había seguido la escena, pensando instintivamente en su deber de hombre honrado y defensor del orden,[5] se arrojó sobre el atracador tratando de tirarle de la moto. Éste, intentando liberarse, hizo un disparo que sin querer hirió al muchacho en el pie. Pero la mala suerte no acabó ahí, ya que en la huida los atracadores no pudieron abandonar la moto robada, cambiarse de ropa y continuar en un coche «limpio». En el camino previsto para la fuga, se encontraron con los carabinieri que, por casualidad, patrullaban la zona por un robo ocurrido la noche anterior. Primero en moto y después a pie, por montes y caminos rurales, los dos atracadores pudieron evitar el cerco de los carabinieri y refugiarse en casa de un compañero. Desafortunadamente, Pino y Riccardo, ignorando este imprevisto, se habían reunido cerca del coche dispuesto para la huida y fueron detenidos por complicidad.

En el transcurso de un mes, cuatro de nosotros habían terminado en la cárcel y otros dos tuvieron que pasar a la clandestinidad. Término, este último, insuficiente para definir una vida basada fundamentalmente en no dejarse atrapar o detener, esconderse, mentir, no tener jamás una ubicación fija, estar constantemente atentos, con

---

5. Utilizo estos términos porque, un año después, la misma persona vino a vernos, disculpándose por lo que había hecho y rogándonos que le acogiéramos en el Grupo Social de Thiene.

la maleta siempre preparada. Para Ernesto y Oscar comenzó entonces una larga huida, un largo anonimato de cinco años, hasta el momento en que decidieron exiliarse a Francia. Durante años vivieron en Padua, primero en residencias universitarias, después alojados aquí o allá, según las amistades y complicidades que habían conseguido hacer. Los primeros años sobre todo, Ernesto y Oscar vivieron mal su anonimato. Además de la inmensa frustración, para personas acostumbradas a una sociabilidad múltiple y cotidiana, de tener que limitar o minimizar la frecuencia de las visitas o compañías a un mínimo estricto, el tratamiento de su caso por la «Organización» también les sentó mal. Por supuesto, los compañeros de Padua los acogieron, alojaron y protegieron. Pero ellos vivían mal el hecho de no poder reivindicar públicamente que eran militantes políticos, puesto que el atraco se había hecho para financiar al movimiento. Con el tiempo, todos los grupos armados reconocerían que recurrían a los atracos para financiarse, pero en aquel momento se optó por no hablar de ello, con el fin de no darle argumentos al enemigo para la criminalización. Por ello, en las manifestaciones se gritaba «Libertad para Paolo y Nino», pero de Pino, Riccardo, Ernesto y Oscar solamente hablábamos entre nosotros, entre conocidos, en voz baja, con un sentimiento incómodo de culpabilidad.

Pero como a menudo sucede en la historia, de las desgracias pueden surgir cosas positivas y, después de un primer momento de desaliento y abatimiento tras los desgraciados sucesos, reaccionamos y seguimos adelante con más determinación. Con Renato, Nella, Diana y Alfio, renovamos los lazos entre compañeros, consolidando los grupos ya existentes y esforzándonos en crear otros. En compañía de Renato, comencé a frecuentar, cada vez más asiduamente, a los compañeros de Thiene, en principio por razones de organización, pero en realidad porque con él y con los compañeros del Alto-Vicentino me sentía muy a gusto.

Con el desarrollo de grupos sociales y comités obreros por todas partes, la palabra clave se convirtió en «organización»: basta ya de ligerezas, de aproximaciones, había que tomarse las cosas en serio, estudiarlas bien antes de pasar a la acción. En primer lugar, la logística, la red de compañeros de confianza y bases con las que poder contar, casas, medios de transporte, armas, explosivos... Encontrar explosivos no era muy difícil, porque Cesare y los compañeros de Asiago, que yo conocía y veía desde hacía tiempo, sabían cómo conseguirlos. Eran montañeses, habituados al frío y los trabajos duros, nacidos en la alta meseta, uno de los principales escenarios de la Primera Guerra Mundial, donde las bombas habían llovido durante años, y donde mucho después de la guerra grupos de desactivadores de minas buscaban y desactivaban las bombas que permanecían bajo tierra. Nacidos en ese lugar, conocían perfectamente las numerosas canteras de mármol de la zona. En su compañía, no fue muy compli-cado penetrar por las noches en los barracones de las canteras donde se guardaban los explosivos, normalmente almacenados bajo tierra con el fin de evitar los cambios bruscos de temperatura. Por lo general, no había guardianes y bastaba con romper uno o dos candados para acceder al almacén de explosivos, que luego transportábamos en mochilas hasta el coche. Sólo una vez nos encontramos con un problema, ya que había un gran perro guardián, pero en vez de desandar el camino y volver con bolitas de carne con valium —como alguien propuso—, Cesare dijo que no nos preocupáramos, que él se encargaba del asunto y, efectivamente, se adelantó y poco después dejamos de oír al perro ladrar y pudimos entrar en el barracón de la cantera. Recordando como, una noche fresca de verano, Cesare había demolido con sus propias manos la puerta de una celda en las antiguas cárceles abandonadas de Asiago para hacer leña, no quise enterarme con precisión de lo que le había hecho al perro.

La relativa facilidad para conseguir explosivos, los conocimientos rudimentarios que habíamos adquirido y el

éxito alcanzado en las primeras acciones en las que habíamos empleado dinamita, nos empujaron a utilizarla cada vez con más frecuencia. Aunque podíamos sentirnos satisfechos de haber volado un edificio enemigo, estaba claro para todo el mundo que no se trataba de un juego y que el empleo de explosivos era peligroso. Era preciso prestar atención tanto a su manipulación como a su conservación: los cartuchos de dinamita no debían humedecerse, era preciso protegerlos tanto del frío como del calor, nunca calentar los detonadores y guardarlos separados del explosivo hasta el momento de su empleo. El transporte de una caja de zapatos o una olla a presión llena de explosivos necesitaba de una gran concentración en la tarea y, al mismo tiempo, pensar en otra cosa para evitar quedar paralizado por el miedo a saltar por los aires. Cuando alguien arriesga su vida, no puede pensar en la posibilidad de perderla o de lo contrario no se moverá. Lo esencial en la acción es mantener la concentración en las tareas que realizar, en los tiempos que hay que respetar; como un buen obrero que hace bien su trabajo y no puede permitirse el lujo de tener miedo a las máquinas.

En la primavera de 1977, entre una manifestación y una acción, Renato y yo hicimos algunas rápidas escapadas a Tivoli, cerca de Roma. A través de amigos comunes —dos encantadoras hermanas— conocí a un tocayo, Alessandro, un chico de la periferia muy simpático que vivía del robo. Con él, no tuvimos ningún problema para revender las cadenas de oro que «se habían caído» de un camión, o para encontrar un comprador para un camión de parmesano que habíamos sustraído en la periferia de Roma. De estos compañeros romanos que alternaban las acciones políticas y los robos de alimentos, aprendí la sabiduría de los ladrones experimentados: a saber que un hurto simple puede reportar tanto beneficio, o incluso más, que un atraco a un banco, con la diferencia sustancial de que en el primer caso arriesgas unos meses de cárcel y

en el segundo varios años. Así que, a partir de entonces, tratamos de centrarnos en hurtos simples de mercancías a la vez caras y fáciles de vender, tales como café, whisky o equipos de alta fidelidad.

A medida que nos desarrollábamos, las necesidades de autofinanciación eran cada vez más importantes. Había que pagar el alquiler de locales y apartamentos, la imprenta y todo el material de propaganda, las radios, los desplazamientos, etc. Además, habíamos acordado que ciertos militantes con dedicación a tiempo completo recibieran un sueldo mensual igual al de un obrero industrial. Por eso, algunos de nosotros pasábamos parte de nuestro tiempo realizando «trabajos» para buscar «guita». Los que nos daban los soplos eran compañeros: por ejemplo, el que trabajaba en una empresa y sabía cómo y cuándo llegaba la paga de los empleados; otro que trabajaba para una agencia de pluriempleo; un compañero viajante que sabía cuándo los comerciantes llevaban el dinero al banco cercano al mercado, o que sencillamente era empleado en un banco… El arraigo social que teníamos hacía posible que, casi sin ir a buscarlas, las informaciones llegasen hasta nosotros, porque existía una complicidad muy extendida y toda la red de grupos sociales sabía a quién dirigirse para este tipo de cosas.

Las vacaciones de verano de 1977 fueron un reflejo de lo que estaba sucediendo. A mediados de julio partí para pasar dos o tres semanas en Cerdeña, en compañía de Francesca y una docena de amigos. Algunos en autoestop, otros en tren y otros en coche, nos reunimos en Costa Esmeralda, terreno de multimillonarios, donde habíamos alquilado una casa rural perdida en el interior. Allá, aislados en las montañas, pasamos momentos de paz, serenidad y delirio. Estábamos a unos kilómetros del mar y bajábamos de nuestro refugio para disfrutar de las calas y las magníficas playas, todavía no completamente privatizadas por Berlusconi, Aga Khan IV y otros acaudalados personajes. Los días fueron pasando al ritmo de la Velvet Underground y los Doors, con abundancia

de canutos, siestas de amor y noches dedicadas a mirar las estrellas, cantar y soñar. Nos divertíamos de todas las formas, desde con los juegos más infantiles hasta con caminatas por las montañas, desde los baños en un mar que parecía un acuario hasta las noches alrededor de un fuego y de un cordero a la brasa. Tampoco nos privamos de dos exquisitas cenas en los restaurantes de lujo de la Costa Esmeralda, continuando con la práctica de no pagar: es decir, llegábamos al restaurante vestidos lo mejor que podíamos, teniendo en cuenta lo pobres, *hippies* y descuidados que éramos, en pareja o en pequeños grupos, comíamos marisco y langostas regados con un buen vino blanco y, al final de la comida, sin pedir ni la cuenta ni el cambio, todos nos levantábamos a la vez de la mesa y salíamos rápidamente del local. El número y la determinación que mostrábamos bastaban, en principio, para que el dueño del restaurante y sus empleados no se atrevieran a enfrentarse y perseguirnos. Salvo una vez, que tuvimos que correr como locos para huir de los camareros que nos perseguían.

El otoño de 1977 comenzó con el Congreso de Bolonia que, acorde con su título, tenía como objetivo ser «un momento de análisis, de debate y de propuestas sobre la fase histórica» que atravesábamos. Tras las jornadas de marzo y la posterior represión no sólo policial sino también militar, una pregunta urgente recorría todos los grupos que se identificaban con el movimiento autónomo: ¿qué hacer en ese momento? Durante ese encuentro que se celebró en septiembre, llegaron a Bolonia, procedentes de toda la península, miles y miles de jóvenes y no tan jóvenes, obreros, desempleados, feministas, jóvenes proletarios, homosexuales, estudiantes, alternativos, creativos, leninistas y anarquistas. Después de interminables disputas —puñetazos y sillazos incluidos— sobre la precisión o veracidad de los análisis y de las estrategias de unos y otros, nadie supo hacer una síntesis y todavía menos encontrar una posible mediación política para aglutinar al movimiento social,

político y militar. Desafortunadamente, el congreso no condujo a nada; cada uno se mantuvo en sus posiciones tratando de convencer e imponerse a los demás. Pero, incluso sin unidad ni documento programático, esas jornadas se vieron como un trampolín, porque el simple hecho de encontrarse entre miles de los tuyos nos proporcionó una carga de energía formidable para seguir adelante.

En Vicenza, el año 1977 terminó con una radicalización evidente del enfrentamiento. En noviembre, tras la sentencia del tribunal que había condenado a Paolo a permanecer un año más tras los barrotes, salimos del Palacio de Justicia de Vicenza muy rabiosos. Era ya de noche y, sin que nadie lo hubiese previsto y mucho menos planificado, se formó espontáneamente una manifestación de doscientas o trescientas personas que, al grito de «¡Libertad para los compañeros o quemamos la ciudad!», recorrimos a la carrera las calles del centro histórico para exigir la libertad de los detenidos, destrozando los escaparates de los bancos y de las *boutiques* de lujo. La policía, sorprendida, no se atrevió a intervenir, no hubo detención alguna y los heridos accidentalmente al destrozar los escaparates se curaron en silencio. La buena burguesía del centro histórico quedó horrorizada por los actos de vandalismo y presionó al Ayuntamiento y la policía para identificar y castigar a los culpables de los desórdenes. Las pesquisas y las investigaciones de la policía política se multiplicaron. Y nosotros replicamos. Una noche de los primeros días de diciembre, estalló una bomba en la planta baja de la sede de la policía de Vicenza, y el atentado fue reivindicado bajo las siglas de Proletarios Comunistas Organizados, que justificaban la acción como respuesta a la represión en curso. El enfrentamiento realmente se había radicalizado.

EL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL DE 1978

El año 1977 fue testigo del estallido de un movimiento de masas libertario, creativo y atrevido, serio y divertido y, al mismo tiempo, el brote sobre todo el territorio italiano de grupos armados que cometían atentados casi a diario. El Estado se sintió en peligro ante esta llamarada insurreccional y, como en las dictaduras militares, no dudó en sacar los tanques a la calle contra los manifestantes. Fueron promulgadas leyes anticonstitucionales, de estado de guerra, y los políticos, preocupados, otorgaron amplios poderes a las fuerzas del orden, a los jueces y a los funcionarios de prisiones. La represión acentuó el endurecimiento de los grupos armados, en ese momento ya más arraigados, consolidados y con experiencia, con el resultado de que 1978 fue el año en que el conflicto tomó un carácter casi insurreccional. De una parte, un movimiento social cada vez más radical, empujado y alentado por los grupos político-militares; de otra, un Estado con todo su aparato coercitivo bajo el liderazgo de un gobierno de unidad nacional DC-PCI, que eligió el choque frontal. El espacio para las mediaciones políticas, para entender las razones

y los orígenes de la violencia, se había cerrado. Mucha gente pensaba entonces que en Italia estaba estallando una verdadera guerra civil y que, por tanto, había que escoger de qué lado de la barricada situarse. Fue el año de la acción más simbólica de este momento histórico, concretada en el secuestro y asesinato de Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana, el político más influyente de la época, el gran organizador del «compromiso histórico», a saber, la reconciliación de los dos grandes partidos enemigos de la posguerra, DC y PCI.

La mañana del 16 de marzo de 1978, día del secuestro de Moro, me despertaron de madrugada las fatídicas palabras «¡Policía, abran!». Antes de la irrupción de los hombres de la brigada *antigang* de la Comisaría Central de Vicenza, tuve el tiempo justo para coger del bolsillo de mi pantalón un papel con unos números de teléfono y tragármelo. No era la primera vez que sufría un registro; al contrario, ésta debía de ser la quinta o la sexta y ya casi me había acostumbrado, pero en esta ocasión no eran los habituales policías de la brigada política, sino los de la *antigang*, que se ocupaban de los robos. Si ellos me conocían a mí, yo también aprendí a ver la diferencia entre ellos.

Los policías se marcharon al cabo de una media hora, sin confiscarme los libros habituales, revistas y folletos considerados subversivos, y eso hizo que me sintiera sorprendido e inquieto. Aquella irrupción tenía un significado claro: me consideraban sospechoso del atraco a un transporte de dinero, sucedido dos días antes en el banco de Marano, cerca de Thiene. Los periódicos hablaban del «atraco del beso», porque los asaltantes, un hombre y una mujer que esperaban en la acera, frente al banco, la llegada del transporte, habían intercambiado tiernos besos para no levantar sospechas. Pero cuando llegó el empleado de la compañía, su actitud cambió radicalmente y, amenazándole con una pistola, hicieron que les entregase el maletín para, a continuación, subir a un Mini Minor conducido por un tercer cómplice y

desaparecer a toda velocidad. Un golpe que había reportado diez millones de liras, una bonita suma para la época.

La idea de la pareja que se besaba había sido eficaz para llevar a cabo el golpe, pero después resultó ser un bumerán: era como si el atraco hubiera llevado firma. Los policías de la brigada, que conocían el ambiente y la mentalidad de los mangantes (sólo los hombres «pasaban a la acción»), dedujeron que este atraco, así como otros ocurridos recientemente, no eran obra de delincuentes comunes, sino políticos. La presencia de mujeres en los grupos de acción nos delató, aunque no podíamos hacer nada: las mujeres eran parte integrante de la organización y no deseaban quedarse en la retaguardia para consolar al guerrero que volvía de la batalla, querían estar en primera línea.

Como todos los grupos armados, habíamos asumido una posición defensiva respecto a los robos: se llevaban a cabo porque necesitábamos dinero para la organización de la revolución, pero no se reivindicaban, al contrario, permanecíamos mudos y con la boca sellada. Por un lado, por razones evidentes de seguridad; por otro, para no proporcionar argumentos al Estado para criminalizarnos.

Comprender que habían llegado a esa conclusión me perturbaba enormemente. No tenían ninguna prueba y supe más tarde que el transportista del banco, a quien los investigadores mostraron inmediatamente mi foto, había excluido categóricamente que pudiese tratarse de mí. El atracador llevaba peluca, gafas y barba falsa y, probablemente, el empleado consideró que era mejor no pasar de ahí. De hecho, la investigación se habría detenido o archivado si no hubiera sido reabierta un año más tarde, tras la delación de Mortimer.

Viví la mañana del 16 de marzo de 1978 realmente con mucha inquietud. Notaba el aliento de la policía en la nuca; de todos ellos: de los viejos de la brigada política —que me conocían desde hacía tiempo—, de los carabinieri de Thiene y Schio —que me llamaban por mi nombre—, y los de la

brigada *antigang*. Hacia las diez de la mañana, la radio y la televisión interrumpieron todos sus programas para anunciar el secuestro de Aldo Moro y el asesinato de los cinco policías de su escolta. Los compañeros de las Brigadas Rojas habían demostrado que podían secuestrar al político más importante de Italia y que la policía podía ser vencida. Escuché la noticia con una mezcla de asombro y perplejidad, pero también de satisfacción: ahora el miedo podía cambiar de bando. Con ese gesto, las Brigadas Rojas infundían valor a todos los militantes de los grupos armados en todos los rincones de Italia, y contagiaban un sentimiento de fuerza a los que habían emprendido la lucha armada, con independencia de la organización a la que perteneciesen.

Al mismo tiempo, esta impactante acción, este desafío lanzado al Estado, a la clase política, a las fuerzas del orden, era una apuesta más que arriesgada. Al sentimiento de liberación y de potencia, se sobreponía el temor a un futuro compuesto de barrotes y sangre, y en todo caso de sufrimiento. Las cosas habían llegado lejos, demasiado lejos desde las primeras acciones simbólicas de propaganda armada: esta acción concreta anunciaba una guerra abierta, un conflicto duro.[1] La cuestión que se planteaba ahora era la siguiente: ¿Estaba preparado el movimiento revolucionario? ¿Podría sostener una confrontación abierta con todo el sistema: partidos, patronal, sindicatos, jueces, policías, periodistas? La apuesta era política. Y se perdió. El Estado se compactó, los sindicatos y el Partido Comunista movilizaron a sus militantes contra los «terroristas», e incluso la izquierda extraparlamentaria —Lotta Continua, Manifesto, Avanguardia Operaia— se distanció, asumiendo la posición de «ni con el Estado, ni con las Brigadas Rojas».

---

1. Además de las memorias de Mario Moretti, Prospero Gallinari y Valerio Morucci, véase Anna Laura Braghetti y Paola Tavella: *Il prigioniero*, Feltrinelli, Milán, 2003.

Los espacios se cerraban y el Estado no iba a tolerar simpatía alguna hacia la lucha armada. Nosotros lo comprendimos enseguida; cuando por ejemplo, en el transcurso de una manifestación en Vicenza, durante el secuestro de Aldo Moro, algunos compañeros comenzaron a gritar «¡Viva las Brigadas Rojas!», las fuerzas del orden cargaron brutalmente, sin previo aviso.

Cuando, tomado el acuerdo de guerra frontal, las Brigadas Rojas asesinaron a Aldo Moro, incluso la simpatía de muchos autónomos hacia ellos se desvaneció. No se mata a un rehén. Cuando un juez, un carabinieri, un fascista, un patrón, un político morían en una acción armada, la compasión por los muertos era eclipsada por la simpatía hacia la acción de la guerrilla. Pero, matar a un prisionero, a sangre fría, para llevar a cabo la decisión votada por la Dirección Estratégica de las BR, era un asesinato cruel. Muchos de los que se habían comprometido con la lucha armada, habían comenzado por un compromiso antimilitarista, antifascista, antitotalitario, de *love and peace*, y aunque habían terminado por asumir y justificar el empleo de la violencia, no hallaban justificación para la ejecución de un rehén.

En el Vicentino, 1978 fue el año en el que la autonomía obrera, hasta entonces un grupo en red de compañeros, se convirtió en una realidad social, un referente para muchos rebeldes. Ya en 1976, y sobre todo en 1977, jóvenes obreros de la región de Thiene, Schio, Malo, Zané y Chiuppano se habían aproximado a nosotros, venían a nuestras manifestaciones, frecuentaban nuestros locales, la radio, el Bar Giardini de Thiene, etc. Con ellos, decidimos crear un comité obrero de zona, y lanzar una campaña contra las horas extras y la jornada laboral del sábado, guiados por el objetivo de «trabajar todos, trabajar menos». Después de los «Gloriosos Treinta», el pleno empleo había llegado a su fin bajo la presión de las deslocalizaciones, la demanda cada vez más urgente de los accionistas de reducir los costes laborales para obtener más beneficios, y los empresarios de la

patronal que habían recurrido al chantaje del desempleo para frenar las reivindicaciones sobre los salarios y las condiciones de trabajo. El objetivo propuesto fue bien recibido por muchos obreros, que desde hacía una década querían disfrutar más del bienestar familiar, del personal y mental, pasando menos tiempo en la fábrica y más fuera, para gozar de la vida. Y no deseaban volver atrás. No se trataba de un objetivo nuevo en la historia del movimiento obrero, más bien todo lo contrario; ya durante la primera mitad del siglo XIX, en las primeras legislaciones sobre el trabajo, se habían hecho progresos limitando en particular el trabajo de niños y adolescentes a «solamente» 12 horas al día. La conquista de vacaciones pagadas, conseguida por nuestros abuelos, y la de nuestros padres de 40 horas semanales no satisfacían a los jóvenes obreros de ese momento: soportaban mal las ocho horas en la cadena de montaje; el culto al «valor del trabajo» no tenía interés; la nueva generación de trabajadores anhelaba disfrutar del tiempo libre. La imposición cada vez más extendida en muchas fábricas del Alto-Vicentino de las horas extraordinarias los sábados fue mal acogida por una parte de los obreros. Otros, de más edad, no veían más que las ventajas económicas y se plegaban a las exigencias patronales. Los sindicatos, en principio, se oponían a la práctica de las horas extras, pero no se atrevían realmente a combatirlas; sin demasiada convicción, algunos habían lanzado un llamamiento para impedir las horas extras de los sábados, pero los piquetes de huelga que habían organizado no impedían a los obreros que lo deseaban entrar a la fábrica.

Fue entonces cuando decidimos lanzar nuestra propia campaña contra el trabajo en sábado, proponiendo como forma de lucha las «rondas obreras». Eso significaba acudir en manifestación el sábado por la mañana a los polígonos industriales de la zona, entrar en las fábricas en las que se trabajaba, distribuir octavillas explicando nuestra acción e invitar a los obreros y a los empleados presentes en el lugar

de trabajo, si era posible con buenos modos, a coger el abrigo, el bolso, el paraguas y marcharse a casa.

Hicimos esta campaña con los compañeros de la Coordinación Obrera, que reagrupaba a antiguos militantes de LC, bordiguistas y sindicalistas de base de las industrias metalúrgicas locales. Conocíamos a algunos de ellos desde hacía años: a Berto, Toni y Johnson que eran figuras tutelares del sindicalismo radical de la región; pero durante algún tiempo, ellos, que tenían ya una sólida experiencia de lucha —algo más de una década que nosotros—, nos habían visto y tratado como a jóvenes motivados y simpáticos, pero con «cabezas calientes» que había que moderar y canalizar. Si hubiésemos querido distinguirnos de ellos sobre la base de las tradiciones o las innovaciones en el seno del movimiento obrero, hubiera sido difícil, pues *grosso modo* teníamos las mismas posiciones con respecto a las relaciones de trabajo o las formas de lucha y de organización obrera de base. En particular, las manifestaciones violentas, la ocupación de locales de la patronal o los enfrentamientos con las fuerzas del orden venían de antaño y no habían esperado la llegada de los autónomos para ponerse en práctica.

De Valdagno, en 1968, a Arzignano, en 1970, pasando por otros conflictos menos conocidos pero recurrentes desde hacía varios años, en el Alto-Vicentino los estallidos de violencia obrera no habían sido escasos. Sobre todo, en mucha gente —incluido yo, que también estaba allí— se mantuvo vivo el recuerdo de una manifestación de los metalúrgicos en Schio, en 1974, en la que un nutrido grupo de obreros invadió las oficinas de la financiera SATIF, devastando los locales y tirando por las ventanas papeles, archivos y mobiliario. La gente en la calle se mostraba solidaria y aplaudía, y la policía intervino sin convicción, porque ese tipo de acciones eran bien vistas por todo el mundo. Más o menos en esa misma época, una manifestación de obreros en huelga había irrumpido en la empresa De Pretto para expulsar a los

«esquiroles» y, ante la oposición de los jefes o encargados de la fábrica, les habían encerrado en los aseos.

A principios de mayo de 1978, después de que la izquierda sindical de Italsthul —empresa de sillas de Zané, cerca de Thiene— hubiera tratado de impedir las horas extras del sábado, sin éxito porque eran pocos, nosotros decidimos acudir allí en masa. Al principio, la movilización no estaba clara, porque había que estar a las puertas de la fábrica a las cinco de la mañana de un sábado, cuando los que habían trabajado durante toda la semana podían preferir quedarse en la cama. Para impulsar la acción, fuimos muchos los que decidimos pasar la noche en blanco, reuniéndonos en los locales de la radio para emitir hasta las cuatro de la mañana, en tono festivo. Fue una noche inolvidable: entre los sonidos del rock y la música rebelde, parejas que se abrazaban hasta la obscenidad a la vista de todos, amigos que se consolaban entre sí con el vino y los porros... todos llegamos al alba bastante eufóricos.

La mañana del 13 de mayo de 1978, decenas de personas partimos en una caravana de coches repletos, en dirección a la zona industrial. En Italsthul, el piquete de huelga fue un éxito, sobre todo porque habíamos cerrado con candados el portón y desactivado el mando eléctrico de apertura. Animados por este primer éxito, decidimos continuar nuestra ronda por otras empresas de la zona, haciendo salir a los obreros que estaban trabajando, escribiendo graffitis en las paredes aquí y allá y, a veces, entrando en las oficinas de la dirección. Durante el transcurso de la ronda, se improvisaron barreras con neumáticos incendiados y algunos coches de lujo que pasaban por allí sufrieron la ira de los proletarios. Fue un amanecer radiante y exultante, que nos motivó para continuar con este tipo de acciones o prácticas.

De este modo, los sábados siguientes, por indicación de los obreros que allí trabajaban, continuamos la ronda, haciendo un «barrido» de las fábricas que no aplicaban la consigna de supresión de las horas extraordinarias. Y ganamos

esa batalla, porque al cabo de un mes de campaña no encontramos ninguna fábrica que vaciar en la zona industrial alrededor de Thiene: ¡el sábado había vuelto a ser festivo! A partir de ese momento, estas prácticas se propagaron por otras zonas industriales de la provincia, recuperadas por coordinaciones, comités obreros y sindicalistas de izquierdas. Habíamos ganado esa lucha gracias a las rondas nutridas y aguerridas, y probablemente también gracias a un trabajo paralelo de amenazas a los patrones y a sus directores de personal. Algunos ejemplos de esto último fueron, entre otros: el cóctel molotov lanzado una noche contra la residencia de un encargado de Italsthul o el incendio del coche de otro empresario de Schio.

A finales de julio, decidimos hacer una pausa en nuestra actividad político-militar, que se volvía cada vez más frenética. Con Alberto, Angelo, Bianca, Renato, Sandrino y Francone, partimos con dos coches a realizar un viaje por España y Portugal. De esas vacaciones me acordaré siempre, porque también durante ellas vivimos a un ritmo vertiginoso: en quince días habíamos recorrido cinco mil kilómetros, dando una vuelta completa a la península Ibérica, pasando por el País Vasco, Galicia, Oporto, Faro, Granada, Murcia y Barcelona, en un torbellino de paisajes, sonidos, olores, vinos y noches pasadas en la playa cantando, riendo y mirando el mar. Una experiencia de íntima amistad que me unió más a Alberto y a los otros compañeros de Thiene. Sin embargo, la urgencia nos acompañaba en todo lo que hacíamos y, así, aquellas vacaciones y esos cinco mil kilómetros en quince días también pasaron como una ráfaga de viento. Volvimos rápidamente, porque teníamos prisa por hacer la revolución, no teníamos más tiempo para contemplar el mundo, lo queríamos cambiar.

La ocasión para sumergirnos de nuevo en la acción se presentó de inmediato. Recién llegados, María nos informó de que, justo en mitad de agosto, el jefe de la empresa en la que trabajaba, confecciones Spinnaker, había decidido

cerrar la fábrica de Thiene y ofrecido a las obreras la alternativa siguiente: ir a trabajar a Forlí —a 300 kilómetros de allí— o ser despedidas. Al día siguiente, con Renato y otros compañeros, fuimos a la fábrica para hablar con las trabajadoras, alrededor de una cuarentena, todas muy jóvenes. Después de una discusión con los sindicalistas presentes, que vacilaban, la asamblea de trabajadoras decidió, con nuestro apoyo, ocupar la fábrica y las oficinas; por un lado, para contrarrestar la gestión de la empresa por los patrones, y por otro, para impedir el traslado de las máquinas a otros lugares. Los días de ocupación fueron emocionantes, entre asambleas, comunicados de prensa, debates con otros trabajadores de la zona que venían a informarse al ver las tiendas de campaña y las carpas montadas, con las banderas rojas al viento. Estos momentos densos de tensión vital se alternaron con miles de actividades de información y propaganda, pero también con noches de fiesta, con jóvenes que aprendieron a conocerse, íntimamente también, a veces hasta formar parejas. Hubo también episodios frívolos, como la fila de compañeros, tanto chicas como chicos, que se probaban la ropa que había en *stock* en el almacén, con el fin de renovar su vestuario. La lucha en Spinnaker duró tres semanas, con un desalojo realizado por las fuerzas del orden, una nueva ocupación a continuación, tentativas de quebrar la huelga y provocaciones patronales por un lado y amenazas de represalias, por el otro. El patrón finalmente acabó cediendo y, a principios de septiembre, mientras se celebraba una asamblea obrera del sector —en el curso de la cual los sindicalistas confederales nos trataron de locos, de extremistas o provocadores—, entramos en la sala con el consejo de fábrica de Spinnaker, llevando el acuerdo alcanzado en nuestras manos: ¡habíamos ganado en toda regla, la fábrica se quedaba allí, ninguna trabajadora sería despedida y, además, las jornadas de huelga serían pagadas!

Al día siguiente, hicimos una manifestación espontánea y salvaje por las calles de Thiene, encabezada por las

trabajadoras de Spinnaker, en la que participaron centenares de personas. «Hay días que valen años» era el título de la octavilla que distribuimos ese día para anunciar el final feliz de la lucha comprometida. En efecto, nos sentíamos victoriosos: era la demostración de que estábamos arraigados en las fábricas, de que nuestra estrategia llevaba a conquistas concretas, de que la autonomía obrera podía ser a partir de ese momento la referencia de las luchas obreras del Alto-Vicentino. Los sindicatos se vieron entonces obligados a hablar con nosotros, a dejar de insultarnos y denunciarnos como extremistas. Y fue así que, en otoño, pudimos retomar la lucha contra las horas extras del sábado con una redoblada fuerza de movilización, permitiéndonos entrar en comitiva militante en las grandes fábricas tales como Laverda de Breganze, Benning de Thiene y Zanon de Schio.

Durante ese mismo período, tanto el Grupo Social de Thiene como los de Vicenza, Montecchio Maggiore y Bassano habíamos lanzado una campaña sobre el derecho a la vivienda y el *equo canone* («alquiler justo»), ocupando edificios abandonados y proponiendo a los propietarios un «precio político» de alquiler (igual al 10% del salario del arrendatario). En caso de negarse a nuestra oferta, los propietarios de los edificios ocupados eran abiertamente amenazados con represalias, a veces hechas efectivas: como las llevadas a cabo contra el chalé de un par de propietarios inmobiliarios de Thiene, así como el estudio de un notario de Vicenza, que fue devastado, a plena luz del día, por grupos constituidos por una docena de compañeros.

Unos días antes de la Navidad de 1978, el año militante terminó con una «noche de fuegos» contra las organizaciones empresariales, en todo el Véneto. Al caer la tarde del 18 de diciembre, un grupo armado había entrado en la sede de la Asociación de Industriales de Schio y, tras atar a los empleados presentes, se apoderó de la documentación interna y dejó pintadas en las paredes. Unas horas más

tarde, en el transcurso de la noche, una fuerte carga de dinamita estallaba en la sede de la Asociación de Industriales de Vicenza; otra en la de la Unión de Artesanos de Thiene y otras acciones similares y concomitantes fueron realizadas en Padua, Rovigo, Mestre y Pordenone.

Al final de ese emocionante año, que había sido testigo del enraizamiento y el desarrollo de nuestra presencia en las fábricas y barrios populares, teníamos el sentimiento de que a partir de entonces seríamos reconocidos como interlocutores válidos por parte de los obreros sindicados, así como por jóvenes y menos jóvenes proletarios que nos manifestaban su simpatía. Estábamos convencidos de estar construyendo un tejido de contrapoder destinado a crecer hasta el infinito. No sabíamos, aunque lo sospechábamos, que la patronal, la gran burguesía y los partidos del gobierno, como la Democracia Cristiana y, sobre todo, el Partido Comunista, estaban presionando a jueces y policías para detenernos, costara lo que costara. Estábamos seguros de que habíamos llegado a infundirles miedo, pero ellos sólo esperaban el momento oportuno para hacérnoslo pagar muy caro.

Pero en aquel momento no lo pensamos, no queríamos pensarlo, porque teníamos una sensación de superpotencia que nos parecía inquebrantable. Yo terminé aquel frenético año dando un salto a Londres con Nino y Nella, para llevar un poco de afecto, consuelo y dinero a Pino, que se había exiliado allí: había salido de la cárcel al cabo de un año y estaba en libertad vigilada, pero la cárcel le había marcado; le angustiaba la idea de volver y había decidido exiliarse. Solamente la nieve sobre Londres, en la Nochevieja de 1979, logró, brevemente, desacelerar nuestra carrera.

Los primeros meses de 1979 pasaron también a un ritmo vertiginoso, vividos de manera rutinaria por quien se sentía ahora un militante revolucionario «profesional». Una cotidianidad repartida entre reuniones públicas y reservadas, manifestaciones pacíficas y acciones violentas, con desplazamientos continuos en todos los frentes al

mismo tiempo. Hasta ese trágico mes de abril, cuando el frío de la muerte y la represión ocuparon el lugar de la tan esperada primavera.

DE LA EXPERIENCIA COLECTIVA A LAS TRAYECTORIAS INDIVIDUALES

A principios de los años ochenta, el sentimiento de que había llegado el final de una experiencia se extendió rápidamente por toda Italia, alcanzando tanto a los grupos armados como a los movimientos sociales. Comprendimos que la ola ascendente nacida en los sesenta, y que había continuado progresando a lo largo de los setenta, había empezado a romperse contra las rocas levantadas por los grandes capitales, las multinacionales, las oligarquías y sus celosos servidores. Margaret Thatcher había llegado al poder y, siguiendo sus ideas y su ejemplo, los poderosos dirigían ahora la lucha de clases con mano de hierro. En Italia, la crisis de los movimientos contestatarios era general, la reacción patronal en Fiat anticipaba la criminalización al unísono de todo el movimiento autónomo y las detenciones empezaron a ser constantes entre los militantes de los grupos armados y sus simpatizantes. Un signo evidente de la crisis era que todos los grupos político-militares, incluidas las hasta entonces monolíticas Brigadas Rojas, se dividieron y desgarraron, cada uno pensando que su análisis y sus propuestas eran las mejor adaptadas a la coyuntura y acusando a

los demás de ser «movimentistas» o «militaristas», «irreductibles» o «disociados».[1] Sobre todo, los cimientos ideológicos que los habían sostenido hasta entonces se agrietaban y ya habían aparecido los primeros traidores que, para salvar su piel, denunciaban a sus propios compañeros. Este fenómeno introdujo la sospecha y la desconfianza hasta rozar la paranoia. A las relaciones de confianza y solidaridad se antepusieron las relaciones de fuerza, la exclusión y la violencia.[2]

Tuvieron que pasar todavía algunos años para que sus dirigentes declarasen públicamente que todo había acabado; Prima Linea lo hizo en 1983 y las Brigadas Rojas en 1987. Porque la máquina se había lanzado y no se podía detener, y, en el torbellino de detenciones, torturas, cárceles especiales y militantes muertos, los supervivientes encontraban razones y fuerza para continuar el combate. De este modo, a principios de los años ochenta, las principales formaciones armadas (BR y PL) pensaban todavía que, pese a la avalancha de detenciones, permanecerían fuertes, ya que muchos militantes autónomos y del movimiento del 1977 habían acabado por unirse a los grupos clandestinos, pero cometieron un error colosal. De hecho, habían drenado el agua en la que nadaban o, dicho de otra manera, la punta del iceberg que desde hacía diez años, avanzaba apoyándose en la masa sumergida que la sostenía, se había desprendido de su base y flotaba inconscientemente a la deriva.

En la desbandada general, dejando aparte a la línea dura de los acérrimos, los compañeros que no habían

---

1. «Disociado» fue llamado aquel que abandonaba la lucha armada sin denunciar, contrariamente a los denominados «arrepentidos».

2. El clima envenenado de este período es descrito por Enrico Fenzi: *Armes et bagages. Journal des Brigades Rouges*, Les Belles Lettres, París, 2008; Valerio Morucci: *Patrie galere. Cronache dall'oltre legge*, Ponte alle Grazie, Milán, 2008 y *La peggio gioventù. Una vita nella lotta armata*, Rizzoli, Milán, 2004.

terminado en la cárcel tomaron el camino del exilio, como tantos otros italianos antes que nosotros. Dejar Italia fue una elección dolorosa, desgarradora y difícil de asumir. No tanto porque partir significara aceptar la derrota, sino más bien porque los compañeros encarcelados podían sentirse traicionados, considerando que les abandonábamos a su suerte y que pensábamos sólo en salvar nuestra piel. Algunos, como Sergio Segio, líder de Prima Linea, aunque ya no se lo creía y había abandonado el grupo, permaneció en Italia con la única finalidad de sacar de la cárcel a los compañeros, amigos, amores... Hicieron una elección moral coherente, yendo hasta el final de una lógica colectiva, costara lo que costara, reprochando a los que se iban de Italia su traición a los ideales comunes.[3] Quienes así pensaban puede que tuvieran una parte de razón, pero los que realmente habían traicionado a la unidad del movimiento y el espíritu colectivo eran los que se habían convertido en delatores para salvar su piel o los que, por el mismo motivo, no sólo se habían disociado, sino que también habían negado toda participación en el movimiento armado. Nosotros, los exiliados, los expatriados, los fugitivos, queríamos simplemente evitar la prisión o, aún peor, la muerte, y poder vivir en libertad.

De hecho, incluso hacia el exilio, partimos juntos, en grupos, pasándonos el relevo unos a otros. El espíritu colectivo que nos había animado durante años en las luchas sociales encontraba una última salida: asegurar la huida, el refugio, la supervivencia de personas que de otro modo seguirían estando en peligro y sin rumbo definido. Los escasos conocidos, amistades y contactos en el extranjero que algunos mantenían fueron puestos en común y compartidos entre todos. De hecho, teníamos muy pocos

---

3. Sergio Segio: *Miccia corta. Una storia di Prima Linea*, Derive Approdi, Roma, 2005.

contactos internacionales, limitados básicamente a los izquierdistas franceses —o alemanes, aunque nadie quería ir a Alemania—, así como a antiguos guerrilleros sudamericanos, además de algunas amistades personales aquí o allá.

Pasé mis últimos meses en Italia en Milán y, por lo tanto, consideré natural tomar el tren de medianoche con los compañeros de Rosso, los autónomos milaneses. Salvo alguna excepción, quien no había acabado en chirona estaba haciendo las maletas para América Latina. Fue así como partí con la dulce Lauretta y su amiga Orsa. Pasamos primero por París a ver a los compañeros que allí vivían y después tomamos un avión de Aeroflot a Luxemburgo con destino a Lima, Perú. Era el vuelo más barato a América Latina, aunque nuestro destino final era Brasil. Una vez en Lima, tomamos un pequeño avión que atravesaba toda la Amazonia, haciendo escala en aldeas perdidas a lo largo del gran río, para alcanzar nuestro destino: Salvador de Bahía. Viví ese periplo en avión como una catarsis, escuchando la música liberadora de *Sultans of Swing* de Dire Straits. En Bahía, nos esperaban Angelo, Emilio y otros compañeros de Milán, alojados en casa de una amiga milanesa de buena familia que había comprado una vivienda allí. Era febrero de 1981 y, sin apenas darnos cuenta, fuimos abducidos por el carnaval brasileño hasta casi perder la razón, entre espectáculos de baile, música por todas partes, ríos de alcohol, drogas y una promiscuidad que iba más allá de todas mis experiencias e incluso de mi imaginación. Desentendiéndome con enorme dificultad de esa efervescente y cautivadora «decadencia», decidí al cabo de un mes, todavía no sé cómo ni porqué, que México ofrecía mejores oportunidades para rehacer una vida. Así que, tras haber pasado unos días en Bogotá (donde, hechizado por una encantadora colombiana, estuve a punto de quedarme), llegué a México, acogido por Pancho, un compañero de Milán que había conocido unos años antes. Antes de alquilar una casa con él, pasé los primeros tiempos de mi estancia mexicana

como huésped de una refugiada chilena, María Eugenia, una mujer que rondaba los cincuenta y cuyas experiencias vividas habían contribuido, muy probablemente, a marcar más las arrugas de su melancólico rostro. Con ella aprendí los primeros rudimentos de español, y también la relatividad de mi propia experiencia: ella, como tantos otros chilenos, había tenido que bregar con los militares fascistas que no perdían el tiempo con jueces y prisiones. Venían a buscarte a casa, te torturaban y terminabas *desaparecido.* Llegué a México, como tantos emigrantes políticos antes que yo, atraído por el aura internacional de acogida de refugiados de ese país, y comprendí rápidamente que su política interior estaba en flagrante contradicción con la imagen que se daba en el exterior. Allí, la represión también había causado estragos en 1968 y en los años posteriores; también allí la horrible práctica del fascismo hispánico del *desaparecido* se había utilizado durante los setenta contra los guerrilleros de Guerrero y contra los sindicalistas juzgados como demasiado rebeldes o resistentes. En los años siguientes, aprendí a relativizar aún más la experiencia italiana de los años setenta; en particular, cuando en París, en 1987, con Anne-Marie Parodi, Oreste, Fausto, Felix Guattari y otros compañeros franceses, constituí un grupo cosmopolita en defensa del derecho de asilo. Allí, escuchando los relatos de los kurdos que habían huido de Sadam Husein o del ejército turco, de los iraníes huyendo de los mulás, de los «Tigres» Tamiles o de los refugiados palestinos, me di cuenta del peso relativo de nuestra propia historia.

Yo había huido de Italia buscando un país donde vivir libremente, sin el temor constante a ser detenido y acabar en la cárcel y, a los veinticinco años, me encontré en México, un territorio inmenso, varias veces mayor que Italia, donde pasé de la sensación de ser buscado y clandestino, a ser anónimo. ¿Qué hacer ahora? La cuestión ya no se refería a la estrategia política que seguir, sino simplemente a

qué hacer en la vida para comer y alojarme, como cualquier otra persona. Continuar en la ilegalidad me parecía una locura suicida. Mantenerse en la guerrilla, hacer la revolución mundial era el sueño del Ché Guevara, y él estaba muerto. El hecho es que la guerrilla —la resistencia armada, la guerra misma— pone a la gente en un estado psicofísico que no puede prolongarse hasta el infinito, y las guerras se terminan a menudo cuando los combatientes no pueden luchar más, ni ver correr la sangre y no sueñan más que con la paz y con una vida normal. Por paradójico que esto pueda parecer, tras años de clandestinidad, de estar todo el tiempo en alerta, algunos compañeros experimentaron una sensación de alivio en el momento de su detención, liberados en cierto modo de una ansiedad permanente.

Así, a la edad en la que normalmente otros ya habían acabado sus estudios y estaban trabajando, yo me planteé, por primera vez en mi vida, de qué podía trabajar, cuál podía ser mi oficio. Atrapado en el sueño revolucionario, hasta entonces nunca había pensado en ello y, de hecho, no sabía hacer nada, no tenía realmente ninguna formación.

Después de un año en México, y de haber desempeñado algunos pequeños trabajos, finalmente, aprobé una oposición y fui contratado por una universidad de la capital para enseñar italiano. A finales de febrero de 1982, dejé América Latina para volver a Francia. François Mitterrand había sido elegido presidente y había expresado públicamente, unos meses antes, la voluntad del nuevo gobierno francés de acoger a los militantes italianos de la lucha armada a partir del momento en que abandonaran las armas. Sus declaraciones no cayeron en saco roto y tomé un avión hacia Francia. Pero, esta vez, dejé a un lado la documentación falsa y viajé con mi pasaporte, consciente de que iba a ser arrestado a mi llegada, preparado para pedir asilo político, apostando a que el gobierno francés iba a aplicar en mi caso

la palabra dada oficialmente por Mitterrand. Los oficiales de la policía de fronteras que me detuvieron me miraron con asombro y condescendencia cuando les dije que iba a solicitar asilo político y, sin más rodeos ni miramientos, me encarcelaron. Era comprensible: si Francia en Europa —como México en las Américas— era considerado como el país de la libertad, en el que todo perseguido político podía encontrar una nueva patria y vivir como una persona libre, parecía incongruente que un ciudadano de un país democrático de la Comunidad Europea pudiese solicitar asilo político a un país vecino miembro de la misma CE. Pero el gobierno socialista francés mantuvo su palabra y, tras una semana en la cárcel, fui puesto en libertad por orden del Ministerio de Justicia, sin pasar por ningún juicio, nada; el expediente de extradición se metió en un cajón y pasó al olvido.

Tanto los periódicos franceses como italianos lo comentaron y la noticia se difundió con rapidez de boca en boca. Mi caso contribuyó a abrir una puerta por la que, en unos meses entrarían varios cientos de refugiados italianos, poniendo en práctica una amnistía de hecho, aunque no escrita ni de manera oficial, aplicada por el Estado francés ante la falta de coraje del Estado italiano. Al contrario, desde entonces hasta hoy, es decir durante treinta años, éste ha continuado obstinadamente exigiendo la extradición de los refugiados italianos. Excepto en dos casos,[4] siempre se encontró con el rechazo de las autoridades francesas tanto de izquierdas como de derechas. El resentimiento de la diplomacia italiana hacia Francia, pero también hacia España, después de mi caso en 1985, o hacia Brasil, que se negó a extraditar a Cesare Battisti en 2011, se debe a que los refugiados políticos en el extranjero son la prueba

4. Paolo Persichetti, que fue efectivamente extraditado, y Cesare Battisti, que se refugió luego en Brasil donde, tras años de prisión, obtuvo su puesta en libertad.

de que en los años setenta, en Italia, hubo un conflicto social político-militar, «un conato de guerra civil».[5]

Más allá de la frontera italiana, otros Estados, otros gobiernos, otros jueces, rechazando las solicitudes de extradición instruidas por Italia, juzgaron y concluyeron que los protagonistas de esos «años de plomo» no podían ser tratados individualmente como criminales o terroristas, ya que habían actuado con medios y objetivos políticos. La tenaz y persistente amnistía concedida por Francia a los antiguos militantes de los grupos político-militares italianos constituye desde hace treinta años una espina en el pie de los gobiernos y partidos políticos italianos. Si mediante el temor a la represión consiguieron imponer dentro del país un pensamiento/juicio único e incuestionable sobre los años setenta, fuera de Italia no fueron solamente los intelectuales de izquierda, sino también los gobiernos, estados y jueces quienes criticaron nuestra criminalización y la utilización de métodos totalitarios para combatirnos.

En mi caso concreto, después de Francia, fue España quien denegó mi extradición a Italia. Fue en 1985, y esa vez en contra de mi voluntad, fui arrestado por la policía española mientras estaba de vacaciones con mi esposa. Tuve que pasar algunos meses en la prisión de Carabanchel, pero finalmente los jueces de la Audiencia Nacional de Madrid rechazaron la demanda de extradición al considerar que los delitos que se me atribuían eran de «naturaleza política» y que yo había actuado «con espíritu de humanidad y de solidaridad con los débiles y los que sufren», lo cual me produjo

---

5. La expresión es de Francesco Cossiga, ministro del Interior en la época del secuestro de Aldo Moro, posteriormente presidente de la República italiana. Dirigente de la línea dura, de la mano de hierro contra la guerrilla durante los años cruciales, fue luego el único estadista italiano que admitió la naturaleza política y social del movimiento de lucha armada y se pronunció públicamente a favor de una amnistía para los presos políticos.

una enorme satisfacción. A partir de entonces, otros compañeros pudieron aventurarse a venir a España sin demasiado temor a ser extraditados a Italia. Por lo que a mí respecta, amplié el espacio geográfico por el que podía moverme libremente, si partimos del hecho de que la mayoría de los refugiados italianos en Francia pasaron durante treinta años sus vacaciones en Porto Vecchio, en Córcega.

Visto en retrospectiva, mi experiencia en las prisiones españolas no resultó un tránsito infructuoso, sino todo lo contrario, ya que ello me permitió conocer y trabar amistad con mucha gente valiente de la «otra» España, la que en los años ochenta pudo, por fin, levantar la cabeza después de cuarenta años de dictadura fascista. De ese modo, después de Francia, encontré en España una nueva patria, un nuevo espacio de libertad y de protección, que debí defender y donde fui defendido. Transcurrido un año de la sentencia del tribunal madrileño que había rechazado mi extradición a Italia, el Ministerio español del Interior, presionado por el gobierno italiano, emitió oficialmente una orden de expulsión contra mí, pero después de que el diario *El País* lo publicara y un grupo de abogados recurriera la medida, las autoridades españolas respondieron, oficiosamente, que se trataba sólo de una medida diplomática con respecto a Italia, sin ninguna consecuencia práctica para mí.

Más tarde, en 1997, cuando fui a vivir por un período de dos años a Andalucía, en el marco de un convenio de investigación con un departamento sevillano del CSIC, la policía española se presentó en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, advirtiendo a los colegas españoles de que iban a trabajar con un «terrorista»; nunca llegué a saber de quién partió la orden para proporcionar dicha información y quién la había enviado. Afortunadamente, los colegas con los que coincidí no se dejaron intimidar y pude seguir viviendo y trabajando en España sin ser molestado. Creo que esta acción policial

no fue más que un acto de resentimiento, una acción sumamente gratuita sin la menor justificación jurídica, pero que hubiera podido causarme enormes problemas tanto en el plano profesional como personal, ya que había ido a vivir allí con mi mujer y mis hijos. Según ellos, no se trataba más que de una acción rutinaria de control policial, sin más, pero que me generó un enorme malestar y me dejó una sensación muy desagradable, como si los perros de caza nunca perdieran el rastro.

Como la mayoría de los refugiados italianos en Francia —y tantos otros italianos que nos habían precedido—, durante los primeros años me gané la vida, en parte, enseñando italiano en una escuela privada y, sobre todo, trabajando de peón en obras de rehabilitación de apartamentos parisinos. Al mismo tiempo, me matriculé en la universidad y retomé los estudios, pasando de la filosofía a la antropología histórica. No perdí el tiempo, ya no podía permitírmelo: primero cursé un máster y después un doctorado, en el menor tiempo posible, y enseguida tuve la suerte de ganar un concurso para entrar como investigador en el CNRS.[6] Hice mi tesis sobre la rebelión de los Ciompi[7] en la Florencia de la Edad Media, y la elección de este tema de investigación para mis estudios de doctorado no fue casualidad. Los citados Ciompi, así llamados con desprecio[8] por la burguesía florentina de la época, eran los obreros de la industria textil, de la manufactura de la lana, protagonistas de una célebre revuelta en el verano de 1378, durante la cual llegaron a tomar

---

6. El Centre Nacional de la Recherche Scientifique es la institución de investigación más importante de Francia, semejante al CSIC en España.

7. Alessandro Stella: *La révolte des Ciompi. Les hommes, les lieux, le travail*, EHESS, París, 1993.

8. *Ciompi* es una italianización del francés *champis*, que significa «hijo del campo», a saber, hijo de padre desconocido, hijo del pecado.

el palacio de la Signoria y lograron que se les reconocieran una serie de derechos como ciudadanos y trabajadores. Sometidos a los maestros y corporaciones textiles, al tribunal patronal, excluidos de todo cargo público, confinados en los barrios periféricos de la ciudad, tratados con desprecio por los «grandes» y «poderosos», estos «pobres e insignificantes» artesanos —carentes de cualquier especialización— se rebelaron contra toda esa injusticia y contra la discriminación de la que eran víctimas. La oligarquía florentina había intentado por todos los medios negar las razones profundas de injusticia social que estaban en el origen de la revuelta, lanzando la infamia sobre los «insurrectos», hablando de complot orquestado por poderes ocultos, diciendo que los obreros, analfabetos, tenían necesariamente que haber sido manipulados por otros, que ellos no podían tener la inteligencia suficiente como para dirigir una insurrección. En ese cálido verano florentino, «trabajadores casi desnudos, descalzos, sucios y embadurnados en los tintes de la lana» se habían sentado en las sillas de los prebostes de la República florentina, antes de ser reprimidos sangrientamente y de sufrir condenas a muerte o el exilio.

El tema de esa investigación me surgió de forma natural, cuando dejé la militancia política y comencé a reflexionar sobre mi historia. Una forma de autoanálisis, de transferencia sobre una revuelta acaecida seiscientos años atrás, en los albores del capitalismo industrial y financiero vinculado al textil. Yo era consciente de que hacer un análisis histórico de la experiencia italiana de los años setenta, cuando aún quedaban rescoldos en las brasas, podía quedar impedido, distorsionado por las consecuencias de toda índole ligadas a una memoria todavía a flor de piel y de lo recién vivido. En la indagación histórica, pude comprobar la importancia de la distancia entre el objeto de estudio y el analista y, al mismo tiempo, cómo la presencia del sujeto, actor o escritor forma parte integrante e influyente del relato histórico.

Tras la revuelta de los Ciompi[9] y otros estallidos sociales de la Edad Media menos conocidos,[10] mis investigaciones históricas versaron sobre la esclavitud, el trabajo forzado y otras formas de dominación y de dependencia servil y coerción. Estudiando las relaciones entre patrones y obreros, amos y esclavos, señores y siervos, hombres y mujeres, adultos y menores, constaté cómo las relaciones sociales de opresión eran el resultado de construcciones culturales e históricas. Aprendí también que los grandes cambios no pasan necesariamente por revueltas violentas, sino que son a menudo fruto de un largo camino de evolución de las mentalidades: es el cambio de paradigmas de referencia el que induce las grandes transformaciones sociales y económicas. A finales del siglo XX, mientras yo y tantos otros esperábamos una revolución hecha por los obreros de las fábricas, fueron las mujeres y los jóvenes los que provocaron los mayores cambios en las sociedades occidentales. Más aún, la emancipación de las mujeres, con sus derechos y sus leyes —aborto, divorcio, igualdad salarial,

---

9. La revuelta de los Ciompi fue un levantamiento popular que aconteció en Italia en 1378, a finales de la Edad Media, liderado por los cardadores de lana conocidos como «ciompi», grupo de la industria textil no representado por gremio alguno. Los Ciompi estaban entre los más radicales de los sectores más humildes; muchos autores identifican con este término los oficios menores del textil e incluso a los vendedores de hortalizas y de loza o vajilla. En concreto, los Ciompi se oponían al control que ejercían en el arte de la lana los establecimientos manufactureros textiles más poderosos, que constituían el motor de la prosperidad florentina. Estas revueltas se enmarcan dentro de la crisis del sistema feudal, como las *jacqueries* francesas, la insurrección inglesa de 1381, los *irmandinhos* gallegos, las Comunidades de Castilla, las guerras campesinas alemanas, etc. *(N. de los E.)*

10. Como la de los obreros de las vides en la Borgoña de la Edad Media. Véase Alessandro Stella: «Un conflit du travail dans les vignes d'Auxerre aux XIVe-XVe siècles», *Histoire et sociétés rurales*, n.° 5, 1996, pp. 221-251.

representatividad, etc.— y todas sus consecuencias sobre las relaciones jerárquicas, familiares, de género y de sexo, representó sin lugar a dudas el más profundo cambio social ocurrido en la segunda mitad del siglo XX. Un cambio de mentalidad que trajo consigo transformaciones importantes en la demografía, la salud, la educación, el mercado de trabajo, además de sobre el sexismo, el racismo y tantos otros aspectos materiales y simbólicos.

Tras haber pasado mi juventud en la urgencia revolucionaria, tratando de forzar el curso de los acontecimientos, centrándome más en la práctica que en la teoría, elegí como tema de interés en materia de investigación el análisis social de las relaciones de dominación. Cambio y continuidad.

Igual que yo, Ernesto también logró hacer de su trabajo, además de su medio de vida, un interés vital. Bibliófilo apasionado, después de trabajar en la construcción para sobrevivir, montó una librería italiana en París. Unos años más tarde, consiguió hacer lo que realmente deseaba: convertirse en editor de cómics y de literatura anarcosituacionista, realizando un viejo sueño. Cualquiera podría decir que Ernesto llevó a cabo aquello que estaba destinado a hacer desde su nacimiento, es decir, ser empresario como su padre, su abuelo, sus hermanos y primos. Y, ciertamente, demostró sentido de la iniciativa y una razonable asunción de riesgos. Pero también es cierto que no lo hizo, como otros del Véneto, para enriquecerse con los libros, y más hoy... sino para crear, para dar forma a su imaginación, para leer a otros que él amaba.

Entre los otros compañeros de Thiene, algunos se hicieron artesanos, otros pequeños comerciantes. Cada uno a su manera y según sus posibilidades, pero todos se las arreglaron para salir adelante dignamente. Las experiencias y destinos fueron distintos para los que se fueron al extranjero que para los que se quedaron en Italia. Los que partieron pudieron disfrutar de la libertad y construirse una vida social, un trabajo, una familia, con todas las dificultades

que conlleva la emigración, pero sin el peso de la estigmatización social. Los que permanecieron en Italia, después de años de prisión, tuvieron que sufrir todas las dificultades de una reinserción vinculada a la consideración de «terrorista». Pero puede decirse que prácticamente todos los antiguos militantes autónomos de los años setenta salieron adelante en el plano profesional. Algunos se hicieron restauradores, otros artesanos, empresarios o comerciantes, otros investigadores o informáticos, pero ninguno trabajó en la fábrica, ni estuvo sometido a un patrón o jefe, a una jerarquía de mando y control. Al menos en el plano personal, cada uno construyó su propia autonomía.

EPÍLOGO

Pude regresar a Italia, libremente, veinte años después de haber salido, gracias a la anulación de la pena, de acuerdo con las circunstancias previstas en una legislación liberal italiana del siglo XIX. No era la amnistía tan esperada por mí y por tantos otros presos o exiliados; el asunto se resolvió «a la italiana», una mezcla de palo y zanahoria, de autoritarismo draconiano y misericordia cristiana. Era mayo del 2000, y la alegría del retorno, tan soñado, dejó inmediatamente paso a la tristeza, ya que unos días después moría mi padre, como si hubiera esperado ese momento para marcharse serenamente, liberado finalmente de ese peso.

Como otros emigrados que retornaron a su tierra natal después de tantos años, me sentí un extranjero. Aunque no había olvidado el dialecto veneciano, tenía la sensación de que los demás me tomaban por un forastero que hablaba bien italiano. De hecho, me había convertido en un extranjero, y aunque entendía sonidos, respiraba olores, reconocía paisajes de mi juventud, me sentía extraño en la Italia actual, ajeno a su presente y a su historia reciente.

Tantos años después, la historia italiana de los setenta parecía muy lejana, a años luz. La Italia del siglo XXI

parece un país en el que las luchas sociales pertenecen a un pasado arcaico, liquidado por la modernidad del enriquecimiento personal a imagen y semejanza de Berlusconi y los patrones de «la Padania». Las desigualdades sociales y el individualismo extremos son cada vez más desesperantes, mientras que las ideologías basadas en la igualdad y la solidaridad parecen marginales. Se trata ciertamente de un fenómeno mundial, no solamente italiano, pero para aquel que ha vivido en Italia en los años 1960-1970, un país que era visto en el extranjero como un laboratorio de nuevas relaciones sociales y económicas, esta constatación deja un sabor amargo.

Desde entonces, el paisaje político ha cambiado como en *Il Gattopardo* de Tomasi di Lampedusa: «Cambiar todo para que nada cambie». Como algo grotesco, paradójico, las leyes de excepción, en particular la referente a los «arrepentidos», pensadas y promulgadas para combatir el terrorismo, empleadas después contra la mafia, demostraron ser extremadamente eficaces. Tan eficaces que penetraron profundamente en la acción policial y judicial y acabaron por volverse contra los aprendices de brujo que las habían concebido, enviando a prisión a cientos de políticos corruptos. Si los antiguos partidos del gobierno, la Democracia Cristiana y el Partido Socialista fueron barridos por las investigaciones de «manos limpias», la ola berlusconiana llevó al poder a personajes aún más corruptos y detestables que los antiguos democristianos. Entre éstos, al menos algunos tenían la piedad cristiana, un sentimiento del deber de caridad hacia los pobres, un mínimo de dignidad intelectual y de atención a los bienes públicos. En cambio, los nuevos poderosos consideran al Estado simplemente como a una gran vaca que ordeñar para hacer buenos negocios o como una fuente para dar de beber a los amigos sedientos de dinero, llevando al paroxismo la tradición clientelista de la política italiana. En unos años, se llevó a cabo una tragedia histórica para Italia: el berlusconismo legitimó a los

separatistas xenófobos de la Liga Norte y a los neofascistas de Alianza Nacional. ¡Hicieron falta siglos y siglos, muchas guerras, los Mil (*Spedizione dei Mille*), un Garibaldi y un Cavour, para superar todos los regionalismos y localismos italianos que desde la Edad Media se habían prolongado hasta el siglo XIX! ¡Hizo falta una guerra mundial para poner fin al régimen fascista! Lo que parecían logros intocables en Italia, desde la posguerra hasta los años ochenta, fueron aniquilados en tiempo récord.

El deslizamiento progresivo del PCI, de la izquierda hacia el centro, ilustra perfectamente el cambio de época: del Partido Comunista Italiano al Partido Democrático de la Izquierda, pasando por «La Cosa», para llamarse finalmente «Partido Democrático». ¡Qué deriva! El gran partido comunista de Occidente, que representaba a un tercio de los electores, que tenía raíces profundas en la sociedad, toda una red de cooperativas, asociaciones, sindicatos, municipios, regiones, que gozaba de la simpatía de millones de italianos cuando asumió la defensa de los pobres y explotados, se redujo a un simple partido institucional, electoralista y elitista. ¡Qué deriva y qué error!

Entre los incalculables daños provocados por el ascenso al poder de Berlusconi y su camarilla, es necesario destacar que se dejó de considerar a la Resistencia antifascista como el acto de nacimiento de la República italiana. La legitimación de los herederos del fascismo mussoliniano trajo consecuencias nefastas para la cultura histórica del país. El Vicentino se encontró en el centro de esta operación ideológica. A principios del año 2000, los nostálgicos del fascismo de Mussolini eligieron Schio como lugar para celebrar la memoria de sus mártires, organizando cada año un día conmemorativo de la matanza de 54 fascistas de la República de Saló, fusilados por un grupo de partisanos el 7 de julio de 1945, dos meses después del final de la guerra. Desde luego, no se puede considerar esta matanza como un acto heroico de los partisanos, ya que los fascistas no fueron

ejecutados en una acción de resistencia, sino cuando ya habían sido detenidos y se encontraban encarcelados en la prisión de Schio. Se trató de una venganza en caliente, y el término parece adecuado pensando en la carnicería efectuada poco tiempo antes por los nazis-fascistas en el pueblo próximo de Pedescala, donde habían masacrado a 82 habitantes y prendido fuego a la villa. ¡Esos partisanos justicieros habían vivido en su piel y en la de sus allegados años y años de opresión y de terror por parte de los fascistas! ¿Cómo olvidar que Schio estuvo ocupada por las tropas alemanas y gestionada por las milicias fascistas desde septiembre de 1943 hasta abril de 1945, y que decenas de ejecuciones sumarias llevadas a cabo por los partisanos no eran más que una pálida réplica de las miles de ejecuciones llevadas a cabo por las SS y los milicianos fascistas? La ejecución de esos 54 fascistas era una secuela de la guerra mundial que, en Italia y en el Vicentino en particular, se había transformado en guerra civil.[1]

Este episodio, que pasó a la historia como «la masacre de Schio», se revela paradójico hasta el absurdo. Los partisanos acusados de estos asesinatos fueron inmediatamente perseguidos, juzgados y condenados, y los que no fueron detenidos debieron huir al extranjero y encontrar refugio en Praga, donde permanecieron hasta la amnistía, que les fue concedida en 1974, mientras que muchos responsables del régimen fascista pudieron beneficiarse de una amplia y benévola amnistía concedida en la posguerra por el ministro de la Justicia, Palmiro Togliatti. Desde entonces, e inmediatamente después del final de la contienda, antiguos miembros de la República de Saló, convertidos en

---

1. Ezio Maria Simini: *E Abele uccise Caino. Elementi per una rilettura critica del bimestre della «resa dei conti», Schio 29 aprile-7 luglio 1945*, Schio, 2000; Sarah Morgan: *Rappresaglie dopo la Resistenza. L'eccidio di Schio tra guerra civile e guerra fredda*, Mondadori, Milán, 2002.

historiadores, denunciaron la matanza efectuada por los partisanos y reivindicaron el honor de los mártires fascistas.[2] Pero hasta principios del siglo XXI la reivindicación del honor de los fascistas muertos se mantuvo como algo marginal y no podía expresarse en lugares públicos, debido a la prohibición constitucional de hacer apología del fascismo. Sin embargo, a partir del 7 de julio de 2003, nostálgicos del régimen fascista, con toda la pompa simbólica —retratos de Mussolini, *fascio littorio*,[3] banderas con calavera, llama tricolor— y la presencia de la nieta del dictador, Alessandra Mussolini, pudieron organizar en Schio, cada año, un desfile «en honor de los 54 mártires, salvajemente asesinados por los partisanos comunistas».

Mientras se rehabilita el fascismo y se instala la infamia sobre la Resistencia, incluso sobre Garibaldi y el Risorgimento (Unificación de Italia), no es extraño que los años setenta sean presentados hoy como un período sombrío y terrible de la historia reciente italiana. Más de treinta años después, y aunque todos los informes policiales como las sentencias de los tribunales demostraron que los grupos armados de esos años estaban formados por obreros, estudiantes, proletarios e intelectuales, que sus motivaciones eran sociales, que tenían una ideología comunista y querían un cambio político radical, los fabricantes de opinión siguen manteniendo una interpretación o visión misteriosa de la historia. Detrás de las Brigadas Rojas y otros grupos armados, tenía que haber forzosamente alguien más —aunque nunca nombrado, nunca descubierto—, que actuaba en la

---

2. Gianni Cisotto: «La Resistenza nel Vicentino. Tra storia e storiografia», en *Tempi, uomini ed eventi di storia veneta. Studi in onore di Federico Seneca*, Minelliana, Rovigo, 2003

3. *Il fascio littorio* (o «fasces») era una insignia de los antiguos cónsules romanos, compuesta por un haz de treinta varas y un hacha, atadas con una cinta formando un cilindro. Mussolini popularizó este símbolo como un ícono fascista. *(N. de los E.)*

sombra con fines completamente diferentes a los de estos brigadistas, tan ingenuos que ignoraban estar siendo manipulados. Entre otros periodistas, políticos y profesores, el politólogo Giorgio Galli ilustra este pensamiento mágico. En un libro con título de *western* y subtítulo de tesis universitaria,[4] publicado en 2004, vuelve a plantear, en más de quinientas páginas la tesis de la manipulación de los grupos armados de izquierda por un poder oculto.

La teoría de la conspiración, de las conexiones con servicios secretos extranjeros, toda la *dietrología*[5] tiene su origen en un negacionismo de clase profundamente anclado en el subconsciente del pensamiento elitista burgués —no solamente italiano—. No pueden admitir que personas consideradas como obreros puedan tener inteligencia para dirigir acciones que pongan en apuros no solamente a las grandes empresas industriales sino también a las más altas autoridades del Estado. Necesitan ver a manipuladores, a títeres que mueven los hilos de los brigadistas para sus propios y misteriosos fines. Así, el juez Calogero y otros personajes delirantes acusaron a intelectuales, profesores universitarios, periodistas, poetas y escritores, entre otros, de dirigir las Brigadas Rojas y a un imaginario «Partido Armado». Todo ello debido a que eran incapaces de admitir que obreros como Mario Moretti o Rocco Micaletto no necesitaban ni buenos ni malos maestros para pensar.

En el curso de las tres últimas décadas, el paisaje social italiano también ha cambiado y la provincia de Vicenza es una buena ilustración de esta transformación. La empresa Lanerossi de Schio, que había sido la industria textil lanera más grande de Italia a principios del siglo XX, y en la que en los años 1960-1970 trabajaban todavía

---

4. Giorgio Galli: *Piombo Rosso. La storia completa della lotta armata in Italia dal 1970 a oggi*, Baldini & Castoldi, Milán, 2004.

5. Estudio de lo que hay detrás, de las causas ocultas de los acontecimientos. *(N. de los E.)*

miles de obreros, se cerró en 2005. Fué comprada por Marzotto en 1987, que progresivamente fue desmantelando las antiguas fábricas de Schio y Piovene, absorbiendo la investigación y la innovación de Valdagno y deslocalizando el proceso de fabricación a la República Checa. Sin embargo, a pesar del declive del textil, han nacido y se han desarrollado otras industrias, de todo tipo, desde muebles hasta industria alimentaria, del cuero a la orfebrería. La provincia de Vicenza sigue siendo una tierra industrial, pero la composición de la clase obrera ha conocido cambios inimaginables desde las décadas de 1960-1970. El cambio es visual y acústico: desde los noventa, en el transcurso de veinte años, la población extranjera en el Véneto ha pasado de cero a cerca de medio millón de personas —cerca del 10 % de los habitantes o residentes—, entre ellos, croatas, rumanos, moldavos, marroquíes, senegaleses, indios y otros inmigrantes de países pobres atraídos por las oportunidades de empleo. De región de emigrantes, el Véneto se ha convertido en tierra de inmigración.

E, igual que el paisaje político, social y económico, los movimientos sociales también han experimentado cambios. En el Vicentino, los inicios del siglo XXI han visto el nacimiento y el desarrollo de un movimiento de oposición contra un nuevo aeropuerto militar americano, llamado Dal Molin. Un movimiento social de base, creado por un comité de vecinos afectados, que se enfrentó a las autoridades locales y nacionales, que sacó a la calle a decenas de miles de personas contra el imperialismo americano y los gastos militares, por la paz y la gestión autónoma y ecológica de los territorios, marchando bajo la bandera del arco iris y diciendo que otro mundo es posible. Como en el movimiento antiglobalización en el ámbito general, la lucha contra el nuevo aeropuerto militar, ha visto converger a tres generaciones de rebeldes: jóvenes activistas de los años 2000 se han encontrado con treintañeros, que en los noventa habían asomado la cabeza por el centro social «Ya basta», y antiguos militantes de

la década de los setenta. Entre estos últimos, algunos ya habían participado, cuarenta años antes, en importantes manifestaciones contra la guerra en Vietnam: como si se tratara de un retorno a los orígenes de la historia, de nuestra historia. Porque nosotros habíamos salido de allí indignados por los horrores de la guerra, escandalizados por los gastos militares, solidarios con los oprimidos que se rebelaban, y proclamando «paz y amor» y «hacer el amor, no la guerra».

Después, unos años más tarde, algunos de nosotros llegaron a pensar que no había otra opción que combatir las armas con las armas, aunque no era un camino obligado. En los orígenes de nuestra historia, había una fuerza vital poderosa de búsqueda de amor colectivo, y cómo pasamos del amor al odio es la pregunta planteada, tanto en el análisis de la historia como respecto a los caminos o la psicología de cada uno. ¿Qué influencias culturales, qué coyuntura social y política, qué otros factores confluyeron en las mentes de los «hijos de las flores» para llevarlos a esta elección? De la herencia marxista a la fascinación por las guerrillas, de las luchas obreras a la «estrategia de la tensión», todo un complejo conjunto de influencias condujo a una parte significativa de la generación italiana de 1968 a tomar el camino de las armas.

En este relato de la historia de los compañeros de Thiene, he tratado de reconstruir lo que fue la ruta, el itinerario, del grupo al cual pertenecí. Una experiencia que duró unos diez años, desde las primeras explosiones contestatarias a la utilización de las armas y su trágico epílogo. Los años intensos fueron todavía menos, de 1976 a 1979. Años de sueños, de anhelos y de plomo.

En tanto que testigo-actor, he intentado en la medida de lo posible reflejar el clima de aquellos años, el ascenso de las mareas culturales, las impresionantes olas sociales y las desgarradoras tormentas humanas. Hacerlo lo más sincera y honestamente posible, sin maniqueísmo ni hipocresía, reconstruyendo históricamente el complejo iti-

nerario de un grupo de personas, el destino de unos individuos, comenzando por el mío.

Soy consciente de que esta restitución lleva la marca de mi memoria y de mi sensibilidad. Soy igualmente consciente de que, con el tiempo y la diáspora de destinos, una historia común se reconstruye de manera diferente según el recorrido ulterior de cada uno de los protagonistas. Como en las asambleas tumultuosas de aquellos años, probablemente hoy sería imposible poner de acuerdo a todos los protagonistas en una versión única de nuestra propia historia. Pero, hasta ahora, esta historia había sido escrita únicamente a través de informes policiales, expedientes judiciales, las crónicas y los comentarios de los periódicos: una reducción impropia, inadecuada, desde un punto de vista histórico, y un relato a menudo insoportable para los que vivieron esta historia en su carne.

La visión de aquellos años, para quien como yo tuvo el privilegio de vivir los años siguientes en libertad, fuera de Italia y lejos de sus venganzas, y sobre todo fuera de la cárcel, muy probablemente es diferente de la de aquellos que tuvieron que soportar años de represión, cárceles especiales y el oprobio público. Mi palabra probablemente está menos constreñida que la de los que, más allá de la prisión, debieron sufrir la disciplina del orden y el silencio. Todavía hoy, en Italia, la opinión dominante sobre los antiguos militantes de los grupos armados es que deberían arrepentirse amargamente y permanecer en silencio hasta el final de sus días, presos a perpetuidad de una imagen construida por los vencedores.

No es posible recordar aquellos años en toda su complejidad, con las tragedias, duelos, fechorías, pero también con las alegrías, las esperanzas y tantas cosas positivas que se expresaban entonces. ¿Cómo no acordarse de las ideas revolucionarias, los comportamientos y las relaciones sociales, el anticlasismo, el antisexismo, el antiautoritarismo que nos animaban? ¿Cómo olvidar el espíritu

comunitario e igualitario que nos guiaba y que nos esforzamos en poner en práctica a diario? Había una fuerza vital enorme, tanto individual como colectiva, que atravesaba a los hombres y mujeres que participaron en este movimiento. Y todo eso es lo que siempre recordaré con nostalgia.

Impreso en octubre de 2015
en Bookprint (L'Hospitalet de Llobregat)
✆ 931 025 010
✉ administracion@book-print.com